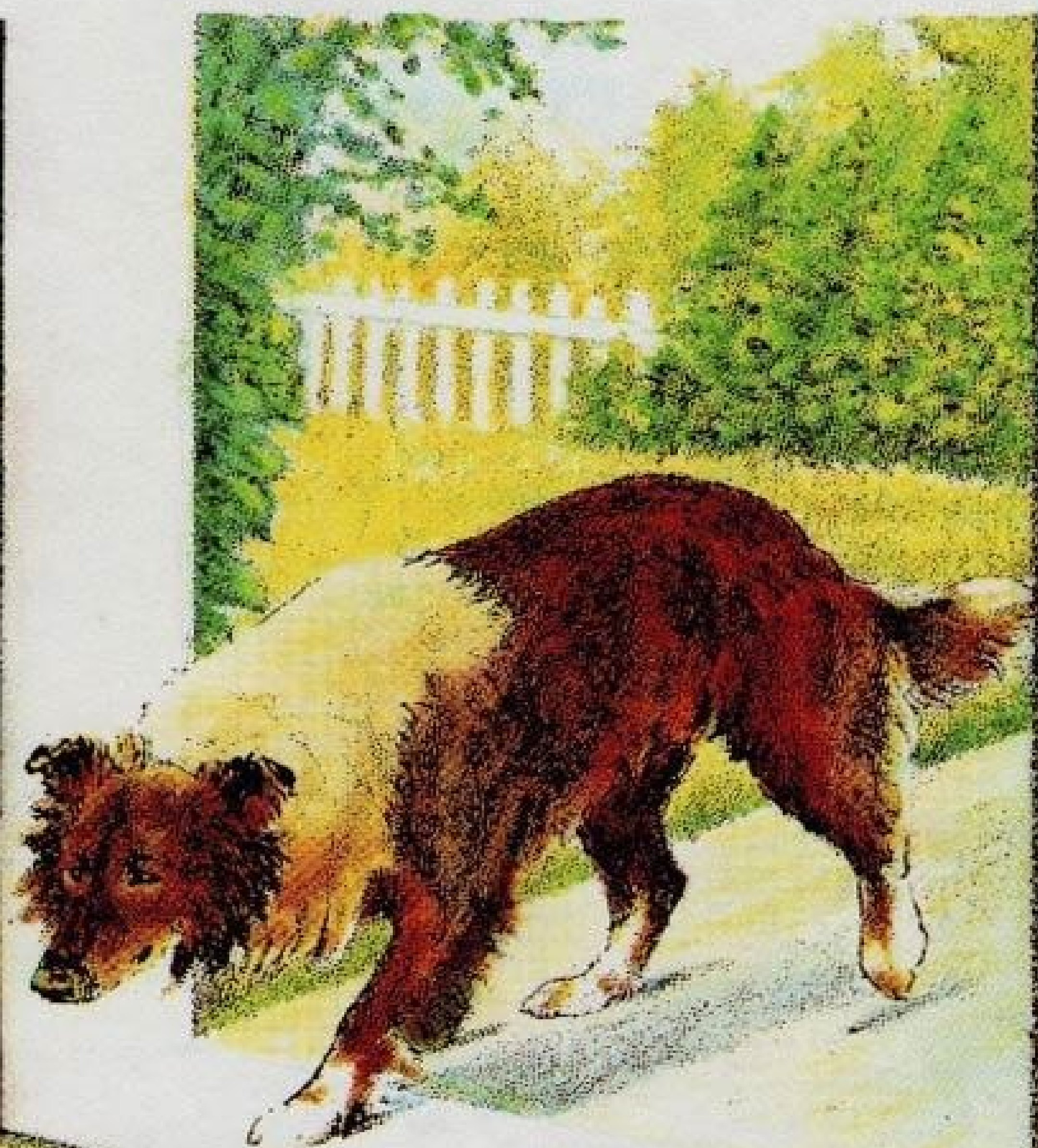
Lassie vuelve a casa

ERIC KNIGHT



En *Lassie vuelve a casa*, el célebre can vive todo tipo de adversidades para regresar con su amo, el joven Joe Carraclough. *Lassie* se escapa de otras familias, y en su odisea se enfrenta a seres humanos malvados, pero también a otros más benévolos. Los valores que este querido collie siempre ha transmitido son los de fidelidad, lealtad y constancia.

Lectulandia

Eric Knight

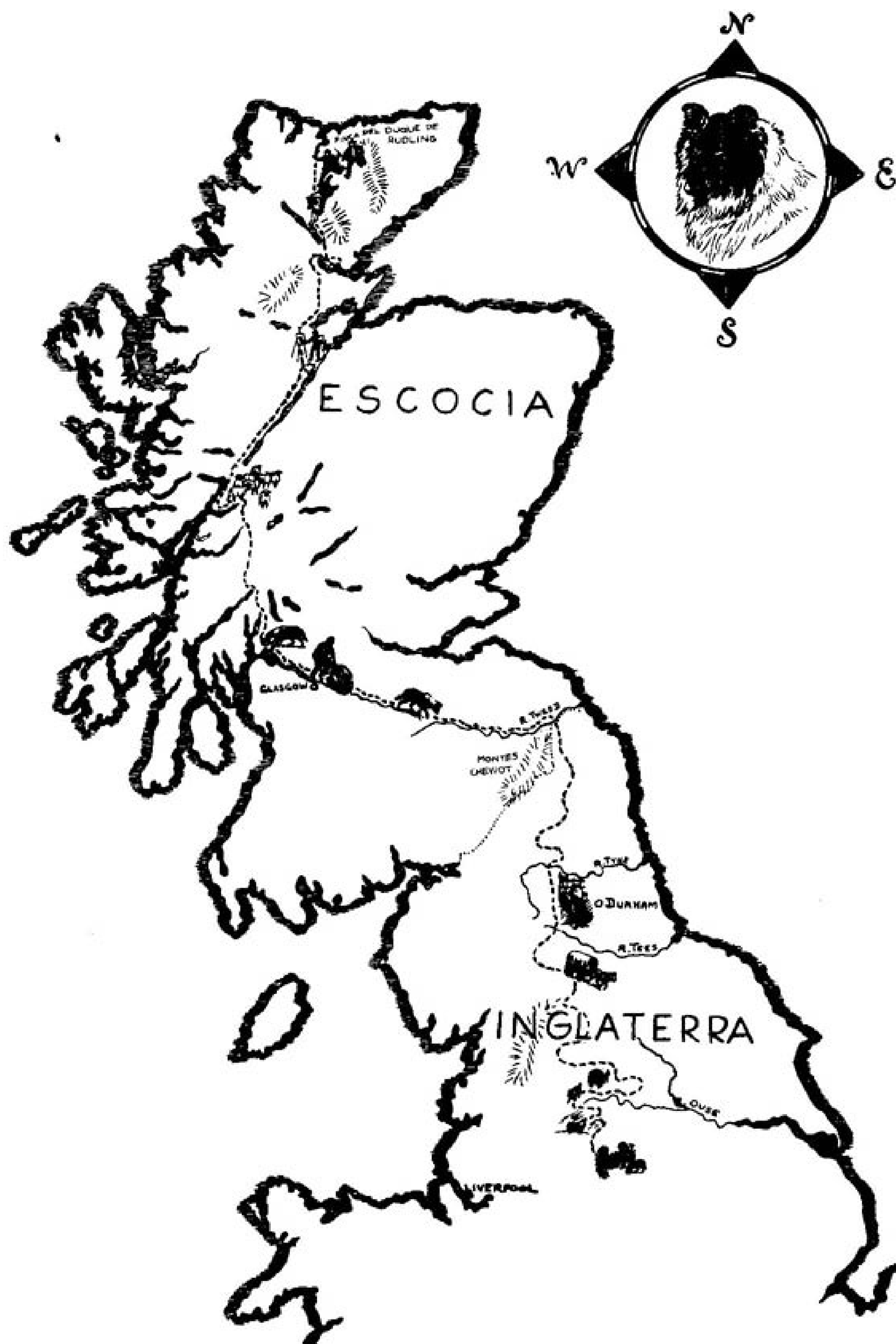
Lassie vuelve a casa

ePub r1.0
Titivillus 21.04.16

Título original: *Lassie come home*
Eric Knight, 1940
Traducción: Juan Antonio García de la Vega
Ilustraciones: Marguerite Kirmse
Diseño de cubierta: Yzquierdo

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

Al Dr. Jarsett,
un hombre que entiende a los perros.


N
W
E
S
DUQUE DE
RUDLING
ESCOCIA
GLASGOW
MONTES
CHEVIOT
DURHAM
R. TEES
INGLATERRA
OUSE
LIVERPOOL

NO SE VENDE

En Greenall Bridge todo el mundo conocía a *Lassie*, la perra de Sam Carraclough. En realidad podría decirse que era el perro más popular del pueblo, por tres razones. En primer lugar, porque allí casi todo el mundo coincidía en que nunca habían visto mejor ovejero.

Esto era todo un elogio, porque Greenall pertenece al condado de Yorkshire, y si hay algún lugar en el mundo donde el perro es realmente rey, es allí. En esa yerma región del norte de Inglaterra el perro tiene un rango como en ningún otro lugar. Los vientos y las lluvias heladas barren los páramos, haciendo que los perros generen una espesa mata de pelo y que sean tan robustos como los hombres que viven allí.

La gente ama a los perros y sabe criarlos admirablemente. Podéis ir a cualquiera de los centenares de pequeñas aldeas mineras del más grande de los condados ingleses y ver, caminando junto a humildes obreros, perros de tan fina raza y aristocrático porte que causarían envidia a los propietarios de costosos ejemplares de cualquier otra parte del mundo.

Y Greenall Bridge era como cualquier otro pueblo de Yorkshire. La gente conocía, comprendía y amaba a los perros, y había gran número de animales hermosos caminando junto a sus dueños. Pero todo el mundo estaba de acuerdo en que si alguna vez fue criado en Greenall Bridge un animal tan fino como la perra tricolor de Sam Carraclough, tuvo que ser mucho antes de nacer ellos.

Pero había otra razón para que *Lassie* fuese tan conocida en la aldea, y era que, al decir de las mujeres, «con ella puedes poner el reloj en hora».

Eso empezó muchos años atrás, cuando *Lassie* era un hermoso pero atolondrado cachorro. Un día, el hijo de Sam Carraclough, Joe, había vuelto a casa rebosante de emoción.

—Madre, ¿sabes a quién he encontrado esperándome a la puerta de la escuela? ¡A *Lassie*! ¿Cómo crees que habrá podido saber dónde estaba yo?

—Siguiendo tu rastro, Joe. Es lo único que se me ocurre.

Sea como fuere, *Lassie* estaba a la puerta de la escuela al día siguiente, y al otro, y al otro. Pasaron los días, las semanas y los años, y siempre fue así. Las mujeres que miraban desde las ventanas de sus casas, o los tenderos de la Calle Mayor, viendo el paso regular de la orgullosa perra blanca, negra y dorada, decían:

—Deben de ser las cuatro menos cinco, pues ahí va *Lassie*.

Con lluvia o con sol, la perra estaba siempre allí, esperando al niño —uno de los muchos que atravesaría «el patio corriendo», pero el único que importaba al animal —. Siempre era un gozoso encuentro, tras el cual el niño y la perra regresaban juntos a casa. Durante cuatro años siempre fue así.

Lassie era una figura querida en la vida cotidiana del pueblo. Casi todos la conocían. Pero el pueblo de Greenall Bridge se sentía, sobre todo, orgulloso de ella porque representaba algo que nadie hubiera sabido explicar fácilmente.

Era algo relacionado con la vanidad. Y la vanidad tenía algo que ver con el dinero.



Generalmente, cuando alguien cría un perro particularmente bueno, un día deja de ser perro y pasa a convertirse en una cosa con cuatro patas pero que vale dinero. Por supuesto que continúa siendo un perro, pero ahora es también algo más, porque si un hombre rico oye hablar de él, o lo ven tratantes de perros o aficionados, pueden desear comprarlo. Y aunque un pobre puede querer a su perro tanto como un rico, y en esto no hay diferencia entre ambos, la diferencia surge con respecto al dinero. Porque el pobre debe pararse a pensar acerca de cuánto cartón necesitará para el invierno, y los pares de zapatos que le harán falta, y los alimentos que necesitarán sus hijos para mantenerse sanos, después de lo cual irá a su casa y dirá.

—En fin, no tengo más remedio que hacerlo, así que no me fastidiéis. Algún día criaremos otro perro y lo querréis tanto como a éste.

Así es como muchos perros salían de Greenall Bridge. ¡Pero no *Lassie*!

Y todo el pueblo sabía que ni el Duque de Rudling había logrado comprarle *Lassie* a Sam Carraclough…, el mismísimo Duque que vivía en una gran propiedad, situada a una milla del pueblo, y que tenía sus perreras repletas de valiosos animales.

Durante tres años el Duque había estado tratando de comprarle *Lassie* a Sam Carraclough, pero éste se había limitado a mantener su negativa.

—No tiene sentido elevar de nuevo su oferta, Señoría —solía decir—. Es que… en fin, que no está en venta a ningún precio.

Todo el pueblo lo sabía. Y por eso *Lassie* significaba tanto para ellos. Representaba una suerte de orgullo que el dinero no había sido capaz de arrebatarles.

Sin embargo, los perros pertenecen a los hombres, y éstos están sujetos al destino. Y a veces llega un momento en la vida de un hombre en que la suerte le es tan adversa que debe agachar la cabeza y tragarse su orgullo para que su familia pueda comer.

«NUNCA MÁS QUERRÉ OTRO PERRO»

¡La perra no estaba allí! Eso era todo lo que Joe Carraclough sabía. Un día, al salir de la escuela con los demás, había echado a correr por el patio con ese alegre impulso que puede verse en todas las escuelas del mundo cuando se acaban las lecciones del día. Casi automáticamente, y por un hábito adquirido durante cientos de días, se dirigió a la puerta donde *Lassie* solía esperarle. ¡Y no estaba allí!

Joe Carraclough, un robusto niño de aspecto agradable, se detuvo tratando de razonar. Su frente despejada se frunció sobre sus ojos marrones. Al principio no podía creer que fuera cierto lo que sus sentidos le decían.

Miró arriba y abajo en la calle. Quizá *Lassie* se había retrasado. Pero él sabía que ésa no podía ser la verdadera razón, porque los animales no son como los seres humanos. Los humanos poseen relojes de pared y de bolsillo, a pesar de lo cual siempre van con «cinco minutos de retraso». Los animales no necesitan máquinas que les digan la hora. Tienen algo en su interior que es más exacto que los relojes. Es un sentido del tiempo que nunca les falla. Ellos saben, certera y exactamente, cuándo es la hora de llevar a cabo alguna rutina diaria.

Joe Carraclough lo sabía. Muchas veces lo había comentado con su padre, preguntándole cómo era posible que *Lassie* supiera cuándo era la hora de dirigirse a la puerta de la escuela. *Lassie* no podía haberse retrasado.

Joe Carraclough permaneció pensativo bajo el sol del incipiente verano. Y de súbito, por su mente cruzó un relámpago.

¡Quizás había sido atropellada!

Pese a que tal posibilidad le llenó de pánico, la desechó. *Lassie* estaba muy bien enseñada y no cruzaba descuidadamente las calles. Siempre iba cuidadosamente por las aceras. Además, había muy poco tránsito en las calles de Greenall Bridge. La carretera principal, que atravesaba el valle bordeando el río, se encontraba a una milla de distancia. Hasta el pueblo sólo llegaba una estrecha carretera que se transformaba en un simple sendero cuando se adentraba en el páramo.

¡A lo mejor *Lassie* había sido robada!

Pero eso difícilmente podía ser cierto. Ningún extraño llegaría a ponerle la mano encima a *Lassie* a menos que algún Carraclough estuviese allí para ordenarle que lo permitiera. Además, era demasiado conocida en varias millas a la redonda para que nadie se atreviese a robarla.

Pero, entonces, ¿dónde podía estar?

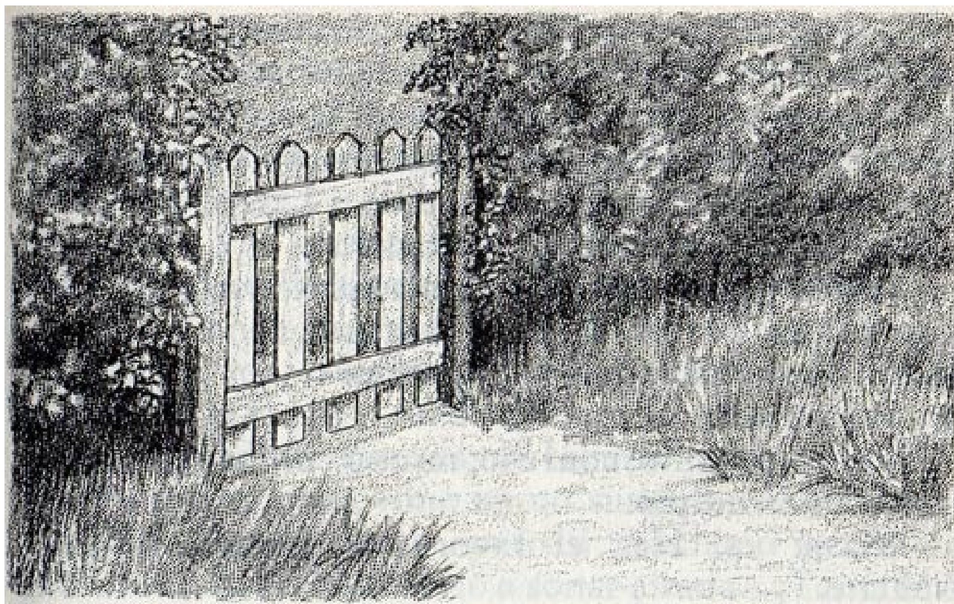
Joe Carraclough solucionó el problema de la misma forma que miles de niños de todo el mundo resuelven los suyos. Fue corriendo a su casa para contárselo a su madre.

Bajó por la calle corriendo tan aprisa como pudo. Pasó frente a las tiendas de la Calle Mayor sin detenerse, cruzó la aldea hasta la callecita que trepaba por la colina, y al final de ésta atravesó la puerta que daba acceso al patio, y desde la entrada a la

casa gritó:

—¡Madre! ¡Algo le ha pasado a *Lassie*! ¡No vino a buscarme!

Tan pronto como lo dijo, Joe Carraclough comprendió que algo iba mal. Nadie en la casa dio un salto y corrió a preguntarle qué sucedía. Nadie pareció asustarse ante la posibilidad de que hubiera podido ocurrirle algo a la hermosa perra.



Joe lo advirtió. Se quedó con la espalda apoyada en la puerta, aguardando. Su madre permaneció con los ojos bajos, fijos en la mesa sobre la que estaba preparando la merienda. Luego miró a su esposo.

El padre de Joe estaba sentado en un taburete frente al fuego, con la cabeza vuelta hacia su hijo. Lentamente, sin decir nada, se volvió a mirar el fuego, pensativo.

—¿Qué pasa, madre? —gritó Joe de repente—. ¿Algo va mal?

La señora Carraclough depositó lentamente un plato sobre la mesa y dijo:

—En fin, alguien tendrá que decírselo —murmuró como si hablara con el aire.

Su esposo no dijo nada. Ella se volvió hacia su hijo:

—Vas a saberlo ahora mismo —dijo—. *Lassie* no volverá a esperarte nunca en la escuela, Joe. Y no tiene objeto que te pongas a llorar.

—¿Por qué no? ¿Qué le ha pasado?

La señora Carraclough se acercó al fuego y puso encima la tetera. Y dijo sin volver la cabeza:

—Porque ha sido vendida. Ésa es la razón.

—¡Vendida! —repitió el niño como un eco, en voz alta—. ¡Vendida! ¿Por qué habéis vendido a *Lassie*, por qué?

Su madre se volvió con irritación.

—Ahora ya está vendida y se la han llevado. No preguntes más. Eso no cambiará las cosas. Se ha ido, eso es todo…, y no hablemos más de ello.

—Pero madre…

El grito del niño, confuso, resonó con fuerza. Su madre le interrumpió.

—¡Basta ya! Haz el favor de merendar. Venga, siéntate.

El niño fue a ocupar obedientemente su lugar en la mesa. La mujer se volvió hacia su marido, que seguía junto al fuego.

—Ven a comer, Sam. Aunque bien sabe Dios que no tenemos gran cosa para poner en la mesa…

Se quedó quieta mientras su esposo se levantaba con irritada brusquedad. Sin decir una sola palabra se dirigió a grandes zancadas hacia la puerta, cogió la gorra que estaba colgada de un clavo y salió. La puerta se cerró de golpe a su espalda. La casa quedó silenciosa por un momento. Después se dejó oír la voz de la mujer con tono enfadado.

—Mira lo que has conseguido. Irritar a tu padre. Supongo que ahora estarás contento.

Se dejó caer cansadamente sobre una silla y se quedó mirando la mesa fijamente. Se hizo un largo silencio. Joe sabía que era injusto acusarle de lo que estaba ocurriendo. Pero también sabía que ésa era la manera que su madre tenía de ocultar su propio dolor. Era exactamente lo mismo que ocurría con sus refunfuños. Era la forma de ser de las gentes de la región. Eran rudos, tozudos, acostumbrados a una vida áspera y dura. Cuando ocurría algo que les afectaba profundamente, ocultaban sus emociones. Las mujeres rezongaban y murmuraban para esconder sus heridas. Después, todo parecía olvidado.

—Venga, Joe, cómete la merienda.

La voz de su madre era ahora suave y paciente.

El niño miró su plato, inmóvil.

—Vamos, Joe, cómete el pan con mantequilla. Mira qué rico está el pan… acabo de hacerlo. ¿No lo quieres?

El niño inclinó aún más la cabeza.

—No quiero nada —dijo en un susurro.

—¡Bah, perros, perros, perros! —exclamó su madre gesticulando. Su voz volvió a sonar airada—. ¡Tanta historia por un simple perro! Bueno, si te interesa saberlo te diré que me alegro de que *Lassie* se haya ido. Eso es. Daba tanto trabajo como criar a un hijo. Ahora ya no está y se acabó. Estoy…, sí, eso es, estoy contenta.

La rolliza señora Carraclough se estremeció y sollozó. Entonces sacó un pañuelo del enorme bolsillo de su delantal y se sonó ruidosamente. Luego miró a su hijo, que permanecía sentado e inmóvil. Ella movió tristemente la cabeza al hablar. Su voz era de nuevo paciente y bondadosa.

—Joe, ven aquí —dijo.

El niño se levantó y se quedó de pie junto a su madre. Ella le rodeó con su rollizo brazo y le habló con la cabeza vuelta hacia el fuego.

—Mira, Joe, empiezas ya a ser un chico mayor y puedes comprenderlo. Sabes que…, bueno, que las cosas no marchan bien para nosotros últimamente. Ya sabes lo que pasa. Necesitamos comer todos los días y hay que pagar el alquiler. *Lassie* valía

mucho dinero y no podíamos permitirnos el lujo de mantenerla, eso es todo. Son malos tiempos y no puedes, no debes atosigar a tu padre. Bastante está pasando ya él con todo esto y…, bueno, las cosas son como son. Ella ha tenido que irse.

El joven Joe Carraclough se quedó en casa con su madre. Había comprendido. Incluso un niño de doce años sabía en Greenall Bridge qué quería decir «malos tiempos».

Desde que los niños tenían uso de razón, sus padres habían trabajado en la mina Wellington, en las afueras del pueblo. Iban y volvían de sus turnos de trabajo con las fiambreras y las linternas de minero. Trabajaban en la extracción de carbón. De pronto los tiempos se habían vuelto «malos». La mina atravesaba una «época difícil» y los hombres ganaban menos. A veces el trabajo volvía a aumentar y los hombres podían hacer alguna jornada completa.

Entonces todo el mundo estaba contento. Eso no significaba una vida lujosa, porque en el mejor de los casos la vida era dura en los pueblos mineros. Pero era al menos una vida animosa y de solidaridad familiar, y si el alimento que llegaba a las mesas era bueno, con eso tenían suficiente para ir tirando.

Tan sólo unos meses atrás la mina había sido cerrada definitivamente. La gran rueda que había en lo alto dejó de girar. Los hombres dejaron de converger como un caudal en la boca de la mina a cada cambio de turno. En cambio se apuntaron en la Oficina de Empleo. Permanecían en la esquina de la oficina a la espera de trabajo. Pero éste no llegaba. Al parecer estaban en eso que los periódicos llamaban «áreas de desempleo», unas zonas del país en las que había desaparecido la industria. Pueblos enteros estaban sin trabajo. No había medios para ganarse la vida. El Gobierno pagaba a la población un subsidio —una cierta cantidad de dinero semanal— para que al menos no se muriera de hambre.

Joe lo sabía. Había oído hablar a la gente del pueblo. Había visto a los hombres en la Oficina de Empleo. Sabía que su padre ya no iba a trabajar. Y también sabía que sus padres nunca hablaban de ello delante suyo, porque pese a su rudeza ellos habían tratado de buena fe de no cargar sobre sus espaldas las preocupaciones de la supervivencia.

Pero aunque su cerebro le decía todo eso, su corazón lloraba aún por *Lassie*. Pero se lo guardó para sí. Se irguió y preguntó a su madre:

—¿No podríamos volver a comprarla otra vez algún día, madre?

—Mira, Joe, es una perra muy valiosa y cuesta demasiado dinero para nosotros. Pero un día volveremos a tener un perro. Espera un poco. Puede ser que los tiempos mejoren, y nosotros conseguiremos otro cachorro. ¿Te gustaría?

Joe Carraclough inclinó la cabeza, moviéndola suavemente en gesto negativo. Su voz fue apenas un susurro:

—Nunca más querré otro perro. ¡Jamás! ¡Sólo quiero a *Lassie*!

UN VIEJO ENDEMONIADO

El Duque de Rudling se detuvo junto a un rododendro y miró por encima del seto. Y levantó de nuevo la voz:

—¡Hynes! —rugió—. ¡Hynes! ¿Dónde se habrá metido este hombre? ¡Hynes!

En ese momento, con el rostro congestionado y el blanco cabello revuelto, el Duque hacía honor a su fama de ser el anciano más malhumorado de los tres señoríos de Yorkshire.

Merecida o no esta fama, basta decir que él mismo, con sus palabras y sus actos, se la había ganado a pulso.

Tal vez su fama fuera debida en parte a que el Duque era sumamente duro de oído, lo que le impelía a hablar a todo el mundo como si estuviera al mando de una brigada de infantería en formación, cosa que en realidad había ocurrido muchos años atrás. Acostumbraba asimismo a llevar un grueso bastón de paseo de madera de endrino, que solía agitar vivamente en el aire como para dar mayor énfasis a sus ya excesivamente enfáticas palabras. Finalmente, su mal genio era debido a su impaciencia frente al mundo.

Porque el Duque tenía una firme creencia: que el mundo, como él decía, se estaba yendo «al traste». Nada era tan bueno ya como lo fuera en su juventud. Los caballos no corrían tanto como entonces, los jóvenes ya no eran tan valientes y arrojados, las mujeres eran menos hermosas y las flores crecían menos, y en cuanto a los perros, si algún ejemplar decente quedaba en el mundo, era porque él lo tenía en sus perreras.

Ni siquiera el pueblo hablaba en estos tiempos un inglés tan perfecto como el que se hablaba en su juventud, según el Duque. Estaba firmemente convencido de que si no oía correctamente no era debido a su sordera, sino a que la gente de hoy había caído en la perniciosa costumbre de hablar mascullando y recortando las palabras en lugar de hacerlo en voz alta, como se nacía cuando él era joven.

¡Y qué decir de la nueva generación! El señor Duque podía —y con frecuencia lo hacía— disertar durante horas acerca de lo poco que valían todos los nacidos en el siglo XX.

Lo cual es curioso porque, de toda la parentela, la única a la que el Duque podía soportar (y que al parecer lograba soportar al Duque) era la más joven de la familia, su nieta Priscilla, que apenas contaba doce años de edad.

Fue Priscilla quien vino en su ayuda ahora que agitaba el bastón sin dejar de dar gritos por encima del seto.

Esquivando un salvaje bastonazo, Priscilla se acercó a él y empezó a tirarle del bolsillo de su chaqueta de paño de Norfolk. El Duque se volvió con los mostachos erizados.

—¡Ah, eres tú! —bramó—. Es extraño que al final haya venido alguien. No sé dónde vamos a ir a parar. Los sirvientes no sirven. Están demasiado sordos para oír.

¡El país se está yendo al traste!

—Tonterías —dijo Priscilla.

Era en verdad una jovencita muy compuesta y recatada. A causa del prolongado trato con su abuelo había llegado a la conclusión de que ambos eran iguales: o unos niños muy viejos, o unos viejos muy niños.

—¿Qué has dicho? —rugió el Duque mirando hacia abajo—. ¡Habla alto y no murmures!

Priscilla le obligó a agachar la cabeza para poder hablarle directamente al oído.

—Dije que eran tonterías —gritó.

—¡Tonterías! —exclamó el Duque.

La miró fijamente y luego estalló en una formidable carcajada. Tenía una curiosa manera de razonar acerca de Priscilla. Estaba convencido de que si Priscilla se atrevía a replicarle era porque había heredado su propio carácter.

Así que el Duque pareció sentirse mucho mejor cuando volvió a mirar a su nieta de arriba abajo. Se atusó sus largos y blancos mostachos, que eran más espesos y mejor cuidados que el tipo de bigotillos que actualmente se usaban.

—Estoy encantado de que hayas venido —dijo ceremoniosamente el Duque—. Quería enseñarte mi nueva perra. Es maravillosa. ¡Bellísima! La mejor ovejera que he visto en mi vida.

—¿A que no es tan buena como las de antes, eh? —dijo Priscilla.

—No sé qué dices —gruñó el Duque—. No entiendo una sola palabra.

Lo había oído perfectamente, pero prefería ignorarlo.

—¿Sabes cómo la he conseguido? —prosiguió el Duque—. Pues yendo detrás suyo durante tres años.

—¡Tres años! —repitió Priscilla, pues sabía que era eso lo que su abuelo quería oír.

—Sí, tres años. Oh, pensaba que me iba a sacar lo imposible, pero no lo consiguió. Hace tres años le ofrecí diez libras por ella y no me la quiso vender. El año pasado le ofrecí quince. Le dije que era lo máximo y lo dije convencido. Pero no me creyó. Aguantó seis meses más, pero la semana pasada me hizo saber que aceptaba mi última oferta.

El Duque parecía satisfecho de sí mismo, pero Priscilla sacudió la cabeza.

—¿Cómo sabes que no está «arreglada»?

La pregunta era lógica, pues la verdad sea dicha, los habitantes de Yorkshire no sólo saben criar perros sino que, según se dice muchas veces, van demasiado lejos en sus conocimientos. A menudo hacen uso de sus diabólicas artes secretas para ocultar los defectos de un perro: quizás «arreglando» una oreja torcida, o un rabo desviado, de modo que ese defecto resulta imperceptible hasta mucho después, cuando el inexperto comprador ha pagado lo convenido y se ha llevado el perro a casa. Dichas tretas y tratos son conocidos bajo el nombre de «arreglos». En toda compra-venta de perros, como en la de caballos, la ley no escrita es *caveat emptor* (que el comprador

vaya con ojo).

Pero el Duque aún rugió más fuerte cuando oyó la pregunta de Priscilla.

—¿Que cómo sé si está «arreglada»? Porque yo también soy de Yorkshire. Conozco tantos trucos como ellos y, si me apuras, algunos más. No, no, es una perra sin taras. Además, se la compré a un tal Carraclough. Le conozco muy bien. No se atrevería a hacerme una cosa así. ¡Te juro que no!

Y el Duque fustigó el aire con su pesado bastón como desafiando a alguien a que osara intentar hacerle una trampa. El anciano y la niña tomaron el sendero que conducía a las perreras. Y una vez allí se quedaron mirando a través del alambre de espino al perro que había dentro.

Priscilla vio allí tendida una gran ovejera de pelaje blanco, negro y dorado. Estaba echada con la cabeza apoyada sobre las patas delanteras, contrastando la delicada oscuridad de su aristocrática cabeza contra la blancura de su cuello y su ancho y poderoso pecho.

El Duque chasqueó la lengua, llamando a la perra. Pero ésta no respondió. Sólo un ligero movimiento de la oreja demostró que había oído. Y permaneció allí, sin mirar a quienes la observaban.

Priscilla se agachó y, dando unas palmadas, la llamó:

—Ven, perrita, ven aquí, ¡perrita!

Por un instante los grandes ojos marrones de la ovejera se volvieron hacia la niña, unos ojos profundos y que parecían llenos de recuerdos y tristeza. Luego volvieron a quedar fijos en el vacío.

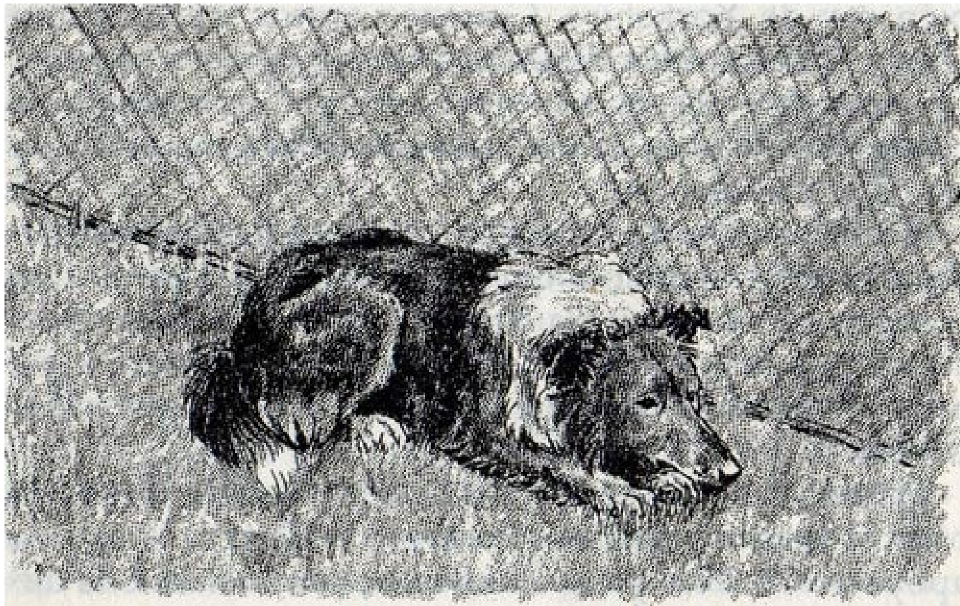
Priscilla se incorporó.

—Me parece que no está bien, abuelo.

—Tonterías —gruñó el Duque—. No le pasa nada malo. ¡Hynes, Hynes! ¿Dónde se habrá metido ese hombre?

—Ya voy, señor, ya voy.

La aguda voz nasal del cuidador llegó desde la parte trasera de las perreras, y al cabo de un momento apareció ante ellos.



—¿Me llamaba, señor?

—¡Claro que te llamaba! ¿Estás sordo? Hynes, ¿qué ocurre con esta perra? No parece sentirse bien.

—Lo que tiene, señor, es que ha sido criada por pobres —se apresuró a explicar el cuidador con su difícil acento *cockney* que cambiaba casi todas las vocales—. Yo diría que está echada a perder. Las malcrían en las granjas. Les dan de comer con cuchara de plata, como aquel que dice. Pero ya me encargaré yo de arreglar eso. Tendrá que aceptar la comida de las perreras en unos pocos días, señor.

—Está bien, pero no la pierdas de vista, Hynes —gritó el Duque—. ¡Atiende bien a esa perra!

—Sí, señor, lo haré —respondió Hynes obsequiosamente.

—Más te vale que sea así —dijo el Duque.

Y se fue rezongando. En cierto modo estaba disgustado. Quería que Priscilla viera la hermosa compra que acababa de hacer. Y en lugar de eso había visto a una perra despectiva.

Oyó a su nieta que decía algo.

—¿Qué dices?

Ella alzó la cabeza.

—Preguntaba que por qué te vendió ese hombre su perra.

El Duque se paró un momento, rascándose detrás de la oreja.

—Supongo que adivinó que yo había llegado al límite. Le dije que no pensaba darle ni un penique más, y supongo que llegó a la conclusión de que iba en serio. Eso es todo.

Mientras el Duque y su nieta se dirigían de regreso a la vieja mansión, Hynes, el cuidador, se encaró con la perra, que seguía en el corral.

—Quiero verte comer antes de marcharme —dijo—. Vas a comer aunque deba empujarte la comida por la garganta.

La perra no se movió ni emitió sonido alguno. Únicamente cerró los ojos como

ignorando al hombre que estaba al otro lado de la alambrada.

Cuando él se marchó, continuó inmóvil al sol, hasta que se empezaron a alargar las sombras. Sólo entonces se incorporó. Alzó la cabeza para olfatear la brisa. Como si no hubiera podido leer en ella lo que deseaba, aulló suavemente. Y empezó a investigar la alambrada, yendo y volviendo de un lado para otro.

Era un animal y no podía pensar en términos susceptibles de ser expuestos en palabras. Sentía únicamente en su cuerpo y en su espíritu un deseo creciente, al principio muy tenue. Pero después ese deseo se fue haciendo cada vez más claro. El sentido del tiempo se concentraba en su cerebro y en sus músculos.

De súbito, *Lassie* comprendió qué era lo que quería. Ahora lo sabía.

LASSIE VUELVE A CASA

Cuando Joe Carraclough salió de la escuela y atravesó la verja, no podía creer lo que veían sus ojos. Se detuvo un momento y luego su voz resonó con estridencia:

—¡*Lassie*, *Lassie*!

Corrió hacia su perra y con desenfrenada alegría se arrodilló a su lado, hundiendo los dedos profundamente en su espeso pelaje. Escondió la cabeza en su pecho y acarició sus costados.

Se puso en pie otra vez y casi rompió a bailar de excitación. Había un extraño contraste entre el niño y la perra. El niño saltaba de alegría, en tanto que la perra permanecía tranquilamente sentada, dejando traslucir su emoción únicamente en la agitación de su blanca cola.

Era como si dijera: «¿A qué viene tanta excitación? Se supone que debo estar aquí, y aquí estoy. ¿Qué hay de raro en ello?».

—Vamos, *Lassie* —dijo el niño.

Dio media vuelta y corrió calle abajo. Por un momento no se preguntó el porqué de su presencia allí. Y cuando se planteó la pregunta, la desechó rápidamente.

¿Por qué plantearse cómo había podido suceder? Era suficiente con que hubiese sucedido.

Pero su mente no podía quedarse quieta, y trató de tranquilizar su conciencia. ¿Acaso su padre había vuelto a comprarla? ¡Quizá fuera eso!

Siguió corriendo por la Calle Mayor. Ahora *Lassie* parecía haberse contagiado de su alegría. Corría a su lado, dando grandes saltos, ladrando con ese agudo grito de alegría que emiten los perros. Abría su ancha boca, como frecuentemente hacen los ovejeros en sus momentos de alegría, de un modo que lleva a decir a sus dueños que sus perros ríen cuando están contentos.

Hasta que no llegó a la Oficina de Empleo, Joe no se detuvo. Entonces oyó la voz de uno de los hombres que decía:

—¡Eh, chico! ¿Dónde has vuelto a encontrar a tu perra?

El tono dejaba traslucir un fuerte acento de Yorkshire, y en ese mismo acento le contestó Joe. Porque si bien en la escuela aprendían a hablar en inglés «puro», se consideraba cortés contestar a los adultos en el mismo acento que éstos usaban.

—Estaba esperándome a la puerta de la escuela —gritó Joe.

Pero entonces supo la verdad. Su padre no había vuelto a comprar la perra, porque de lo contrario todos lo sabrían. En un pueblo pequeño como Greenall Bridge, todo el mundo conocía los asuntos de los demás. Y ciertamente, en ese pueblo en particular, no habrían dejado de enterarse de la reventa de *Lassie*.

¡*Lassie* se había escapado! Ésa era la verdad.

Así que el joven Joe Carraclough dejó de correr alegremente. Caminó despacio, apesadumbrado, mientras ascendía por la colina camino de casa. En la puerta se volvió y le dijo tristemente a la perra.

—Quédate detrás de mí.

Con la frente pensativamente fruncida, permaneció frente a la puerta. Trató de borrar toda expresión de su rostro. Abrió la puerta y entró.

—Madre —dijo—. Tengo una sorpresa.



Extendió su mano hacia ella, como si con ese gesto fuera a conseguir lo que más deseaba.

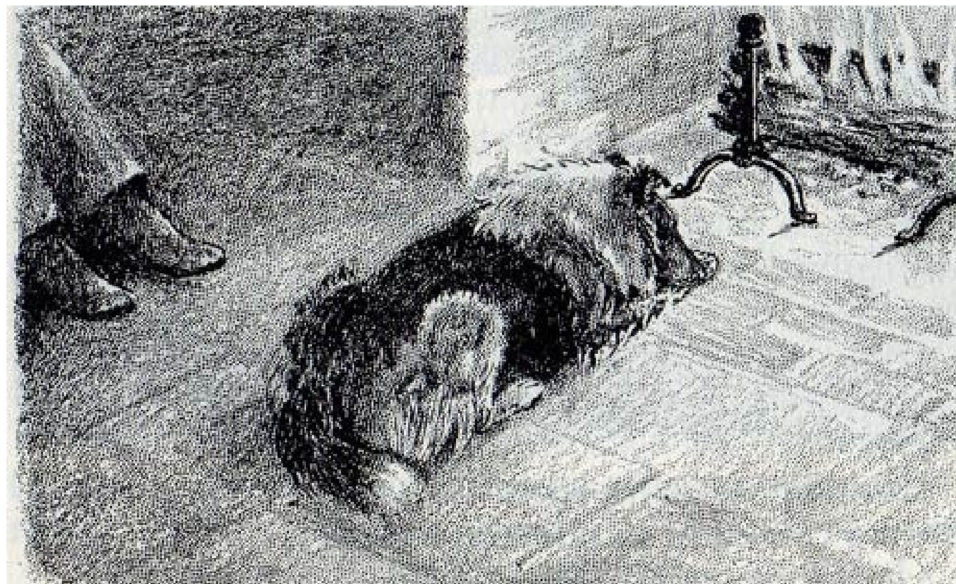
—*Lassie* ha vuelto a casa —dijo.

Vio que su madre le miraba fijamente. Su padre observaba desde su silla junto al fuego. Entonces, cuando Joe entró en la estancia, vio que ambos volvían sus ojos hacia la perra, que le seguía obedientemente. La miraron, pero no dijeron nada.

Como si la ovejera entendiera ese silencio, se detuvo un momento. Luego volvió a andar con la cabeza gacha como hacen los perros cuando comprenden que han hecho algo que no está bien, aunque no sepan qué. Se dirigió a la alfombra del hogar moviendo la cola como diciendo que fuera lo que fuera el mal realizado, estaba dispuesta a remediarlo.

Pero parecía que no había perdón posible, pues el hombre apartó súbitamente los ojos de ella y los dirigió al fuego. De ese modo apartaba la perra de su vista.

Lassie se dobló lentamente y se tumbó en la alfombra, de manera que con su cuerpo rozó el pie del hombre. Éste lo retiró. La perra extendió la cabeza entre las patas y después, lo mismo que el hombre, hundió la mirada en las profundidades del fuego, como si en esas asombrosas regiones doradas fuese a encontrar la respuesta a sus problemas.



Fue la mujer la primera en moverse. Poniéndose las manos en las caderas lanzó un fuerte y hondo suspiro, lleno de elocuente exasperación. Joe la miró y luego, tratando de ablandar su dureza, empezó a hablar con voz esperanzada:

—Salía de la escuela y la vi. Estaba en el mismo lugar de siempre. Justo al otro lado de la verja, esperándome. Nunca habréis encontrado a nadie tan contento de veros. Movía la cola de alegría al verme.

Joe continuó hablando, con las palabras brotando impetuosas de sus labios. Se diría que, mientras siguiera hablando, ni su padre ni su madre llegarían a pronunciar las terribles frases que esperaba oír. Con su torrente de palabras, trataba de demorar la sentencia.

—Se veía que nos echaba de menos a todos. Así que pensé en traerla y que nosotros podríamos…

—¡No!

Fue su madre quien le interrumpió estrepitosamente. Era la primera palabra que sus padres pronunciaban. Por un segundo Joe permaneció callado, y luego las palabras volvieron a surgir de su boca, entablando una lucha entre lo que deseaba y lo que no se atrevía a reconocer que ocurriría.

—Pero madre, ella ha vuelto a casa. Podríamos ocultarla. Ellos no lo sabrían. Podríamos decir que no la hemos visto, y ellos entonces…

—¡No!

La voz de su madre repitió la palabra inequívocamente.

Ella le volvió la espalda airadamente y continuó poniendo la mesa. Una vez más,

como hacían las restantes mujeres del pueblo, se consoló rezongando. Y siguió hablando, utilizando palabras frías y cortantes para ocultar sus sentimientos.

—¡Perros, perros, perros! —gritó—. Estoy enferma ya de tanto oír hablar de ellos. No quiero tenerla. Está vendida y entregada, y cuanto antes la quiten de mi vista, tanto mejor para mí. Y ahora fuera de aquí. Y date prisa, o lo primero que pasará es que vendrá Hynes aquí. ¡Ese sabelotodo de Hynes!

Su voz se hizo más aguda al pronunciar las últimas palabras, porque lo hizo imitando al propio Hynes. El cuidador de los perros del Duque de Rudling era londinense, y su confuso acento *cockney* parecía irritar a todos los del pueblo, cuya manera de hablar era lenta y cuidadosa en la pronunciación de las vocales.

—Ésa es mi opinión —continuó la madre de Joe—. Puedes ir pensándolo. Pero ella ha sido vendida, así que devuélvesela a quienes la compraron.

Comprendiendo que no podía esperar ayuda de su madre, Joe se volvió hacia su padre, sentado ante el fuego. Pero éste parecía no haber oído una sola palabra. Joe cerró obstinadamente las mandíbulas tratando de encontrar nuevos argumentos. Pero fue *Lassie* quien argumentó en su favor. Ahora que la casa estaba silenciosa, pareció pensar que los problemas habían pasado. Se incorporó lentamente y acercándose al hombre le rozó delicadamente la mano con su fino hocico, como hace frecuentemente un perro cuando busca la atención y el cuidado de su amo. Pero el hombre retiró la mano del alcance del perro y siguió mirando el fuego.

Joe advirtió esa actitud y dirigió a su padre un emotivo razonamiento.

—Oye, padre —dijo tristemente—. Podrías al menos darle la bienvenida. Ella no tiene la culpa y se siente contenta de estar en casa. Dale aunque sea una sola palmada.

El padre de Joe no dio señales de haber oído a su hijo.

—Sabes que a veces no les dan el trato adecuado en las perreras —continuó Joe, como si hablara al vacío—. ¿Tú crees que saben cuidarla como es debido? Mira su pelo, por ejemplo. Parece un tanto deslucido, ¿verdad? Padre, ¿no crees que un poco de aceite de linaza disuelto en el agua de beber le vendría bien? Eso es lo que yo le daría a un perro para que su pelo brillara un poco más, ¿no es cierto, padre?

Sin apartar la mirada del fuego, el padre de Joe empezó a afirmar suavemente con la cabeza. Pero si él pareció no comprender el ataque de su hijo, la señora Carraclough sí. Y soltó un bufido.

—¡Vaya! —exclamó mirando a su hijo—. No serías un Carraclough, y mucho menos un nativo de Yorkshire, si no supieras más de perros que de romper huevos con un palo.

Su voz retumbaba en la casa.

—Dios mío, a veces pienso que los hombres de este pueblo les prestan más atención a sus chuchos que a su propia familia. Estamos atravesando una mala racha y ¿tienen trabajo? No. Viven de la Oficina de Empleo, pero te juro que muchos preferirían ver pasar hambre a sus hijos con tal de tener bien alimentado al perro.

El padre de Joe cambió los pies de postura, muy incómodo, pero el niño intervino

rápidamente:

—Pero madre, es verdad que *Lassie* parece muy delgada. Te apuesto lo que quieras a que no la están alimentando bien.

—¡Vaya! —exclamó despectivamente—. En cuanto a eso, no me extrañaría que el señor Sabelotodo Hynes se estuviese guardando para él la mejor parte de la comida de los perros. En mi vida he visto a un hombre tan malcarado y con mayor aspecto de estafador que ése.

Al tiempo de soltar ese chorro de palabras, su mirada se había vuelto hacia *Lassie*. Y de repente su tono cambió.

—¡Válgame Dios! —exclamó—. Parece bastante desmejorada, pobre animal. Voy a prepararle algo porque, o yo no sé nada de perros, o lo está necesitando.

La señora Carraclough pareció caer entonces en la cuenta de que sus palabras iban exactamente en dirección opuesta a lo que cinco minutos antes estaba diciendo. Y como si quisiera defenderse y protegerse a sí misma, alzó de nuevo la voz:

—Pero apenas haya acabado de comer, debe marcharse —gritó—. Y cuando se haya ido, nunca más volverá a entrar en mi casa un perro. Hay que criarlos y trabajar para ellos, y dan tanto trabajo como criar a un niño. Y después de todo lo que has hecho por ellos, ¿qué sacas?

Y mientras rezongaba irritadamente, la señora Carraclough puso a calentar una cazuela con comida. Luego la puso delante de la perra. Ella y su hijo se quedaron mirando cómo *Lassie* comía alegremente. Pero el hombre siguió sin mirar una sola vez al animal que había sido suyo.

Cuando *Lassie* acabó de comer, la señora Carraclough recogió la cazuela. Joe se acercó a la repisa de la chimenea y cogió un trapo doblado y un cepillo. Tomó asiento en la alfombra y empezó a frotar el pelo del animal.

Al principio el hombre permaneció con la mirada fija en el fuego. Luego, pese a sus esfuerzos, empezó a lanzar rápidas ojeadas hacia el niño y la perra. Y finalmente, como si no pudiera resistirlo, se volvió y cogió la mano del niño.

—No se hace así, hijo —le dijo con su ruda voz llena de ternura—. Si no sabes hacer algo, al menos debes tratar de aprender a hacerlo bien. Mira, se hace así.

Cogió el trapo y el cepillo y, arrodillándose en la alfombra, empezó a frotar hábilmente en el espeso pelaje del animal, frotando con el paño al tiempo que sostenía el aristocrático hocico con una mano, mientras con la otra trabajaba sobre el cuello blanco como la nieve de la perra y le quitaba la pelusa de las «polainas», del «delantal» y de las «enaguas».

Así que, casi como por encanto, en la casa reinó una tranquila felicidad. El hombre rechazó cualquier otro pensamiento mientras se concentraba en el trabajo. Joe seguía sentado sobre la alfombra a su lado, siguiendo cada movimiento del cepillo y tratando de fijarlo en su memoria. Porque sabía, como lo sabían todos en el pueblo, que no había nadie en muchas millas a la redonda que supiera preparar a un ovejero, ya fuera para los trabajos diarios o para un concurso, como lo hacía su padre,

Sam Carraclough. Y su sueño dorado era llegar a ser algún día un criador de perros tan bueno como su padre.

Fue la señora Carraclough la primera en recordar algo que todos parecían haber borrado de sus mentes, y que era que *Lassie* ya no les pertenecía.

—Y ahora, por favor —gritó exasperada—, ¿podéis llevaros de aquí ese animal?

El padre de Joe se volvió hacia ella, irritado. Su voz salió más ronca por el acento de Yorkshire que caracterizaba la manera de hablar de toda la región.

—No querrás que la devuelva tan sucia como si se hubiera bañado en barro, ¿verdad?

—Mira, Sam, por favor —empezó a decir la mujer—. Si no te apresuras a devolverla…

Hizo una pausa y todos se quedaron escuchando. Se oyó un ruido de pasos en el sendero del jardín.

—¡Ya lo veis! —gritó con exasperación—. ¡Es ese Hynes!

Corrió hacia la puerta, pero ésta se abrió antes de que ella llegara a tocarla, y entró Hynes. La pequeña y magra figura, enfundada en un chaquetón estrecho y pantalones de montar, se detuvo un instante. Luego sus ojos se dirigieron hacia la perra tumbada ante el hogar.

—Vaya, justamente lo que pensaba —exclamó—. Ya sabía yo que la encontraría aquí.

El padre de Joe se levantó despacio.

—Precisamente estaba limpiándola un poco antes de devolvérsela —dijo con voz grave.

—Apuesto a que sí —dijo Hynes burlonamente—. Apuesto a que estaban a punto de devolverla. Pero da la casualidad de que me la voy a llevar yo mismo, ya que se me ocurrió dejarme caer por aquí.

Sacando una correa del bolsillo, se dirigió rápidamente a la perra y deslizó el lazo corredizo en torno a su cuello. Al notar el tirón, ella se levantó dócilmente y, con el rabo entre las piernas, siguió al hombre en dirección a la puerta. Una vez allí, Hynes se detuvo.

—Sepa usted —dijo mientras salía— que no nací ayer, y yo también conozco un par de trucos. ¡Vaya con los de Yorkshire! Lo sé todo sobre vosotros y sobre vuestros hogareños perros. Los entrenáis para romper la correa y volver a casa cuando ya están vendidos, de forma que podéis venderlos otra vez. Pero no os servirá conmigo, vaya que no. Porque también yo conozco un par de trucos…

Se detuvo súbitamente porque el padre de Joe, con el rostro rojo de ira, había empezado a caminar hacia la puerta.

—Esto…, buenas noches —dijo Hynes precipitadamente.

La puerta se cerró entonces y Hynes y la perra desaparecieron. Durante un largo rato en la casa reinó el silencio. Hasta que se oyó la voz de la señora Carraclough:

—No quiero volver a ver nunca más a ese hombre —exclamó—. Entrando en

casa de una, en mi propio hogar, sin pedir permiso y llevando el sombrero puesto como si creyera que es el mismo Duque. Y todo a causa de un perro. Pues bien, *Lassie* se ha ido, y si queréis saber mi opinión, creo que se ha ido en buena hora. Quizás ahora podamos tener un poco de paz. Espero no volver a verla en mi vida.

Mientras así rezongaba, dándole gusto a la lengua, Joe y su padre tomaron asiento frente al fuego. Ambos permanecieron allí, inmóviles y pacientes, encerrándose cada cual dentro de sus propios pensamientos, como suele hacer la gente del norte cuando se siente profundamente conmovida.

«NO VUELVAS A CASA NUNCA MÁS»

Si la señora Carraclough creía que todo estaba arreglado, cuánto se equivocaba. Porque al día siguiente *Lassie* estaba a la puerta de la escuela, fiel a la cita, esperando a Joe.

Y de nuevo la llevó el niño a casa. Por el camino planeó la posibilidad de luchar por su perra. Para él la cosa estaba clara. Le resultaba evidente que cuando sus padres vieran la fidelidad del animal se ablandarían y le permitirían quedarse en casa, recompensándola por su fidelidad. Pero también comprendía que no le iba a resultar fácil persuadirlos.

Ascendió lentamente por el sendero con la perra y abrió la puerta. En la casa todo seguía como de costumbre: su madre preparando la merienda, su padre meditando frente al fuego como solía hacer durante horas enteras desde que estaba sin trabajo.

—*Lassie*… ha vuelto a casa otra vez —dijo Joe.

Todas sus esperanzas desaparecieron ante las primeras palabras de su madre. No había compasión.

—No quiero tenerla. No, no la quiero —gritó—. No debes traerla aquí y no empieces a llorar y suplicar. ¡Ella debe marcharse ahora mismo!

Las palabras caían sobre Joe como una cascada. En la rígida educación de un hogar de Yorkshire, bondadosa pero austera, era inconcebible que él «replicara» a sus padres. Pero esta vez sintió que debía intentarlo, que debía hacerles comprender.

—Pero madre, será sólo un momento. Por favor, sólo un momento. ¡Déjame tenerla sólo un momento!

Sentía que si conseguía retenerla por algún tiempo, los corazones de sus padres se ablandarían. *Lassie* quizá sentía lo mismo, pues mientras Joe hablaba ella se dirigió hacia su lugar habitual junto al fuego. Y como si comprendiese que hablaban de ella, fue pasando la mirada de uno a otro de esos humanos que generalmente hablaban con tranquilidad, pero cuyas voces sonaban ahora anormalmente altas.

—No puede ser, Joe. Cuanto más tiempo la tengas aquí, más difícil será devolverla. ¡Y debe marcharse ahora mismo!

—Pero madre…; por favor, padre, escuchad. Ella no está bien. Seguro que no la están tratando bien. ¿No creéis que…?

El padre de Joe se levantó y le miró. El rostro del hombre carecía de expresión, pero su voz sonó llena de comprensión.

—Esta vez no te servirá de nada, Joe —dijo gravemente—. Tú sabes que no hay nada que hacer, hijo. Debemos devolverla inmediatamente después de merendar.

—¡No! ¡Vais a devolverla ahora mismo! —gritó la señora Carraclough—. Si no lo hacéis tendremos aquí a ese Hynes otra vez. Y no quiero verle entrar en mi casa como si fuera el dueño. Así que ponte la gorra y llévate la perra de inmediato.

—Ella volverá otra vez, madre. ¿No lo entiendes? Volverá porque es nuestra…

Joe se contuvo al ver a su madre dejarse caer sobre una silla con gesto fatigado.

Miró a su marido, y éste movió la cabeza como para darle la razón al chico.

—Ella vuelve a casa por él, ¿sabes? —dijo el padre.

—No puedo hacer nada al respecto, Sam —dijo la señora Carraclough suavemente—. Y si vuelve a casa por él, llévatelo contigo y que la meta él mismo en la perrera y le dé orden de quedarse allí. A lo mejor, si es él quien le dice que se quede, ella comprende y no vuelve a escaparse.

—Eso que dices es razonable —dijo el hombre, pensativo—. Venga, Joe, coge tu gorra y ven conmigo.

Al coger su gorra, Joe se sentía angustiado. El hombre emitió un suave silbido. *Lassie* se levantó inmediatamente. Entonces el hombre, el niño y la perra salieron de casa. Joe oyó a su espalda la voz de su madre, pero sonaba cansada y como si estuviera a punto de echarse a llorar.

—Si ella se queda en la perrera a lo mejor volvemos a tener un poco de paz en esta casa, aunque bien sabe Dios que no es fácil, con los tiempos que corren…

Joe sintió que la voz de su madre le iba siguiendo mientras, silenciosamente, caminaba detrás de su padre y de *Lassie*.

—Abuelo —preguntó Priscilla—. ¿Los animales pueden oír cosas que nosotros no oímos?

—Oh, sí, por supuesto que sí —bramó el Duque—. Un perro, por ejemplo, puede oír cinco veces mejor que un ser humano. Piensa en mi silbato para perros. En realidad no es que sea silencioso. Emite sonidos de alta frecuencia que nosotros no percibimos. Ningún ser humano puede hacerlo. Pero el perro los oye, y acude de inmediato. Eso es porque…

Priscilla vio a su abuelo agitar el bastón mientras empezaba a andar por el sendero.

—¡Carraclough! ¿Qué hace usted aquí con mi perra?

Priscilla vio al otro lado del camino a un hombre del pueblo, alto y fuerte, y detrás suyo a un niño robusto cuya mano descansaba sobre el pelo de un ovejero. Oyó cómo el perro gruñía sordamente, como si protestase por el avance amenazador del abuelo, y luego la suave voz del muchacho apaciguando al perro. Ella siguió a su abuelo en dirección a los extraños.

Al verla venir, Sam Carraclough se quitó la gorra e indicó a su hijo que hiciera lo mismo. No fue en modo alguno un gesto servil, sino debido a que mucha gente del pueblo, pese a su rudeza, gusta de comportarse educada y cortésmente.

—Es *Lassie* —dijo Carraclough.

—¡Pues claro que es *Lassie*! —gruñó el Duque—. Cualquier idiota puede darse cuenta. Pero ¿qué hace usted con ella?

—Se ha escapado otra vez y se la traigo de vuelta.

—¿Otra vez? ¿Es que ya se había escapado antes?

Sam Carraclough permaneció en silencio. Como la mayoría de la gente del pueblo, su cerebro se movía lentamente. A juzgar por la últimas palabras del Duque comprendió que Hynes no había dicho nada de su anterior escapada. Y si contestaba a la pregunta del Duque, sentía que en cierto modo iba a descubrir a Hynes. Y aunque le disgustaba Hynes, no quería decir nada de él porque, como argumentaba honradamente en su fuero interno, «no le gustaría echar a un hombre de su trabajo». Hynes podía ser despedido y el trabajo no abundaba últimamente. Sam Carraclough lo sabía.

Resolvió el problema de un modo típico de Yorkshire. Tozudamente repitió sus últimas palabras.

—Se la traigo de vuelta… eso es todo.

El Duque le miró fija y amenazadoramente. Luego levantó aún más la voz.

—¡Hynes, Hynes! ¿Por qué se escapará y se esconderá este hombre cada vez que le necesito? ¡Hynes!

—Ya voy, señor, ya voy —se oyó la voz nasal del cuidador, que al poco rato apareció atropelladamente por entre los matorrales que había junto a las perreras.

—Hynes, ¿se había escapado este perro anteriormente?

Hynes se removió inquieto.

—Bueno, en realidad…

—¿Se escapó, sí o no?

—En cierto modo, sí, señor, pero no quise molestar a su Señoría por ello —dijo Hynes jugando nerviosamente con su gorra—. Pero yo me encargo de que no vuelva a suceder. No entiendo cómo pudo hacerlo. He tapado los agujeros que hizo bajo la cerca y…

—¡Ten más cuidado! —gritó el Duque—. ¡Pedazo de bruto! Empiezo a creer que eres un inútil, Hynes. Llévatela, y si vuelve a escaparse, yo… yo…

En lugar de concluir la amenaza, el Duque prefirió, dándose a todos los diablos, marcharse sin molestarse siquiera en dar las gracias a Sam Carraclough.

Priscilla pareció comprender que era una descortesía y, en lugar de seguir a su abuelo, permaneció allí, observando silenciosamente la escena que tuvo lugar a continuación. Hynes estaba grandemente irritado.

—Voy a encerrarla —murmuró—, y si vuelve a escaparse la…

No llegó a terminar la frase, porque mientras hablaba alargó la mano como para agarrar a *Lassie* por el pelo. Pero no llegó a tocar al animal, porque la pesada y claveteada bota de Sam Carraclough se posó sobre sus pies, dejándolo como clavado en el sitio. El hombre habló lentamente:

—He traído al chico conmigo para que sea él quien la encierre esta vez —dijo—. Ya que se escapa por verle a él, él será quien le ordene quedarse aquí.

Luego la pausada voz del de Yorkshire subió ostensiblemente de tono, como si Sam Carraclough acabase de caer en la cuenta de algo.

—Oh, perdona. No sabía que te estuviese pisando. Ven, Joe, muchacho. Ábrenos

la perrera, Hynes, y nosotros la meteremos dentro.

De pie junto a las crecidas siemprevivas, Priscilla vio a la perra entrar en la perrera y luego acercarse a la valla. Y como el niño se acercase también por la parte de fuera, la ovejera alzó la cabeza, se acercó a él y apretó la cabeza contra los alambres. Durante mucho rato el niño estuvo allí, con los dedos entre los alambres para tocar la fría nariz de la perra. Fue el hombre quien rompió el silencio.

—Venga, Joe, hijo. Acabemos de una vez. No es bueno alargar esto. Ordénale que se quede… y dile que no puede volver a casa nunca más.

Priscilla vio al niño mirar a su padre desde la perrera y luego pasear la mirada en derredor, como si esperase que pudiera llegarle ayuda de algún lado.

Pero no llegó. No hubo ayuda para Joe. Tragó saliva y empezó a hablar; las palabras le salían lentas y en un tono muy bajo, aunque empezaron a ser más rápidas y firmes a medida que hablaba.

—Quédate aquí y sé muy feliz, *Lassie* —empezó a decir con voz apenas audible—. Y… y no vuelvas a casa nunca más. No vuelvas a escaparte. No vengas nunca más a buscarme a la escuela. Quédate aquí y déjanos en paz, porque… ya no nos perteneces… y no queremos volver a verte nunca más. Así que deja de molestarnos viniendo a vernos… y quédate aquí para siempre y… ¡no vengas a casa nunca más!

Como si hubiese entendido, la perra se dirigió al extremo opuesto de la perrera y se tumbó. El niño giró bruscamente la cara y se alejó. Y, como difícilmente veía por donde iba, tropezó. Pero su padre, que caminaba junto a él con la cabeza erguida y la mirada al frente, le tomó por un hombro y le dijo rudamente:

—Mira bien donde pisas.

Joe trotaba junto a su padre, el cual caminaba muy deprisa. Se estaba preguntando por qué los mayores son tan duros de corazón justo cuando más los necesitas.

Corría al lado de su padre pensando en eso, sin comprender que el hombre sólo pretendía alejarse del sonido que les perseguía: el sonido de una ovejera, ladrando con todas sus fuerzas, pidiendo a su dueño que no la abandonara. Pero Joe no lo entendía.

Había, sin embargo, alguien más que también encontraba muchas cosas difíciles de entender Era Priscilla, que se acercó al corral donde estaba ahora la ovejera, con la cabeza alzada, ladrando desesperadamente, y con los ojos clavados en el recodo del camino por donde había visto desaparecer a su amo.

Priscilla estuvo observando a la perra hasta que Hynes apareció en las perreras. Entonces lo llamó.

—Hynes, ¿por qué se escapa la perra a su casa? ¿Es que no es feliz aquí?

—Por todos los santos, señorita Priscilla, claro que es feliz en esa perrera tan buena que tiene. Se escapa únicamente porque ellos la han enseñado a hacerlo así. De esa manera se la pueden vender a otro antes de que te des cuenta.

Priscilla arrugó la nariz, pensativa.

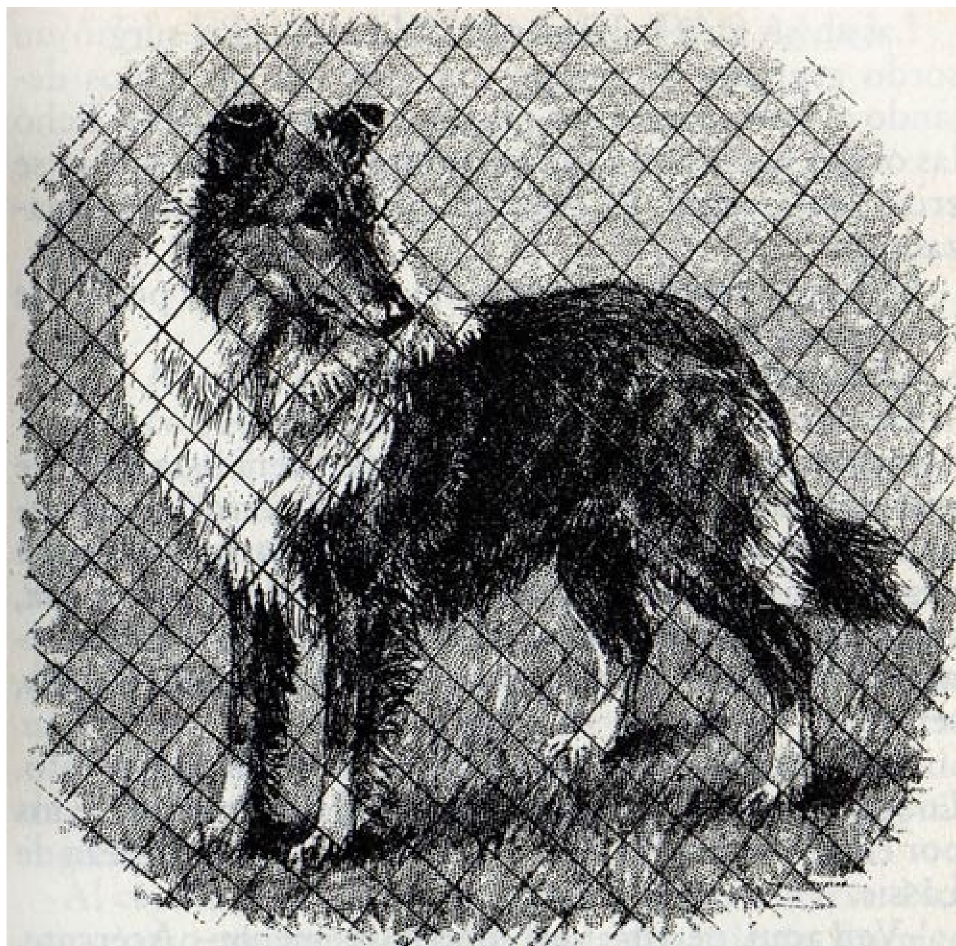
—Pero si querían robarla, ¿por qué la han devuelto ellos mismos?

—No le dé más vueltas a este asunto —dijo Hynes—. Lo que pasa es que no se puede fiar uno de nadie en este pueblo. Ellos están inventándose trucos continuamente, pero nosotros somos más listos.

Priscilla siguió pensativa.

—Pero si el niño quiere volver a tener a su perra, ¿por qué la vendieron? Si ella fuese mía, yo no la vendería nunca.

—Claro que no, señorita Priscilla.



—Entonces, ¿por qué lo hacen?

—¿Por qué? Porque su abuelo les pagó una bonita suma por ella. Ése es el motivo. Una bonita suma. Pero es demasiado bondadoso con ellos, eso es lo que pasa. Si por mí fuera, ya les hubiera yo parado los pies. ¡Vaya si lo haría!

Satisfecho con su explicación, Hynes se volvió hacia la perra, que continuaba ladrando.

—Cállate ya. Venga, ¡silencio! Túmbate. Quédate en tu sitio y en silencio.

Como la perra no diera señal de haberle oído, Hynes se acercó y alzó la mano amenazadoramente.

Lassie se giró lentamente y de su pecho surgió un sordo gruñido, al tiempo que curvaba sus labios dejando al descubierto sus grandes dientes blancos. Echó las orejas hacia atrás y la pelambre en torno al cuello se erizó lentamente. El gruñido creció de forma amenazadora.

Hynes se detuvo en seco y mostró la lengua por entre los dientes delanteros.

—¿Te estás haciendo la mala, eh?

Entonces Priscilla se acercó al animal.

—Cuidado, señorita Priscilla. Si yo fuera usted no me acercaría tanto. Si es que conozco a los perros, ¡y los conozco bastante!, sé por la forma de mirarla que puede pegarle un mordisco. Cuando haya terminado con ella, verá comportarse como es debido a esta remilgada damisela. Pero de momento manténgase alejada de ella, señorita.

Y Hynes se alejó. Priscilla estuvo allí largo rato. Luego se acercó lentamente a la valla. Metió los dedos por entre los alambres para aproximarlos a la cabeza de *Lassie*.

—Ven aquí, perrita, ven —dijo suavemente—. Acércate, ven, anda, no voy a hacerte daño.

El gruñido de la perra se fue apagando, y ésta se tumbó en el suelo. Por un instante, sus grandes ojos marrones se clavaron en los ojos azules de la niña. Después la ovejera pareció ignorarla, y, con una suerte de paciente majestuosidad aristocrática, permaneció tumbada. Sus ojos no pestañearon ni se giró su cabeza. Quedose allí, mirando fija y estáticamente el lugar donde había visto por última vez a Sam Carraclough y a su hijo.

EL ESCONDRIJO DEL PÁRAMO

A la tarde siguiente *Lassie* estaba tumbada en el corral, con el tenue sol de comienzos del verano acariciando su piel. La cabeza descansaba sobre sus patas delanteras. Apuntaba en dirección al lugar por donde Sam Carraclough y su hijo desaparecieron el día anterior. Sus ojos miraban fijamente hacia adelante, de forma que si su cuerpo parecía descansar, sus sentidos estaban despiertos, a la espera de cualquier movimiento, sonido u olor que indicara el regreso de sus amos.

Pero la tarde estaba tranquila. Se percibía el zumbido de las primeras abejas y el húmedo aroma de la campiña inglesa. Eso era todo.

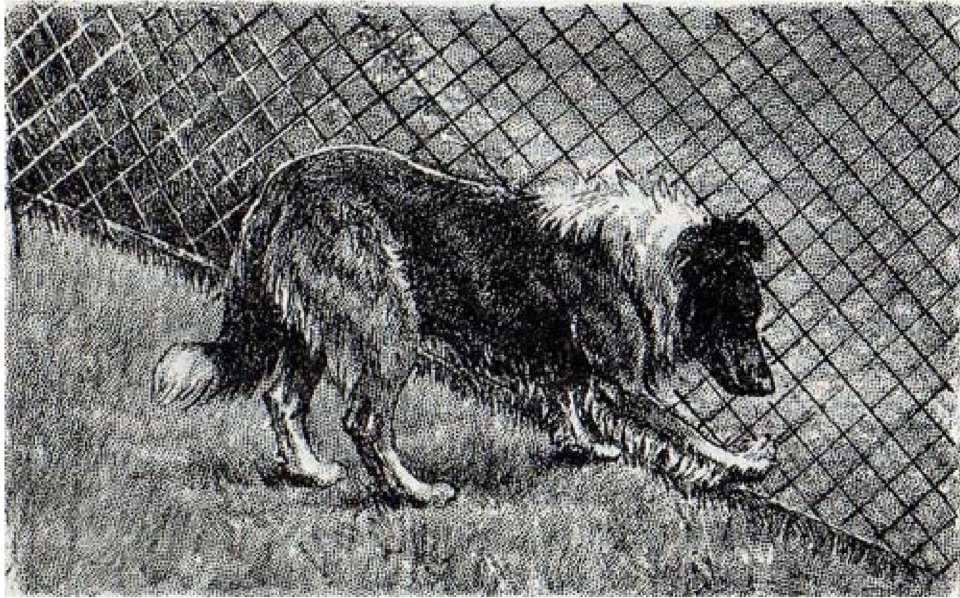
Al caer la tarde, *Lassie* empezó a impacientarse. Notaba como un impulso que la hacía estar alerta. Era algo confuso, indefinible, algo así como la alarma de un reloj que empezara a inquietar, aunque suavemente, a una persona todavía dormida.

Lassie levantó bruscamente la cabeza y olfateó la brisa. Pero ésta no le trajo ninguna respuesta que apaciguara el vago impulso que sentía en su interior.

Se levantó, caminó lentamente en torno al corral y fue a tumbarse a la sombra. Pero eso no le proporcionó paz alguna. Volvió a levantarse y regresó al sol; pero tampoco era ésa la respuesta. El curioso impulso que sentía en su mente se hizo más vigoroso. Empezó a pasear inquieta por el corral, dando vueltas a lo largo de la recia alambrada. La fuerza interior la impulsaba a caminar en círculo en el interior del corral. Después se detuvo en un rincón y empezó a arañar la alambrada con las uñas.

Y como si ésa fuera la señal, de pronto comprendió su deseo. ¡Era la hora! La hora de ir a buscar al niño. No es que ella lo pensara claramente, como lo haría un ser humano: lo sabía ciegamente. Pero el impulso se apoderó de ella por completo y borró cualquier otra sensación o sentimiento. Sólo sabía que era la hora de ir a la escuela, tal y como había hecho durante tantos años.

Aunque arañó vigorosamente los alambres, apenas si hizo mella. La memoria le decía que se había escapado anteriormente arañando y rompiendo los alambres para luego excavar y empujar por debajo, levantándolos con su poderoso cuello hasta sentirse libre. Pero Hynes había cortado esa vía de escape. Había reforzado la valla con alambre más grueso, clavando incluso unas estacas de madera por la parte exterior Por mucho que *Lassie* arañó y estiró, fue inútil. Y como si el fracaso y el paso del tiempo le dieran renovadas energías, *Lassie* excavó con más fuerza en el interior del corral. Arañaba en los lugares donde su instinto le decía que podía haber un camino, pero Hynes los había cerrado todos.



Alzó la cabeza para ladrar frenéticamente su frustración, y después, intentando otra cosa, se levantó y permaneció apoyada contra la alambrada, sosteniéndose sobre sus patas traseras, observando las posibilidades existentes.

¡Si no puedes pasar por debajo de algo, puedes intentar hacerlo por encima!

Los perros pueden conocer tales cosas no mediante procesos mentales lógicos, ni porque alguien les haya enseñado que pueda ser así. Incluso los perros más inteligentes aprenden lentamente, por medio de oscuros instintos y por el entrenamiento que hayan podido recibir en su vida.

Así, oscuramente al principio, y luego con mayor claridad, la idea se formó en la mente de *Lassie*. Dio un salto y volvió a caer. La cerca tenía casi dos metros de altura, demasiado para ser saltada por un ovejero. Un galgo o un gran danés hubieran podido hacerlo fácilmente. A lo largo del tiempo los perros han sido criados para desarrollar diversas cualidades de acuerdo con las necesidades. Los ovejeros pertenecen al grupo de perros de trabajo; han sido criados durante siglos para ayudar al hombre, entender sus señales y órdenes y mostrarse inteligentes y útiles, especialmente en el pastoreo, para el cual resultan insuperables. Pero no pueden correr o saltar como otras razas de perros que han sido especializados únicamente en esas habilidades.

Los saltos de *Lassie*, por lo tanto, no consiguieron llevarla a lo alto de la valla. Retrocedía hasta el extremo opuesto del corral para tomar impulso en la carrera, pero cada vez volvía a caer hacia atrás.

Parecía imposible, pero con el coraje y la constancia de un buen animal, lo intentó una y otra vez, saltando en diferentes puntos, como si un lugar pudiera ser mejor que otro.

¡Y uno de ellos resultó serlo!

Fue a saltar justo en el rincón, allí donde se unían los alambres, y mientras estaba en el aire sus patas posteriores buscaron algún tipo de apoyo en la intersección de la alambrada.



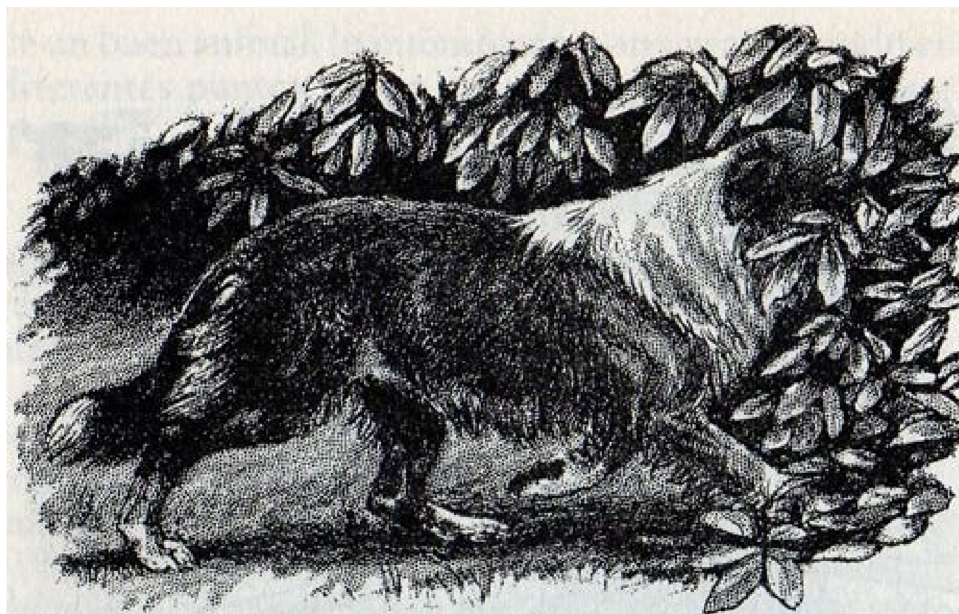
Lo intentó de nuevo y esta vez, casi como una persona que sube por una escalera, trepó más alto en un feroz derroche de energía. Y ya estaba casi en lo alto cuando volvió a caer.

Pero había aprendido rápidamente. Se volvió y corrió de nuevo, pegándose esta vez al ángulo por el propio impulso de su carrera. Sus patas arañaron el alambre justo cuando la fuerza de la gravedad iba a prevalecer trepó más y más hasta que las patas delanteras alcanzaron la parte superior. Durante apenas un segundo permaneció colgando. Luego, lentamente, se fue izando. Se balanceó un momento, inestablemente. El extremo superior de la cerca arañaba su vientre. Pero ella no lo sentía. Sólo una idea fija ocupaba su mente. Era la hora, la hora de acudir puntualmente al lugar de encuentro.

Se impulsó hacia el exterior y fue a caer al suelo por la parte de fuera. ¡Estaba libre!

Ahora que lo había conseguido, pareció como si toda su energía la abandonase. Tenía el camino expedito, pero su instinto la impulsó a hacer algo más. Como si supiera que podría ser capturada si era vista, se deslizó cautelosamente, como sabe hacerlo un perro cuando está cazando, o cuando está siendo cazado.

Con el vientre pegado al suelo, avanzó silenciosamente a través del patio hacia el seto de rododendros. Luego el espeso follaje del matorral la ocultó. Segundos después se deslizaba como un espectro al amparo de la sombra de una larga pared. Su conocimiento del terreno, como ocurre con casi todos los animales, era perfecto. Iba silenciosa, pero con sorprendente rapidez, hacia el punto donde acababa la pared y empezaba una verja de hierro. Allí había un agujero que ya había descubierto anteriormente. Y se deslizó por él.



Como si comprendiera que aquél era el límite del territorio enemigo, su forma de caminar cambió, haciéndose normal. Trotaba tranquilamente, con la cabeza enhiesta, la cola balanceándose en una graciosa continuación de las armónicas líneas curvadas de su cuerpo. Era una ovejera triunfal, corriendo alegremente, cumpliendo una rutina diaria sin alborotos ni excitaciones.

Joe Carraclough no esperaba volver a ver nunca más a *Lassie*. Tras haberle ordenado que se quedase, y haberla reñido por escaparse, creía sinceramente que nunca más volvería a encontrarla al salir de la escuela.

Pero en algún rinconcillo oscuro, en lo más profundo de su corazón, había soñado con ello aun sin llegar a creer que sus sueños podrían convertirse en realidad. Y cuando salió ese día de la escuela y encontró a *Lassie* aguardándole, exactamente igual que siempre, creyó que no era cierto… que sólo estaba viviéndolo en sueños.

Se quedó mirando a la perra con su despejado y aniñado rostro lleno de asombro. Entonces, como si su silencio fuese una señal de que su comportamiento merecía una reprimenda, *Lassie* agachó la cabeza. Y movió lentamente la cola como pidiendo perdón por la posible falta cometida.

Joe Carraclough alargó la mano para acariciarla en el cuello.

—Está bien, *Lassie* —dijo suavemente—. Está muy bien.

No miró a su perra. Porque su mente corría, corría lejos, muy lejos. Recordaba que, por dos veces, había llevado a la perra a casa. Y que, a pesar de todos sus ruegos y esperanzas, las dos veces le había sido arrebatada.

Por eso esta vez no corrió alegremente hacia casa. En lugar de eso, permaneció con la mano descansando sobre el cuello de su perra y con la frente arrugada, mientras trataba de resolver ese problema que le planteaba la vida.

Hynes golpeó atronadoramente la puerta de la casa y entró sin aguardar respuesta.

—Vamos, ¿dónde está? —exigió.

El señor y la señora Carraclough le miraron, y luego sus miradas se cruzaron. La mujer, con la vista turbada, pareció no prestar atención a Hynes.

—Así que por eso no ha vuelto todavía a casa.

—Sí —asintió el hombre.

—Están juntos, *Lassie* y él. Ella ha vuelto a escaparse y él tiene miedo de volver a casa. Sabe que la devolveremos otra vez. Y se ha escapado con ella para que no podamos quitársela.

Se dejó caer sobre una silla y su voz tornose vacilante.

—¡Oh, Dios mío! ¿Es que ya nunca volveré a disfrutar un poco de paz y tranquilidad en mi casa?

Su esposo se levantó lentamente y se dirigió a la puerta. Cogió la gorra del clavo y se volvió hacia su mujer.

—No te preocupes —dijo—. Joe no habrá ido muy lejos, justo hasta el páramo. Y no puede haberse perdido, porque tanto él como *Lassie* conocen muy bien el lugar.

Hynes pareció ignorar la desesperación de los dueños de la casa.

—Bueno, venga ya —dijo—. ¿Dónde está mi perra?

Sam Carraclough se volvió lentamente hacia el hombrecillo.

—Eso es justamente lo que salgo a buscar, ¿no lo entiendes? —dijo tranquilamente.

—Bien, pero yo le acompaño —dijo Hynes—. Sólo para asegurarme de que no se trata de ningún chanchullo.

Por un instante una ira irreprimible se apoderó de Sam Carraclough, que se precipitó sobre el otro. Pero Hynes se acobardó de inmediato.

—Está bien, pero más vale que no empiece a crear problemas —dijo asustado—. No cree problemas.

Carraclough miró oblicuamente al hombrecillo y luego, como despreciando a alguien tan por debajo de su talla física y moral, se dirigió a la puerta. Desde allí se volvió.

—Váyase ahora mismo a su casa, señor Hynes —dijo—. Su perra le será devuelta tan pronto como pueda encontrarla.

Sam Carraclough desapareció en la oscuridad de la noche. No fue al pueblo, sino

que remontó la colina por el camino hasta llegar al inmenso llano, yermo y desierto, que milla tras milla se extiende por todo el norte de Inglaterra.

Avanzaba rápidamente. Pronto sería noche cerrada, pero como por instinto sus pies buscaban los senderos que durante centenares de años los hombres han abierto en ese salvaje entorno. Un extraño se hubiera perdido sin remedio en una tierra donde no parecía haber señales que sirvieran de orientación, pero no un hombre del lugar.

Durante toda su vida —desde los juegos de su niñez— habían ido aprendiendo a conocer su país. Conocían el páramo palmo a palmo, y un giro del sendero les hablaba tan certeramente de su posición como el nombre de una calle escrito en una esquina se lo dice al ciudadano.

Así pues, el padre de Joe avanzaba con seguridad, pues sabía dónde debía buscar a su hijo. Cinco millas hacia el interior del páramo, la tierra se elevaba como una auténtica isla en medio de la llanura, una isla de rocas grandes y puntiagudas que hacían pensar en una lejana y extraña época en la que un niño gigante hubiera empezado a apilar bloques para construir una torre de piedra y luego hubiera abandonado el juego, dejándola a medio hacer. Las pesadas y olvidadas moles de roca, con sus pasadizos y cuevas, constituían un lugar donde uno podía sentarse en el vasto silencio y meditar sobre los problemas del mundo y de la vida sin ser molestado por nadie.

Y era allí adonde Sam Carraclough se dirigía. Caminaba a paso firme a través de la oscuridad. La lluvia nocturna empezó a barrer el páramo, en forma de una neblina fina y persistente, pero que no le hizo aminorar el paso. Y luego, cuando sus botas resonaron en las primeras piedras, Sam Carraclough oyó un agudo ladrido… el ladrido de advertencia de un perro guardián.

Trepando por un sendero que recordaba perfectamente desde su juventud, el hombre se dirigió hacia el lugar de donde provenía el sonido. Y allí, al amparo de una roca que les resguardaba de la lluvia, encontró a su hijo y a la perra. Se detuvo un momento, en el que sólo se oía el sonido de su respiración. Después el nombre dijo:

—Vamos, Joe.

Eso fue todo.

El niño se levantó obedientemente y siguió a su padre con atribulado silencio. Ellos dos y la perra caminaron a lo largo de las sendas entrecruzadas, las sendas que ambos conocían tan bien. Cuando estuvieron cerca del pueblo, el hombre habló de nuevo.

—Vete a casa ahora mismo y espérame allí, Joe. Yo voy a llevar a *Lassie* a las perreras. Cuando vuelva a casa, quiero hablar contigo.

Joe sabía muy bien qué quería decir «hablar». Sabía que escapándose había perturbado la vida familiar. Y cuando llegó a casa comprendió, por la forma de actuar de su madre, cuán profundamente había herido a sus padres. Ella no dijo nada mientras él se quitaba el mojado chaquetón y ponía sus zapatos a secar al fuego. Le sirvió algo de comer y una tetera de hirviente té. Pero siguió sin decirle nada.

Al poco rato, su padre volvió a la casa con el rostro severo, orillando por la humedad de la lluvia, mientras la luz de la lámpara recortaba agudamente con sus reflejos la nariz, los pómulos y la barba paterna.

—Joe —empezó a decir el hombre—. ¿Tú sabes que has obrado mal marchándote de casa con *Lassie*… que nos has hecho daño a tu madre y a mí?

Joe miró rectamente a su padre. Levantó la cabeza y dijo claramente:

—Sí, padre.

Su padre asintió y emitió un profundo suspiro. Entonces se llevó ambas manos a la cintura y se desabrochó el grueso cinturón.

Joe le contempló en silencio. Entonces, ante su sorpresa, oyó decir a su madre:

—No lo hagas —gritó—. Te digo que no lo hagas.

Estaba ahora frente a su marido. Joe nunca había visto así a su madre. Ella estaba allí, de pie, frente al hombre. Ella se volvió rápidamente.

—Joe, sube inmediatamente a tu habitación. ¡Ahora mismo!

Mientras Joe se levantaba obedientemente, la vio volverse hacia su esposo y decir claramente:

—Antes tenemos que hablar —dijo—. Y vamos a hacerlo ahora mismo. Me parece que ya es hora de que alguien lo haga.

Ambos estaban silenciosos, y cuando Joe pasó junto a su madre camino de la escalera, ella le puso el brazo sobre los hombros y le sonrió. Le apretó rápidamente contra sí y luego le empujó suavemente hacia la escalera.

Mientras subía, Joe se maravillaba de que en ocasiones los mayores pudieran ser tan comprensivos, justo cuando más lo necesitabas.

A la mañana siguiente, durante el desayuno, no se habló para nada del asunto mientras el padre estuvo presente.

Joe recordaba que, anoche, su padre y su madre habían hablado cuando él llevaba ya largo rato en la cama. Se había despertado una vez y ellos aún seguían hablando. Debido a la sólida construcción de la casa, sólo pudo oír el sonido de sus voces, pero no las palabras: el tono apresurado y persistente de su madre; el lento, grave y paciente de su padre.

Pero en cuanto su padre acabó el desayuno y se marchó, su madre dijo:

—Joe, le prometí a tu padre que hablaría contigo.

Joe inclinó la cabeza sobre la mesa y aguardó.

—Tú sabes que hiciste mal, ¿verdad, hijo?

—Sí, madre. Lo siento.

—Ya lo sé. Pero arrepentirse después del hecho no arregla las cosas. Y es muy importante que no disgustes ahora a tu padre. En estos momentos no debes hacerlo.

Ella se sentó a la mesa, pesada y maternal, y miró a Joe a los ojos. Después su mirada pareció ir más allá.

—Ya ves que las cosas no marchan como antes, Joe. Debes tenerlo presente. Tu padre…, bueno, está muy preocupado últimamente por cómo andan las cosas. Ya eres un chico mayor, tienes doce años y debes tratar de entender como si fueras aún más mayor. Ahora es difícil hacer que las cosas vayan bien en una casa. Y cuesta mucho dinero alimentar a un perro, alimentarlo como es debido, quiero decir. *Lassie* tenía muy buen apetito, y cuesta mucho alimentarla adecuadamente tal y como están las cosas. ¿Lo entiendes?

Joe asintió suavemente con la cabeza. En realidad, lo entendía a medias. Lo que él quería era que los mayores pudieran verlo de la manera que él lo veía. Pero su madre le daba golpecitos en el brazo con esa mano tan limpia, brillante y rolliza, la misma mano que cortaba el pan y se movía tan rápidamente cuando había calcetines que zurcir, y que danzaba tan bien con la aguja cuando cosía.

—Eres un buen chico, Joe.

Su rostro se iluminó.

—Y quizás algún día cambien las cosas y todo vuelva a ser como antes, en los buenos tiempos, y entonces lo primero que haremos será comprar otro perro. ¿Te parece bien?

Joe no supo por qué, pero de pronto le pareció que el desayuno se le subía a la garganta.

—¡No quiero otro perro! —gritó—. ¡Nunca más querré otro perro!

Y hubiera querido decir: «¡Yo sólo quiero a *Lassie*!».

Pero intuyó que de alguna manera eso hubiera herido a su madre. Así que prefirió coger su gorra y salir corriendo de casa, camino del sendero por donde los otros chicos se dirigían a la escuela.

EL ÚNICO BIEN, LA HONRADEZ

Fue tal y como su madre había dicho. Las cosas no eran como antes. Joe lo fue comprendiendo mejor a medida que pasaron los días. En primer lugar, *Lassie* no volvió más a la escuela. Parecía como si finalmente el cuidador del Duque hubiese encontrado la manera de rodearla de obstáculos que ni siquiera ella podía superar.

Cada día, al salir de la escuela, las esperanzas de Joe renacían por un instante, y volvía la mirada hacia el lugar de la verja donde ella solía sentarse. Pero la perra no estaba allí.

Durante las horas de clase Joe trataba de pensar en las lecciones, pero su mente volaba hacia *Lassie*. Luchaba contra sus pensamientos. Decidía no volver a esperar encontrarla allí. Pero siempre, al cruzar el patio al acabar el día, su mirada se dirigía al lugar habitual de la verja a pesar de sus promesas de no esperar verla nunca más. Y ella no estaba allí, así que las cosas no eran como antes.

Pero no sólo era *Lassie*. Joe empezaba a comprender que muchas otras «cosas» no eran como antes. Notaba que sus padres le reñían por cuestiones que un tiempo atrás nunca les hubieran irritado. En ocasiones, por ejemplo durante las comidas, su madre le observaba ponerse azúcar en el té. Entonces apretaba los labios y a veces decía:

—No necesitas ponerte tanto azúcar, Joe. Es que… quiero decir que no debes comer tanto azúcar. No es saludable.

Su madre parecía estar siempre de mal humor, lo cual era otra «cosa» que había cambiado últimamente.

Un día, cuando se disponía a salir para hacer las compras del fin de semana, se comportó de una forma muy rara. Y todo porque él insinuó que le apetecería comer carne asada.

—¿Por qué no haces el domingo un asado, y un poco de *pudding* de Yorkshire, madre? Hace tiempo que no lo comemos y me apetece mucho.

Antes, sus padres parecían encantados de su apetito. Se burlaban de él y decían que era capaz de comerse un elefante… y encima repetir. Pero esta vez no sólo no se rió sino que ni siquiera le contestó. Se detuvo un momento y luego, sin decir una sola palabra, tiró la cesta de la compra y subió corriendo a su dormitorio. Su padre se quedó mirando la escalera y, tras ponerse la gorra, se fue de casa dando un portazo.

Pero había más «cosas» que ya no eran como antes. Muchas veces, cuando volvía a casa, encontraba a su padre y a su madre mirándose airadamente el uno al otro. Dejaban de hablar al verle, pero a juzgar por su aspecto y por su actitud, sabía que habían estado discutiendo.

Una noche se despertó muy tarde y les oyó hablar abajo, en la cocina. El tono de sus voces no era tan amable como antes. Sonaba confuso y agrio. Y de repente, elevándose, Joe pudo oír a su padre diciendo:

—Te juro que he recorrido veinte millas a la redonda sin encontrar nada.

Luego su voz se apagó y Joe oyó la de su madre, súbitamente dulce y reconfortante.

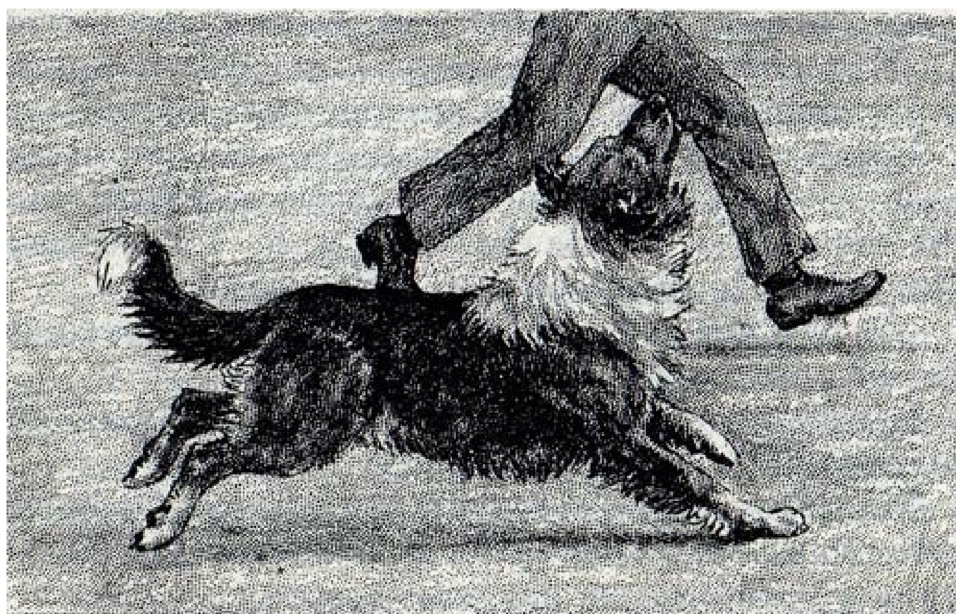
Muchas «cosas» no eran ya como antes. De hecho eran tantas que Joe sentía que ya nada era igual. Y para él todo se resumía en una sola: *Lassie*.

Mientras estuvo *Lassie*, la casa era agradable, cálida y amistosa. Desde que se fue, todo se había torcido. Luego la respuesta era simple. Sólo con que *Lassie* regresara, todo volvería a ser como antes.

Joe pensaba mucho en eso. Su madre le había pedido que olvidara a *Lassie*, pero él no podía. Lo había intentado, e incluso pudo dejar de hablar de ella. Pero en su pensamiento, *Lassie* estaba siempre presente.

La mantuvo viva en su pensamiento. Solía pensar en ella cuando estaba en la escuela. Quizás algún día —algún día—, como un sueño hecho realidad, saldría de la escuela y la encontraría allí, esperándole. Podía verla como si en realidad ya estuviera, con su pelaje blanco y negro brillando al sol, los ojos relucientes, las orejas levantadas hacia él como para oír el sonido de una voz que le dice a un perro que su amo se acerca antes incluso de verlo. Su cola se movería dándole la bienvenida y su hocico se abriría con la alegre «sonrisa» de un perro.

Entonces, juntos correrían a casa, a casa, a casa corriendo por el pueblo, corriendo juntos alegremente.



Eso soñaba Joe. No podía hablar de su perra, pero jamás dejaría de soñar con ella y esperar que algún día…

La temprana oscuridad del norte de Inglaterra había caído ya cuando Joe volvió a casa. Sus padres le miraron fijamente.

—¿Por qué llegas tan tarde? —dijo su madre.

Su voz sonó dura y cortante. Joe comprendió que habían estado hablando otra vez, tal y como solían hacerlo últimamente, impacientes el uno con el otro.

—Me hicieron quedar al terminar la escuela —dijo.

—¿Qué has hecho para que te hayan hecho quedar?

—El maestro me dijo que me sentara y no le oí.

Su madre puso los brazos en jarras.

—¿Y qué hacías de pie?

—Miraba por la ventana.

—¿Por la ventana? ¿Qué se te ha perdido a ti en la ventana?

Joe se quedó callado. ¿Cómo podría explicárselo? Prefirió guardar silencio.

—¿Has oído a tu madre?

Su padre se había levantado airadamente. Joe asintió.

—Entonces contesta. ¿Por qué miras por la ventana en horas de clase?

—No me di cuenta.

—Ésa no es forma de contestar. ¿Qué quiere decir «no me di cuenta»?

Joe se sintió invadido por la desesperación: su padre, generalmente tan comprensivo con él, estaba ahora enfadado. Sintió que las palabras empezaban a brotar de su garganta.

—No pude evitarlo. Eran casi las cuatro. Su hora. Oí ladrar a un perro. Parecía ella. Pensé que era ella, de verdad. No pude evitarlo. No me di cuenta de lo que hacía, madre. De verdad. Estaba mirando por la ventana para ver si era ella, y no oí al señor Timms ordenándome que me sentara. Creí que era *Lassie*…, pero ella no estaba allí.

Joe oyó la voz de su madre elevándose impaciente.

—¡*Lassie*, *Lassie*, *Lassie*! No quiero volver a oír ese nombre otra vez. ¿Es que nunca más habrá paz en mi casa?

¡Ni siquiera su madre le comprendía!

Joe lo lamentó por encima de todo. ¡Si al menos su madre le comprendiera!

Aquello fue demasiado para él. Sintió que una oleada de calor le subía por la garganta. Dio media vuelta y corrió hacia la puerta. Corrió por el sendero del jardín hacia la oscuridad de la noche. Y siguió corriendo, ya en el páramo.

¡Las cosas nunca volverían a ser como antes!

En el páramo había una oscuridad total cuando Joe oyó los pasos de su padre aproximándose.

—¿Estás ahí, Joe, hijo?

—Sí, padre.

Su padre ya no parecía enfadado. Joe se sintió súbitamente reconfortado por la proximidad de la alta y fuerte figura que surgió a su lado.

—¿Damos una vuelta, Joe?

—Sí, padre.

Sabía que era difícil para su padre «engranar» la conversación, como él solía decir. Le costó mucho rato conseguir que las palabras surgiesen.

—Es bueno caminar, ¿no te parece?

—Sí, padre.

Sintió su mano sobre el hombro y juntos se adentraron en la llanura. Ninguno de los dos habló durante un rato. Parecía como si estuvieran contentos de estar juntos. Su padre caminaba a grandes zancadas y Joe trataba de alargar sus pasos para acompasarlos a los suyos. Juntos, sin hablar, subieron una cuesta, y después sus pasos resonaron contra las piedras. Estaban en las rocas. Finalmente, tomaron asiento en un saliente. Por entre las nubes surgió una media luna y pudieron ver el páramo extendiéndose delante suyo.

Joe vio a su padre llevarse a la boca la corta pipa de arcilla y después le vio rebuscar con aire ausente por los bolsillos hasta que cayó en la cuenta de lo que hacía. Entonces sus manos cesaron de hurgar y empezó a chupar su pipa vacía.

—¿No tienes tabaco, padre? —preguntó Joe.

—Sí que tengo, hijo… Bueno, en realidad, tal y como están las cosas, he dejado de fumar.

Joe frunció las cejas.

—¿Es porque somos pobres y no puedes comprar tabaco?

—No, hijo, no somos pobres —dijo su padre con firmeza—. Es que las cosas no van bien, y en cualquier caso fumaba demasiado; será bueno para mi salud dejar de fumar.

Joe permaneció pensativo. Sentado junto a su padre en la oscuridad, comprendió que éste trataba de facilitarle las cosas. Sabía que estaba protegiéndole frente a las preocupaciones de los mayores. De pronto se sintió agradecido hacia su padre, quien, tan grande y tan fuerte, le había seguido hasta el páramo para consolarle.

Alargó la mano para tocar a su padre.

—No estás enfadado conmigo, ¿verdad, padre?

—No, Joe. Un padre nunca puede enfadarse de verdad con su hijo. Lo único que ocurre es que intento hacerte ver cómo están las cosas. Y eso es lo que quería decirte. No pienses que somos demasiado duros contigo. No queremos serlo. Es que, bueno, cambiando de tema, un hombre debe ser honrado, Joe. Y no lo olvides nunca en tu vida, pase lo que pase. Debes ser honrado.

Joe permaneció callado. Ahora su padre hablaba casi como para sí mismo, sin gesticular, sentado muy erguido, hablando en voz alta a la noche oscura.

—Y en ocasiones, Joe, cuando a un hombre apenas le queda nada, debe tratar de ser más honrado que nunca, porque eso es lo único que tiene. Al menos debe seguir siendo honrado. Hay algo curioso acerca de la honradez: no hay dos formas de serlo. Sólo una. La honradez es la honradez. ¿Comprendes?

Joe no comprendía del todo lo que su padre quería decir. Pero sabía que era muy importante para él, ya que le impulsaba a pronunciar unas frases tan largas. Él solía decir «sí» o «no», pero ahora estaba tratando de hablar. Y de alguna manera Joe intuía la importancia de lo que su padre estaba tratando de decirle.

—Es así, Joe. He trabajado diecisiete años en la mina Wellington. Diecisiete años

de buenos y malos tiempos, de abundancia y de escasez, hasta que la han cerrado para siempre. Y yo era un buen minero, tan bueno como el mejor de mis compañeros. En esos diecisiete años, Joe, he tenido una docena de capataces trabajando a mi lado, pero ninguno de ellos puede decir que Sam Carraclough haya cogido nunca lo que no era suyo, o que no dijo la verdad. Recuérdalo, Joe. En todo West Riding no hay un solo hombre que pueda decir que Sam Carraclough no es honrado.

»Y eso es lo que deseaba decirte. Sólo hay una manera de ser honrado. No puede haber dos. Y ya eres lo bastante mayor como para entender que si yo le he vendido algo a alguien, y he cogido su dinero y lo he gastado…, entonces lo hecho, hecho está. Y *Lassie* fue vendida, y eso es todo…

—Pero padre, ella…

—Ya está bien, Joe. Por mucho que hables no puedes cambiar el hecho de que se la hemos vendido al Duque, que hemos cogido su dinero y lo hemos gastado, y que por lo tanto es suya…

Por un momento Sam Carraclough permaneció callado. Luego volvió a hablar, como para sí mismo.

—Y quizás eso fue lo mejor que podía ocurrir. Era el único camino que nos quedaba, porque cada vez resultaba más difícil alimentarla. Una perra como ella come más que un niño ya crecido.

—Siempre habíamos podido alimentarla.

—Sí, Joe, pero debes aceptar la realidad. Antes yo tenía trabajo. Pero ahora, debo decírtelo, vivo del subsidio. Y con eso no se puede alimentar un perro adecuadamente… ni siquiera a una familia. Por eso es mejor que se haya ido. ¿Por qué no lo miras así, Joe? Tú no querrías ver a *Lassie* con aspecto enfermizo y demacrado. Tú no querrías llevarla por ahí como algunas gentes del lugar llevan a su perros, ¿verdad?

—Nosotros no la dejaríamos enfermar, padre. Yo no necesito mucha comida…

—Mira, Joe, ésa no es forma de afrontar las cosas.

Se quedaron callados un rato, y luego el hombre volvió a hablar.

—Míralo así, hijo. Ahora sientes mucho cariño por tu perra, ¿verdad?

—Tú sabes que sí, padre.

—Entonces, si es así, tú tendrías que estar realmente contento porque *Lassie* está bien ahora. Piensa, Joe, que tiene montones de comida y una perrera para ella sola, y un gran patio, y gente para cuidarla. Es como una especie de princesa viviendo en su palacio y su jardín. Eso es, está como una princesa de verdad. ¿Acaso no te parece lo mejor para ella?

—Pero padre, *Lassie* sería más feliz si…

El hombre suspiró con exasperación.

—¡Ya está bien, Joe, esto no me gusta nada! Pero en fin, te lo voy a decir de una vez por todas. Es mejor que dejes de pensar en *Lassie*, porque no volverás a verla nunca más.

—Tal vez pueda escaparse…

—¡No, hijo, no! Se escapó por última vez y ya lo hizo demasiadas veces. No volverá a escapar ¡nunca más!

Joe tuvo que hacer un gran esfuerzo para hablar.

—¿Qué le han hecho?

—La última vez que la devolví el Duque se enfadó conmigo, con Hynes y con todo el mundo. Y yo me puse furioso porque no le debo ni un centavo. Duque o no, le dije que si se escapaba de nuevo no la volvería a ver, y él dijo que si volvía a escaparse me la daba de buena gana, pero que eso no ocurriría. Así que se la ha llevado consigo a su casa de Escocia. Quiere tenerla a punto para la exposición. Hynes se fue con ella y con otra docena de perros para el concurso. Pero después ella volverá a Escocia y nunca más la traerán a Yorkshire. Se quedará allí para siempre, de manera que buena suerte y adiós. No volverá nunca más. Yo no quería decírtelo, pero a lo mejor es bueno que lo sepas. Así son las cosas y debes aceptarlas. En esta vida, Joe, lo que no tiene arreglo hay que aceptarlo. Así que tómatelo como un hombre y que no se vuelva a decir una sola palabra más sobre ello, especialmente en presencia de tu madre.

Joe se encontró poco después tropezando en el sendero entre rocas, y luego caminando en el llano. Su padre no le consolaba, limitándose a caminar a su lado chupando su pipa vacía. Y hasta que no se encontraron cerca del pueblo y pudieron ver las ventanas brillando, el hombre no volvió a hablar.

—Una última cosa antes de que entremos, Joe —dijo—. Quiero que pienses en tu madre. Ya eres mayor y debes tratar de ser como un hombre y comprenderla. Las mujeres no son como los hombres. Tienen que estar en el hogar y arreglárselas como pueden. Y lo que les falta…, bueno, se pasan la vida deseándolo. Y cuando las cosas no van bien, necesitan decirlo y gritarle cosas gordas a su marido. Pero si el hombre es un poco perspicaz, no les da demasiada importancia. Porque sabe que ella no es dueña de sí misma cuando se enfada o deja que se le suelte la lengua. Por lo tanto, no debes darle importancia si me grita, o si en alguna ocasión te riñe. Le cuesta mucho arreglárselas en estos momentos y eso la irrita. Y nosotros debemos tener paciencia. Joe, tú y yo. Después…, algún día las cosas volverán a ir bien y los tiempos serán buenos para todos. ¿Comprendes, hijo?

El padre de Joe se inclinó y apretó el brazo de su hijo como para infundirle valor.

—Sí, padre —dijo Joe.

Él permaneció mirando un momento el pueblo iluminado.

—Padre, ¿Escocia está muy lejos?

El padre permaneció con la cabeza inclinada sobre el poderoso pecho. Suspiró larga y profundamente.

—Muy muy lejos, Joe. Mucho más lejos de lo que jamás hayas viajado. Mucho más, me parece.

Después, entraron tristemente en el pueblo.

UNA CAUTIVA EN LAS HIGHLANDS

Como Sam Carraclough le dijo a su hijo, había una larga distancia entre Greenall Bridge, en Yorkshire, y las posesiones del Duque de Rudling en las Highlands escocesas. Mucha más distancia de la que uno quisiera.

Para llegar allí, primero hay que atravesar los páramos y llanuras de Yorkshire. Doblando hacia el este, una vez pasadas las tierras agrestes, se atraviesa una zona de ricas granjas. Yendo en tren, pronto se divisa hacia la derecha el mar del Norte brillando bajo los altos riscos. A la izquierda se dejan ver las siluetas de viejas ciudades, y después el manto de hollín que cubre los centros industriales de Durham, donde los grandes barcos atracan en las desembocaduras de los ríos y el carbón es transportado en vagones hasta los muelles de los puertos.

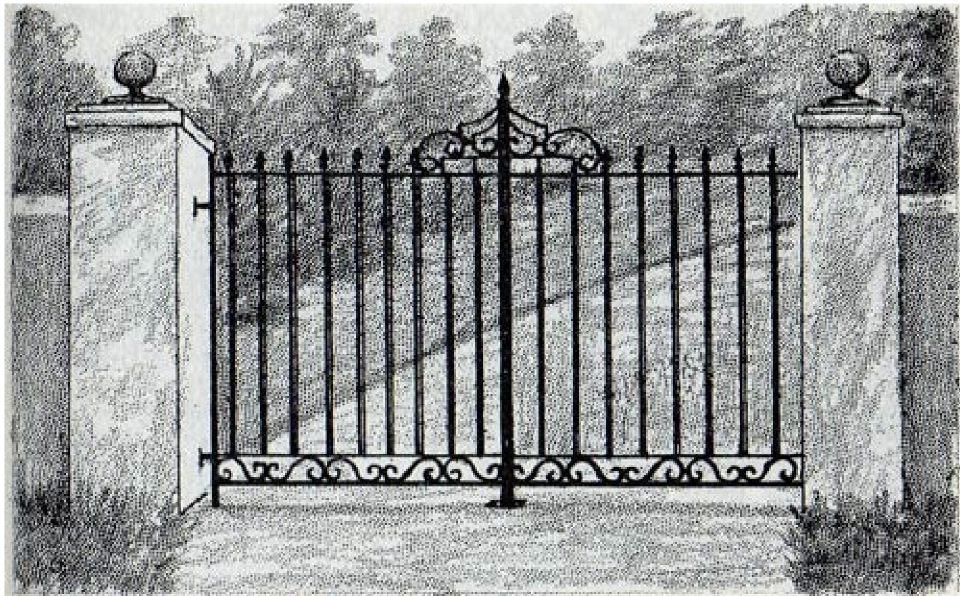
La oscuridad de la noche cae en pleno viaje, porque esas tierras están tan altas que el sol se pone temprano y se levanta tarde. Pero el tren seguirá más y más, silbando en la oscuridad mientras cruza sobre puentes y ríos, hasta que finalmente atraviesa el río Tweed, lo cual quiere decir que se ha dejado atrás Inglaterra.

Durante la noche el tren seguirá corriendo, dejando atrás las ciudades industriales de las Lowlands de Escocia, donde los hornos y fraguas brillan en la oscuridad. Durante la noche el tren pasará sobre largos puentes, a través de las anchas bocas de los ríos que los escoceses llaman «firths» (estuarios).

Por la mañana el tren seguirá avanzando, pero ahora el paisaje será diferente. No habrá más ciudades vomitando humo. En lugar de eso se verá la hermosa campiña escocesa, cantada desde hace siglos por los poetas, las azuladas montañas y las verdes riberas de los lagos, y la tierra ondulada donde los pastores vigilan sus rebaños.

El tren seguirá corriendo y la tierra se hará más y más abrupta, las colmas más escabrosas y los lagos parecerán encerrados por los bosques. El paisaje será cada vez más solitario, y surgirán extensiones de brezales raras veces hollados por el hombre, y donde los ciervos corren aún libremente. Y subiendo más y más, se alcanza el extremo norte de esa tierra.

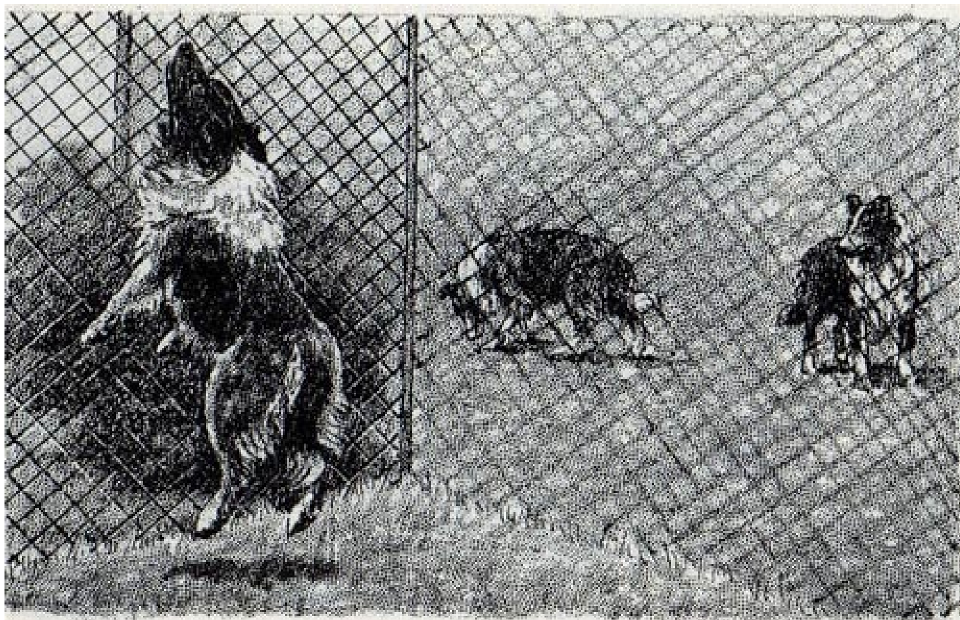
Y allí, en el punto más lejano, están las posesiones escocesas del Duque de Rudling, la hosca mansión de piedra que, sobre el mar, mira a las islas Shetland, esas extrañas manchas de tierra rodeadas de roca donde la vida es tan dura y el clima tan extremado que la naturaleza parece haber adaptado las cosas vivientes para que puedan sobrevivir; donde los caballos y los perros se han vuelto pequeños, pero extraordinariamente fuertes, para poder vivir en esa tierra áspera, bajo un clima igualmente áspero.



Allí, en esa lejana tierra nórdica, estaba el nuevo hogar de *Lassie*. Allí era cuidadosamente alimentada y atendida. La comida que le daban era la mejor. Cada día era cepillada, peinada y arreglada, y era entrenada para permanecer en una posición perfecta, de modo que algún día no muy lejano pudiera ir a los concursos y ganar más fama y renombre para el Duque de Rudling y sus perreras.

Se sometía pacientemente a todos los manejos de Hynes, como si supiera que no tenía objeto resistirse, pero todos los días, poco antes de las cuatro en punto, algo se despertaba en ella: el entrenamiento de toda una vida la llamaba. Se arrojaba contra la alambrada o trataba de saltarla.

Lassie no había olvidado.



En la clara y saludable frialdad del aire de las Highlands, el Duque de Rudling cabalgaba por el sendero. Detrás suyo, montada sobre un *pony* juguetón, iba Priscilla. Su montura arqueaba el cuello y corcoveaba alegremente.

—¡Mano dura! —rugió el Duque—. Eso es lo que necesita. Sujétalo un poco.

Priscilla sonrió. El Duque se consideraba tan experto en toda suerte de animales que no podía cabalgar sin ir soltando un reguero de órdenes. Pero en realidad se sentía muy orgulloso de la forma de cabalgar de Priscilla, y ésta lo sabía.

—Para eso la naturaleza te ha dado piernas y manos —gritó el Duque—. Piernas para empujar el caballo hacia adelante y manos para sujetarlo. ¡Las piernas y las manos lo hacen todo!

El Duque iba muy tieso y procedió a dar un ejemplo práctico, pero su robusto caballo gris continuó marchando pacientemente, sin cambiar el paso ni el porte. En verdad que si el Duque pudiera, a pesar de su edad, cabalgaría en el caballo más brioso que poseía. Pero la familia entera, en lo que podría llamarse un complot, había conspirado para reducirle al tranquilo y seguro jamelgo que ahora montaba. Priscilla lo sabía también, y movió la cabeza como si el pesado rocín hubiese roto en un trote airoso y pujante.

—Ah, ya entiendo lo que quieres decir, abuelo —dijo.

El Duque hinchó el pecho con satisfacción. Porque, en verdad, se sentía feliz. En su vejez no encontraba nada que le alegrara tanto como su nieta, y no podía desear nada mejor que esos días en los que ambos cabalgaban o paseaban juntos por sus posesiones norteñas.

—¡Mira qué día! Es maravilloso, magnífico.

Lo decía con orgullo de propietario, como si fuera él, el Duque de Rudling, el responsable del aroma en el aire y el suave calor del sol.

—Todo un verano aquí —anunció alegremente—. Todo el verano. Y en otoño, regresaremos a Yorkshire. Entonces volveremos a pasar buenos ratos juntos.

—Pero en otoño vuelvo al colegio. Estaré en Suiza, abuelo.

—¡Suiza!

El Duque pronunció ese nombre en un tono tan cavernoso que el *pony* de Priscilla dio un salto de costado de casi un metro.

—Pero tengo que ir al colegio, abuelo.

—¡Tonterías! —tronó el Duque—. Enviar niñas a colegios extranjeros para que parloteen como monos en lenguas extrañas… Nunca he podido entender por qué hay cosas tan raras como los idiomas extranjeros… Y si debe haberlos, no entiendo por qué alguien con dos dedos de frente desea aprenderlos. Mírame a mí. Con el inglés me basta. Nunca en mi vida he hablado una sola palabra en otro idioma y he llegado bien lejos, ¿no crees?

—Pero no querrás que crezca sin educación, ¿verdad, abuelo?

—¡Sin educación! Ya estás suficientemente educada. Todas estas tonterías extranjeras no son educación. ¡Mira que enseñar a parlotear a una niña en un lenguaje que sólo los extranjeros pueden comprender! Tonterías modernas, eso es lo que son. ¡En mis tiempos educábamos a las jóvenes como debe ser!

—¿Y cómo debe ser, abuelo?

—Enseñarles a manejar una casa, eso es. En mi tiempo las chicas eran educadas para cumplir con su deber, es decir, llevar adecuadamente una casa. Hoy en día les llenan la cabeza de tonterías. ¡Bah, la nueva generación! Está saliendo impertinente. Siempre llevando la contraria a sus mayores. No hay respeto por la edad, eso es lo que pasa. Tú me contradices, pues bien, lo prohíbo. Porque no quiero oír más impertinencias. Porque tú eres impertinente, ¿verdad?

—Sí, abuelo.

—¿Sí? ¿Te atreves a decirme que sí a la cara?

—Pero no puedo hacer otra cosa, abuelo. Acabas de prohibirme que te contradiga, y si digo que no, entonces te estoy contradiciendo, ¿no te parece?

—¡Grrrrumpff! —gruñó el Duque—. ¡Grrrrumpff!

Y se atusó el gran mostacho blanco triunfalmente, como si hubiese ganado una batalla. Miró hacia abajo a su nieta, con el largo cabello ondulado sobresaliendo por debajo del petulante sombrerito de montar y cayendo como una cascada sobre sus hombros cubiertos con un jersey. Tosió, resopló y volvió a atusarse el bigote. Luego sonrió y movió la cabeza afirmativamente.

—Eres una mocosa impertinente —dijo—. Pero aún queda alguna esperanza para ti. ¿Sabes?, eres igual que era yo a tu edad. Eres como yo, eso es lo que pasa. Has salido a mí, eres la única de la familia. Por eso aún te queda alguna esperanza.

Los cascos de los caballos resonaron contra el empedrado del patio de la cuadra, y el Duque bufó cuando el peón corrió a hacerse cargo de ellos.

—No le agarres por la cabeza, hombre —le gritó al peón—. Odio ver a alguien agarrando a mi caballo por la cabeza mientras desmonto. Puedo hacerlo perfectamente yo solo y sin ayuda de nadie.

Resollando y removiéndose con su acostumbrada destemplanza, el Duque aguardó a que Priscilla aflojase la cincha de su *pony* y lo llevase de la brida hacia el establo.

—Muy bien —gritó en su tono de voz más agradable—. Una chica no debería montar a caballo si no sabe darle de comer y ensillarlo. Si no sabes hacerlo por ti misma, nunca sabrás cómo decirle a otro cómo se hace correctamente.

Así, de muy buen humor, el anciano se dirigió con su nieta hacia la casa a lo largo de los establos. Cuando se encontraban cerca de la achatada casa de piedra, Priscilla se detuvo. No lejos de allí estaban las perreras. En cada cubículo los animales ladraban y saltaban bulliciosamente, excepto en uno. Era en el que había una hermosa ovejera tricolor, la cual no ladraba ni saltaba. Se limitaba a permanecer con la cabeza vuelta hacia el sur. Miraba al infinito.

Y ése fue el perro que Priscilla vio.

—¿Qué sucede? —preguntó el Duque inquisitivamente—. ¿Qué estás tramando ahora?

—Se trata de esa ovejera. ¿Por qué está encadenada, abuelo?

El Duque se aproximó y fijó su atención en la perra. Durante un segundo

permaneció inmóvil, pero luego fue como si algo le hubiese explotado dentro. Su voz se alzó atronando en los establos y las perreras.

—¡Hynes, Hynes! ¿Dónde se ha escondido ese hombre? Pero ¿dónde está?

—Ya voy, señor, ya voy —se le oyó decir mientras se acercaba al trote por detrás de ellos.

—Sí, Señoría, dígame.

El Duque dio un salto.

—Mira, para empezar, no me vengas por la espalda —se enfureció el Duque—. ¿Por qué está encadenada esa perra?

—Pues verá…, tuve que atarla con la cadena, señor —dijo el cuidador abriendo las vocales cerradas y cerrando las abiertas—. Se lanza contra la alambrada y la destroza. La he reparado una docena de veces, pero cada tarde hace lo mismo. Usted me dijo que me asegurase y yo…

—¡Nunca hablé de una cadena! Ningún perro mío lleva cadena, ¿entendido?

—Sí, señor.

—Entonces no lo olvides. ¡Ningún perro… jamás!

El Duque se revolvió airado, pisando casi a Priscilla. Y miró hacia abajo cuando ella le tiró de la manga.

—Abuelo, ella no parece estar bien. No hace ejercicio. ¿No podría venir de paseo con nosotros? ¡Es tan hermosa!

El Duque sacudió la cabeza.

—No podemos hacerlo. Ella debe conservar la figura.

—¿La figura?

—Sí, vamos a exhibirla. Es una campeona. Si la dejamos correr con nosotros se ensuciaría el pelaje y sus patas se torcerían, echándose a perder. No podemos permitirlo, ¿comprendes?

—Pero tiene que hacer algo de ejercicio.

Ambos miraron a la perra al otro lado del alambre. *Lassie* continuó ignorándolos, como si ella fuera una reina y ellos unos súbditos tan ínfimos que no alcanzara ni a verlos.

El Duque se rascó la barbilla.

—Sí. Tendría que hacer un poco de ejercicio, me parece. ¡Hynes!

—¿Sí, señor?

—La perra necesita pasear. Procura que dé cada día un buen paseo.

—Ella tratará de escapar, señor.

—Llévala con una correa, animal. Llévala contigo a pasear. Quiero ver esa perra en perfectas condiciones.

—Sí, señor.

El Duque y Priscilla se encaminaron hacia la casa. Hynes les vio alejarse. Cuando estuvieron fuera de su vista se puso la gorra airadamente. Se pasó la mano por la boca y se volvió hacia la perra.

—Así que tiene usted que pasear, ¿eh, damisela? —dijo—. Está bien, te pasearé. Pero malditas las ganas que tengo de hacerlo.

El animal, sin embargo, no prestó atención a su voz. Inmóvil al extremo de la cadena, seguía mirando a lo lejos, hacia el sur.

¡OTRA VEZ LIBRE, AL FIN!

Fue el sentido del tiempo de *Lassie*, ese curioso sentido de los animales que les dice exactamente qué hora del día es.

Porque si hubiera sido a cualquier otra hora, *Lassie* hubiese seguido su entrenamiento diario, obedeciendo las órdenes dadas por Hynes y haciendo lo que él dijese. Pero no fue así.

Ocurrió durante uno de los recién ordenados paseos. *Lassie* caminaba obedientemente junto a los talones de Hynes. Llevaba la correa atada al cuello, pero ni tiraba de ella hacia adelante ni se retrasaba para no dar motivo a que la arrastraran. Iba como cualquier otro perro bien educado, tan pegada a la pierna izquierda de Hynes que su cabeza casi rozaba la rodilla de éste.

Todo marchaba como era de esperar, salvo que Hynes no olvidaba su resentimiento por verse obligado a hacer ejercicio él mismo para que *Lassie* estuviese en forma.

Quería volver para el té, y también quiso demostrarle a *Lassie* «quién era el amo».

Por eso, de forma totalmente innecesaria, tiró de repente de la correa.

—Haz el favor de caminar, ¿me oyes? —gritó.

Lassie sintió el súbito tirón en el cuello y vaciló. Sólo estaba ligeramente desorientada. Sabía por su prolongado entrenamiento que estaba haciendo exactamente lo que se esperaba de ella. Obviamente, sin embargo, ese hombre esperaba algo más. Pero ella no estaba segura de lo que era.



En su momento de indecisión, ella aflojó el paso. Hynes lo advirtió casi con satisfacción. Se dio media vuelta y tiró de la correa.

—Vamos, vamos —gritó—. ¡Te digo que vengas!

Lassie retrocedió ante el tono amenazador. Hynes gritó otra vez. *Lassie* hizo como cualquier otro perro: se resistió al tirón y agachó la cabeza.

Hynes estiró con más fuerza. La correa se deslizó por la cabeza de *Lassie*.

¡Estaba libre!

En ese instante crucial Hynes actuó de acuerdo con su naturaleza, pero no de acuerdo con sus conocimientos de criador de perros. Pegó un salto para agarrar a *Lassie*. Lo cual fue exactamente lo peor que pudo hacer. Porque instintivamente también ella saltó, para eludirlo.

El gesto de Hynes sólo sirvió para una cosa, demostrarle a *Lassie* que ella deseaba mantenerse lejos de él.

De haber dado una orden en un tono de voz natural, ella le hubiese obedecido. De hecho, si le hubiera ordenado que se pusiera junto a su pierna, ella le hubiese seguido de vuelta a la perrera sin más atadura que su inculcada obediencia al nombre.

Hynes, no obstante, sabía lo bastante de perros como para comprender que había cometido un error grave, y que si volvía a acercarse amenazadoramente aún asustaría más al perro. Así que empezó a hacer lo que tendría que haber hecho desde el principio.

—Ven aquí, *Lassie* —dijo—. Ven aquí.

Lassie se quedó indecisa. Su instinto le ordenaba obedecer. Pero la memoria del tirón y del salto para atraparla estaba demasiado fresca.

Hynes lo comprendió. Y elevó la voz hasta alcanzar un tono agudo y zalamero que él creyó persuasivo.

—*Lassie*, bonita, perrita linda —canturreó—. Perrita linda, quédate ahí. No te muevas ahora. Quieta.

Casi se arrodilló al tiempo que hacía chasquear los dedos para atraer la atención del animal. Imperceptiblemente, pulgada a pulgada, se fue acercando.

—Quédate ahí —ordenó.

El adiestramiento que Sam Carraclough había dado a *Lassie* parecía surtir su efecto ahora. Pues aunque Hynes desagradaba a *Lassie*, ella había sido enseñada a obedecer a los seres humanos que emitieran voces de mando.

Pero otro viejo instinto despertaba en ella, aunque débilmente tan sólo. Era el sentido del tiempo.

Oscura y nebulosamente, empezó a despertar. No lo supo, ni pensó en él o lo razonó como lo hubiera hecho un ser humano. Empezó a crecer en ella débilmente. Era tan sólo como una tenue inquietud.

Era hora… hora de… de…

Vio a Hynes aproximarse. Su cabeza se elevó un poco.

Era hora… hora de…

Hynes se aproximó más. Un segundo más y estaría lo bastante cerca como para agarrarla, hundiendo sus dedos en el abundante pelambre, y sujetarla hasta que pudiera deslizar nuevamente la correa sobre la cabeza de la perra.

Lassie le miró. La inquietud era cada vez más clara.

Era hora… de ir a…

Hynes se agazapó. Como si lo intuyera, *Lassie* se movió. Rápidamente retrocedió un par de pasos, apartándose del hombre acuclillado. Quería estar libre.

—¡Maldita seas! —explotó Hynes.

Como si de pronto comprendiera su error, empezó de nuevo otra vez.

—*Lassie*, bonita, quédate ahí. Espera, no te muevas.

Lassie no estaba escuchándole ahora, sin embargo. Sólo con una parte de sus sentidos advertía la aproximación del hombre. El resto se estaba concentrando progresivamente en el impulso cada vez más evidente. Necesitaba tiempo. Sentía de alguna manera que si ese hombre la alcanzaba, iba a verse frustrada una vez más.

Lassie retrocedió de nuevo. Y justo en ese momento Hynes saltó hacia adelante. Pero ella le esquivó con un salto de costado.

Hynes se irguió irritado. Se dirigió hacia ella con persuasivas palabras. *Lassie* retrocedió. Guardaba siempre la misma distancia entre Hynes y ella, esa distancia que tan bien conoce un animal, pues lo sitúa fuera del alcance de un salto repentino del enemigo.

Su instinto le estaba diciendo:

«Mantente lejos de él. No le dejes acercarse. Porque hay algo. Algo más. Es la hora. La hora de ir a…».

Y entonces, en ese mismo instante, *Lassie* recordó. Recordó tan segura e inequívocamente como las manecillas de un reloj señalando las cuatro menos cinco.

¡Era la hora de ir a buscar al niño!

Dio media vuelta y se puso a trotar… a trotar como si sólo se tratase de unos centenares de metros. Nada podía advertirle que el lugar de la cita se encontraba a centenares de millas de distancia y que tenía varios días de camino por delante. Pero sólo existía el conocimiento liso y llano de cuál era su deber. Y estaba dispuesta a cumplirlo lo mejor que pudiera.

Pero oyó a su espalda a Hynes, que ahora se acercaba corriendo a toda velocidad. Entonces sustituyó el trote por un suave galope. No tenía miedo. Parecía segura de que esa criatura bípeda nunca lograría atraparla. Ni siquiera tuvo que imprimir velocidad. Sus orejas echadas hacia atrás le decían a qué distancia venía Hynes. Por otra parte, los perros, como muchos otros animales, tienen situados los ojos más hacia los lados de la cabeza que los humanos, lo cual les permite ver hacia atrás con sólo un ligero movimiento del cuello.

A *Lassie* no parecía preocuparle Hynes. Se limitaba a mantener su fácil galope sendero abajo.

Por un instante, el corazón de Hynes latió esperanzado. Quizá, pensó, *Lassie* estaba volviendo a las perreras.

Pero las perreras, donde había sido encerrada y encadenada, no eran un hogar para ella. Eran un lugar odiado. Y las esperanzas de Hynes murieron cuando vio a la

ovejera doblar por el sendero de grava y dirigirse hacia la puerta de salida.

El corazón de Hynes volvió a dar un salto. La puerta estaba siempre cerrada y las paredes que rodeaban la zona residencial eran de sólido granito. Quizá todavía podría acorralarla.

Priscilla y su abuelo venían a caballo por la carretera desde el pueblo de pescadores y se detuvieron frente a la verja de hierro de la mansión.

—Yo abriré, abuelo —dijo la niña.

Se deslizó suavemente de la silla mientras el Duque protestaba refunfuñando. Pero Priscilla sabía que podía bajar y subir del caballo más fácilmente que su abuelo. Porque, pese a sus protestas, él era un anciano, y trepar a la silla incluso del más tranquilo caballo era una operación que iba acompañada de gran cantidad de bufidos, resoplidos y bramidos.

Con las riendas enroscadas en torno al brazo doblado, la muchacha descorrió el pestillo y apoyando todo su peso contra la pesada armazón de hierro labrado, la hizo girar sobre sus goznes.

Sólo entonces oyó el alboroto. Mirando hacia el prado vio a Hynes. Éste corría hacia ella. Y delante suyo iba la hermosa ovejera. Y Hynes gritaba:

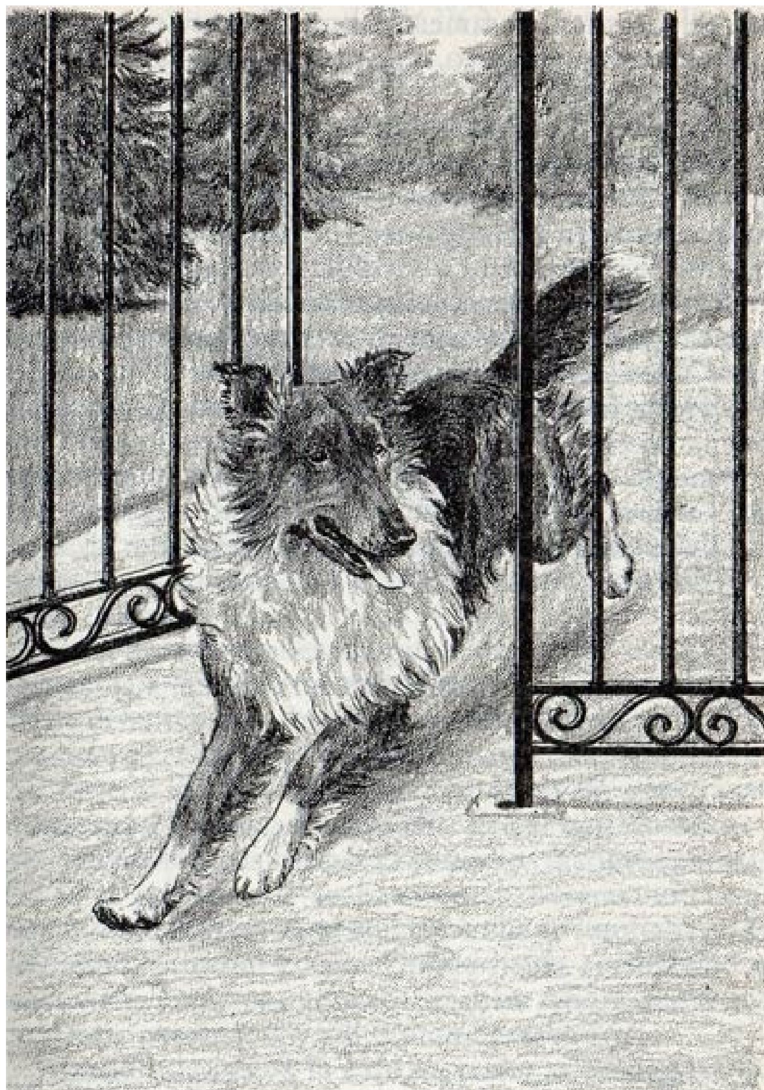
—¡Cierre esa puerta, señorita Priscilla! Ciérrela, que la perra se ha escapado. No la deje salir. ¡Cierre la puerta!

Priscilla miró en torno suyo. Justo enfrente estaba la pesada puerta. No tenía más que cerrarla y *Lassie* quedaría encerrada dentro de casa.

Ella miró a su abuelo, que no parecía consciente del alboroto. Sus duros oídos no habían captado los gritos de Hynes.

Priscilla empezó a tirar de la puerta. Durante un instante cargó todo su peso y empezó a cerrarla. Oyó a medias que su abuelo empezaba a gruñir con desconcertada protesta. Pero se olvidó de ello mientras se le representaba con toda claridad una escena.

Era la escena de un niño de pueblo, no más alto que ella, de pie junto a la deprimente alambrada de un corral, y diciendo a su perra: «Quédate aquí y déjanos en paz… ¡No vengas a casa nunca más!». Ella supo que, mientras lo decía, todos y cada uno de los sentidos del niño estaban gritando justamente lo contrario.



Así que se detuvo recordando esa escena, escuchando las palabras tan claramente como si estuvieran siendo pronunciadas de nuevo. Y la puerta seguía sin estar cerrada del todo.

—¡Cierre esa puerta, señorita Priscilla! ¡Ciérrela!

Su abuelo seguía protestando, ignorando aún lo que sucedía. Priscilla permaneció indecisa un momento, y luego empezó a abrir de nuevo la puerta. Un relámpago impreciso pasó junto a sus rodillas, y cuando miró hacia el camino vio a la perra galopar tan firmemente como si supiera que tenía un largo, muy largo camino por recorrer. Y levantó la mano para despedirla.

—¡Hasta la vista, *Lassie*! —dijo suavemente—. Adiós y buena suerte.

Sentado en la silla, el Duque no miraba a la ovejera sino a su nieta.

—Vaya carácter —suspiró—. ¡Vaya carácter!

EL INICIO DE UN LARGO VIAJE

El crepúsculo caía cuando *Lassie* enfiló el polvoriento camino. Ahora corría más suavemente, con una cierta indecisión en su marcha. Se detuvo y miró en la dirección que traía. Levantó la cabeza, porque estaba muy desconcertada.

La urgencia del sentido del tiempo había desaparecido ahora. A diferencia del hombre, un perro no sabe nada de mapas ni distancias. A esa hora *Lassie* debería haberse encontrado con el niño para dirigirse juntos a casa… a comer.

Era la hora de comer. La rutina de años se lo decía. Si regresaba a las perreras encontraría un plato de buena carne delante suyo. Pero volver a las perreras era volver también a la cadena que hace de un perro un prisionero.

Lassie se detuvo, indecisa, y entonces un nuevo instinto empezó a despertar en ella. Era el sentido del hogar, uno de los más fuertes de todos los instintos animales. Y la perrera que acababa de abandonar no era el hogar. Éste era una casa, en la que ella se tumbaba en la alfombra, junto al fuego. Donde había cordialidad y unas voces y manos que la acariciaban. Ahora que se encontraba perdida, era allí donde deseaba ir.

Alzando de nuevo la cabeza, como si despertase en ella el deseo de encontrar el verdadero hogar, olfateó la brisa tratando de conocer la dirección. Después, sin vacilar, tomó en dirección al sur. No se puede exigir de un ser humano que sepa explicarlo. Quizá, miles y miles de años atrás, antes de que el hombre «educase» su cerebro, también él llegó a tener el sentido del hogar. Pero si lo tuvo, lo perdió. Ni aun con todo su desarrollo intelectual puede el hombre explicar cómo un pájaro u otro animal, llevados a varias millas de distancia en la oscuridad, pueden ser liberados y volver directamente a casa. El hombre sólo sabe que los animales pueden hacer cosas que él ni puede hacer ni sabe explicar.

Y en *Lassie* no hubo la menor duda. Toda ella estaba invadida de una extrema satisfacción, porque había paz en su interior. Iba a casa. Era feliz.

No había nadie que pudiera decírselo, ni tampoco una forma de hacerle entender que su intento estaba en el reino de lo imposible, que por delante tenía miles de millas de tierra virgen, un viaje que hubiese desanimado a muchos hombres.

Un hombre puede comprar comida durante el camino, pero ¿qué moneda tiene un perro para pagar su comida? Su único capital es el cariño hacia su amo. Un hombre puede leer las señales de carretera, pero un perro debe ir ciegamente, por instinto. Un hombre sabría cómo atravesar las grandes ensenadas que se extienden de este a oeste en el camino, obstruyendo el paso a cualquier animal que se dirija al sur. Y además, ¿cómo puede saber un animal que él vale mucho dinero y que, por consiguiente, en todas las villas y aldeas que atraviese encontrará centenares de hombres que tratarán de capturarlo? Hay infinidad de cosas que un perro no puede saber, pero que la experiencia se encarga de enseñarle.

Lassie se puso en camino alegremente.

El viaje había comenzado.

Al final del largo crepúsculo norteño, dos hombres estaban sentados a la puerta de su cabaña. Era como cualquiera de las otras casas que bordeaban la antigua y estrecha calle. Las paredes de la casa estaban recubiertas de una gruesa capa de cal repetidamente aplicada a lo largo de años.

El más viejo, vestido con un tosco traje casero, encendió cuidadosamente su pipa, y cuando ésta prendió alzó la cabeza. Contempló las volutas de humo arremolinándose en el tranquilo aire del crepúsculo. Entonces sintió el repentino golpe en el brazo propinado por el más joven.

—¡Wullie, mira allí!

El más viejo miró en la dirección que le indicaba el joven. Permaneció un momento inmóvil hasta que sus ojos pudieron ver bien en la creciente oscuridad. Un perro venía hacia ellos. El más joven, que vestía un traje de pana y polainas, se levantó.

—Parece un perro de raza, Wullie —dijo.

—Sí, Geordie, es un hermoso ovejero.

Sus ojos siguieron a la perra mientras se acercaba. Entonces el más joven se movió.

—¡Cielos, Wullie! Parece la hermosa perra del Duque. ¡Es ella! Estoy seguro de haberla visto. La vi hace dos días cuando fui a casa de McWheen para tratar sobre la temporada del salmón. Se ha escapado, sin duda…

—Entonces eso significa…

—Efectivamente: una buena recompensa para quien se la devuelva.

—¡Caramba, sí!

—¡Yupii!

El joven lanzó ese grito por encima del hombro porque corría ya en dirección a la calle. Se interpuso en el camino de la perra.

—¡Ven aquí, *lass*[1]! —la llamó—. Ven aquí —repitió golpeándose amistosamente con la mano en la rodilla.

Lassie se le quedó mirando. Su oído había captado un sonido muy similar a su nombre: *lass*. Si el hombre se hubiera dirigido tranquilamente a ella, se hubiese dejado coger. Pero lo hizo demasiado aprisa. De repente *Lassie* se acordó de Hynes. Se desvió ligeramente y, sin alterar la marcha, le sobrepasó. El hombre se lanzó sobre ella. Sus músculos se flexionaron y, como una estrella de fútbol, varió de repente su ritmo. Cayó varios metros más allá y recobró su trote anterior. Pero el hombre corrió tras ella calle abajo. *Lassie* volvió a acelerar su paso y se lanzó a un rápido galope. Cuanto más la perseguían, más claramente se fijaba en su mente que no debía permitir a ningún ser humano ponerle las manos encima. Perseguir a un perro sólo sirve para enseñarle a escapar.

Cuando el escocés comprendió que no tenía ninguna posibilidad de alcanzar a la perra por velocidad, se detuvo y cogió una piedra. Creyó que podría lanzarla por delante de *Lassie* y que el sonido de su rebote haría que ella diese media vuelta y regresase hacia donde él estaba. Echó el brazo hacia atrás y la tiró.

Pero le falló la puntería. La piedra cayó casi junto a *Lassie*. Cuando aún iba la piedra por el aire, ella cambió su galope, como hace un caballo de polo bien entrenado, y variando de rumbo se metió en la cuneta. Con el vientre a ras de suelo siguió corriendo en tan extraña postura. Vio un hueco en el seto y se escurrió por él para adentrarse en los oscuros campos.

Una vez a salvo, giró de nuevo en dirección sur y recobró su trote uniforme.

Pero *Lassie* había aprendido una cosa. Debía mantenerse alejada de los hombres. Por alguna razón que no alcanzaba a comprender, sus manos estaban en contra suya. Sus voces eran ahora rudas y coléricas. Le gritaban y le tiraban cosas. Los hombres eran una amenaza. Por lo tanto, debía mantenerse alejada de ellos. *Lassie* había aprendido su primera lección en el primer día.

Esa primera noche, *Lassie* viajó sin detenerse. Nunca en sus cinco años de vida había pasado sola una noche. Por lo tanto, el entrenamiento no podía ayudarla: sólo su instinto.

Pero el instinto estaba vivo y alerta en su interior. Siguió firmemente su camino por entre los brezales. La senda le proporcionaba una cálida satisfacción, porque se dirigía al sur. Trotaba confiada y segura.

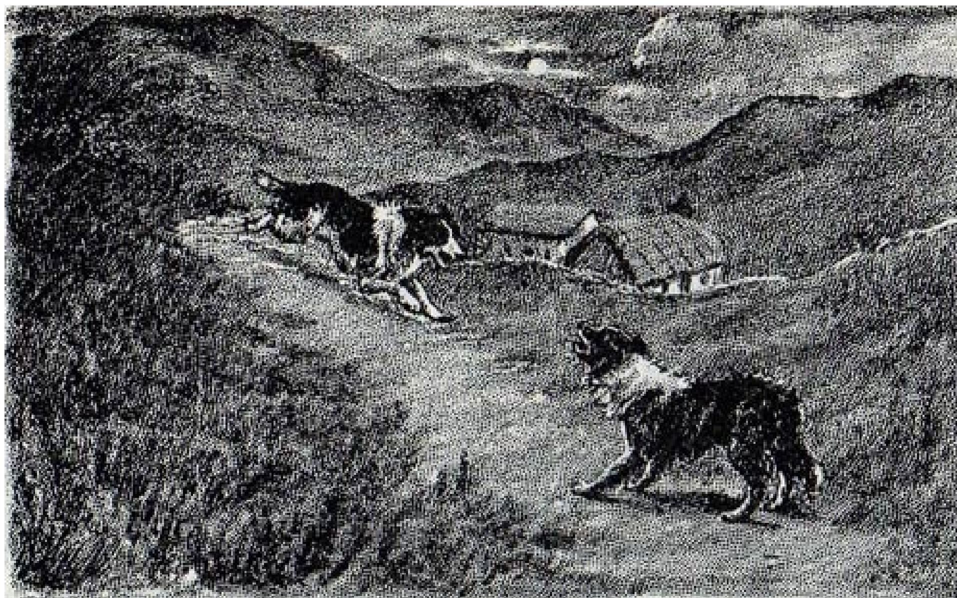
Finalmente coronó una cima y en un claro lejano vio las oscuras siluetas de los edificios de una granja. Se detuvo bruscamente, con las orejas tendidas hacia adelante y el hocico tembloroso. Sus sentidos, magníficamente aguzados, leían los detalles de las casas de allá abajo tan claramente como un ser humano podría leerlos en un libro.

Leyó sobre caballos en el patio, sobre carneros, otro perro, comida y humanos. Comenzó a descender cautamente la colina. El olor a comida era placentero, y había hecho un largo camino sin comer. Pero sabía que debía ser prudente, porque también había hombres. Y estaba fijando en su mente que debía mantenerse alejada de ellos. Apretó el paso ladera abajo.

Entonces surgió el ladrido de advertencia del otro perro. Pudo oírle aproximarse hacia ella a todo correr. Ella se detuvo, aguardando. Quizá fuese amistoso.

Pero no. Subía velozmente por la ladera, con las orejas tendidas y los pelos erizados. *Lassie* se agazapó para esperarlo. Y cuando saltó, ella le esquivó. El perro se giró, bajando la voz con histérica rabia. Sus ladridos decían: «Ésta es mi casa y tú eres una intrusa. Es mi casa y voy a defenderla».

Entonces, desde la granja llegó la voz apagada de un hombre.



—¿Qué ocurre, *Tammie*? ¡Duro con él!

Al oír el sonido de una voz humana, *Lassie* dio media vuelta y se alejó. Ésa no era su casa. Allí era una impostora.

El recio perro pastor cargaba contra ella mientras se alejaba, atacando sus flancos. Ella se giró bruscamente, con los labios encogidos. Como si esa amenaza fuese suficiente, el otro perro se alejó.

Ella siguió trotando incansablemente. La granja no tardó en quedar atrás. Se internó en las zonas desiertas, siguiendo las trochas abiertas por otros animales. Al fin olfateó agua. Encontró un arroyuelo de agua fría y bebió ávidamente. El cielo empezaba a clarear por el este. Miró en derredor.

Arañó suavemente una roca con la patas delanteras. Dio tres vueltas sobre sí misma y luego se enroscó. Detrás suyo la roca se proyectaba protectoramente. Su cabeza miraba hacia afuera. De esa forma, y aunque durmiera profundamente, su olfato y su oído la avisarían de cualquier peligro que se aproximase.

Recostó la cabeza entre las patas y suspiró profundamente.

A la mañana siguiente, temprano, *Lassie* estaba de nuevo en camino. Marchaba regularmente, con un trote rítmico que le permitía recorrer muchas millas. Sus músculos se movían con una inexorable cadencia, montaña arriba, montaña abajo. Ni dudaba ni se detenía. Con tal que un sendero se dirigiera al sur, ella lo tomaba. Si torcía en otra dirección, lo dejaba para buscar las trochas de animales abiertas entre los brezos y la maleza.

Cuando un sendero se dirigía a un pueblo o a una granja lo abandonaba también, rodeando las zonas habitadas para alejarse del hombre. Así que en las zonas habitadas marchaba cuidadosamente, ocultándose por instinto y deslizándose como un espectro a la sombra de los setos y matorrales, aprovechando todos los parajes boscosos.

El terreno iba elevándose, porque delante suyo se extendía una cadena

montañosa. Infaliblemente se dirigió hacia la parte más baja, confiando encontrar un paso. A medida que avanzaba el día y fue ganando cada vez más altura, el cielo se cubrió de nubes grisáceas.

De repente hubo un relámpago seguido de un trueno. *Lassie* vaciló y emitió un rápido y quejumbroso gemido. Estaba asustada. No tiene sentido burlarse de un perro porque tenga miedo. Sus numerosos actos de valor no llegan a borrar sus escasos temores. Y la verdad sea dicha, pocos ovejeros pueden afrontar los truenos y los relámpagos.

A muchos perros no les afecta ese ruido. Hay razas de perros cazadores que nunca son tan felices como cuando resuenan los disparos. Pero no un ovejero. Se diría que esta raza, habiendo pasado tanto tiempo en compañía del hombre, hubiera comprendido que ese sonido seco y cortante puede significar dolor. Y el estampido de un arma puede hacer que muchos ovejeros corran a buscar refugio. Pueden encararse a otros enemigos, pero no al peligro desconocido que es el estampido.

Por eso dudaba *Lassie*. Los retumbantes truenos eran multiplicados por el eco de las montañas al tiempo que caían torrentes de agua en una de esas peligrosas tormentas del norte de Escocia. Durante mucho tiempo trató de combatir su miedo, pero éste era demasiado grande. Trotó hacia un lugar situado junto al camino donde unas rocas salientes formaban una cueva resguardada. Allí se recostó con el lomo pegado contra la roca mientras restallaban los truenos y contestaban los ecos.

Pero si interrumpió su viaje, no fue por mucho tiempo. En cuanto la tormenta se alejó rugiendo montaña abajo, *Lassie* se puso en pie. Por un instante permaneció con la cabeza alzada olfateando la brisa. Entonces partió de nuevo, con su largo y rítmico trote.

La lluvia y la tierra húmeda hicieron que la hermosa pelambrera pareciese salpicada y opaca. Pero ella continuó marchando con firmeza hacia el sur.

LA LUCHA POR LA EXISTENCIA

Durante los cuatro primeros días, *Lassie* viajó sin pausa, descansando únicamente un poco durante las noches. La urgencia de ir hacia el sur le quemaba como una fiebre, y nada podía detenerla.

Al quinto día una nueva necesidad empezó a roer sus sentidos. Era la llamada del hambre. El imperativo de viajar la había acallado al principio, pero ahora era insistente. No había tenido problemas para encontrar arroyos donde saciar su sed, pero el problema de procurarse comida siempre había estado muy lejos de su sobreprotegida vida. Que ella recordase, la comida nunca había sido responsabilidad suya. A horas regulares era alimentada. El hombre ponía una fuente delante suyo. Había sido cuidadosamente enseñada que ésa era su porción, y que nunca debía comer otra comida. Año tras año le había sido inculcada esa lección. La comida no era responsabilidad suya. El hombre se la proporcionaba. Y ahora, de repente, las enseñanzas y el entrenamiento de toda una vida carecían de valor. No había una persona que cada tarde pusiese delante suyo una fuente con comida. Y, sin embargo, ese aristocrático animal debía aprender a sobrevivir.

Lassie encontró la manera de hacerlo. Los seres humanos tienen imaginación, pueden representarse los hechos y las circunstancias antes de que se produzcan. Los perros no pueden hacerlo. Deben esperar ciegamente a que las circunstancias se enfrenten a ellos, y sólo entonces deben hacerlo lo mejor que sepan para resolverlas.

¿Cómo podía, pues, resolver *Lassie* este problema? Carecía del cerebro de un hombre para razonarlo. Tampoco podía basar su conducta en la experiencia de otros seres de su condición, como hacen los humanos. Un niño no necesitaba llevar a cabo numerosas experiencias peligrosas para saber qué pasa, porque sus padres u otras personas mayores pueden explicárselo a partir de su propia experiencia. Un animal no puede transmitir de ese modo la experiencia acumulada. Cada animal debe enfrentarse a una nueva experiencia como si nunca en la historia del mundo le hubiese ocurrido a otro de su especie. Así pues, ¿cómo podía *Lassie* aprender a procurarse comida por sí misma?

Ella poseía ese don de los animales, y que el hombre tuvo quizás una vez, pero que ha perdido: el instinto.

Con el instinto y las lecciones aprendidas durante su propia experiencia, los animales consiguen extraer conclusiones que el hombre resuelve con su razonamiento.

Era el instinto el que cada día la orientaba en la dirección correcta. Era la experiencia quien le había enseñado a desconfiar de los seres humanos. Era el instinto quien le decía que se mantuviera fuera de su vista, que siguiera la parte más honda de los barrancos, que se deslizara sobre el vientre en los espacios abiertos. Fue el instinto quien le enseñó cómo conseguir comida.

Al quinto día, mientras avanzaba con su rápido y rítmico galope, sus sentidos

empezaron a advertirle. Se detuvo en mitad del sendero abierto por otros animales en los brezales silvestres, y con la cabeza levantada permaneció como transfigurada, con sus ojos, su oído y su olfato leyendo esos signos que le llegaban claramente, pero que un ser humano no hubiera sido capaz de comprender.

Fue su sentido del olfato el primero en descifrarle el problema. Era un olor cálido y espeso… el olor de comida.

El hábito adquirido a lo largo de toda una vida impulsó a *Lassie* a dirigirse hacia él abiertamente. Pero el instinto se impuso al hábito. Se pegó al terreno y con el cuerpo agachado empezó a deslizarse a favor del viento hacia el olor. Lo hacía silenciosamente por entre los brezos, acercándose más y más. Y entonces, de pronto, vio en el camino lo que su olfato ya le había avisado. Avanzando por el sendero, con su cuerpo ondulante como el de una serpiente, se acercaba una comadreja. Llevaba la cabeza levantada y arrastraba de costado el cuerpo recién cazado de un conejo. Su presa era mayor que ella misma, pero el poderoso asesino la arrastraba con sorprendente facilidad. Entonces también sus sentidos le advirtieron, y se giró desconfiadamente. Soltando la presa se volvió para hacer frente a la amenaza. Con sus blancos y salvajes dientes al descubierto, emitió un agudo chillido que resonó con rabia desafiante.



Lassie, con la cabeza agachada, la miró. Nunca había visto un animal así en su vida. Carecía del instinto del perro de caza, que se hubiera arrojado más veloz que el pensamiento contra cualquier clase de animal vivo. Ella era una perra educada para el trabajo, una perra pacífica, pero su instinto la guió una vez más.

Lentamente se le erizó la pelambrera del cuello. Sus labios se le curvaron sobre los dientes. Sus orejas se le pegaron al cráneo. Y encogió los cuartos traseros.

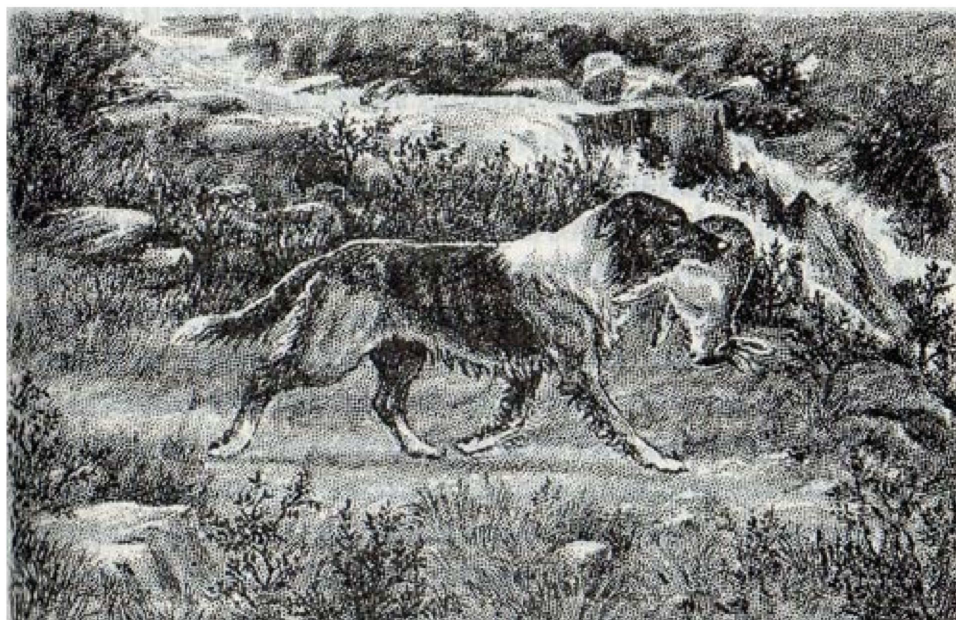
Pero en el mismo momento en que saltó, como si supiera en qué preciso instante ocurriría, la comadreja se deslizó a un lado, chillando. Con la rapidez de un relámpago, se abrió camino por entre el espeso brezal, moviéndose tan rápida, silenciosa y ágilmente como el agua. *Lassie* se revolvió para buscarla, pero sus sentidos se dirigieron hacia el cálido olor de la sangre del conejo abandonado en el sendero. Lo miró largo rato. Se aproximó, inclinando cautamente la cabeza como para saltar en cualquier momento. Porque, pese a que el sangriento olor de la comida estaba allí, también se percibía el olor de la comadreja. Cuidadosamente, su hocico se acercó más y más hasta rozar la presa recién muerta. Retrocedió y miró en torno suyo. Entonces se acercó, inclinó la cabeza y tomó la presa. Levantó de nuevo la cabeza y aguardó.

Era como si, en medio de aquella tierra salvaje, lejos de todo ser humano, ella estuviese aguardando la súbita orden de su amo:

—¡No, *Lassie*, deja eso, déjalo!

Pero no se oyó sonido alguno.

Permaneció indecisa durante casi medio minuto y luego todo concluyó. Llevando el conejo, se alejó al trote. Miraba a derecha e izquierda mientras avanzaba. Al fin vio lo que buscaba, una espesa maraña de retama que formaba una guarida. Se acercó y se acurrucó de tal forma que quedase protegida por los tres lados. Se tumbó en el suelo y soltó el conejo delante suyo. Volvió a olisquearlo. Olía bien. Era comida.



A partir de ese momento adquirió un nuevo instinto. Había aprendido cómo huele el conejo. El instinto le dijo lo demás. Mientras viajaba, cada vez que su fino olfato le advertía la cercanía de una presa, se convirtió en una cazadora. Acechó, cercó y cazó animales, y luego se los comió. Era la penosa ley de la naturaleza. Ella no mataba por diversión, como hace el hombre a menudo. Ella sólo mataba para sobrevivir.

Tal comida era suficiente para mantenerla viva, pero eso era todo. No había ahora ojos sagaces para observar a *Lassie*, para anotar su peso, mirar el color de sus encías, fijarse en la calidad de su pelaje. No había nadie que dijera:

—Le faltan un par de libras… denle un poco más de hígado de ternera para cenar.

—No parece respirar bien… denle un poco de leche en el desayuno. Pueden añadirle un huevo crudo si ello le gusta.

—¡Hum!, no acaba de gustarme el color de sus encías. Creo que será mejor darle una cucharada de aceite de hígado de bacalao. Con eso volverá a ponerse en forma.

Todo eso eran cuidados para un perro regiamente acostado de noche en una perrera seca. Ella en cambio era un animal con los flancos delgados y hundidos, con el pelaje enmarañado y sucio, con cardos adheridos en el pecho y la cola. Pero aun así era una perra que toda su vida había estado bajo amorosos cuidados, por lo que no había padecido enfermedades. Y esos años eran ahora una ayuda. Porque su

complexión física era vigorosa y los músculos duros, permitiéndole avanzar milla tras milla, día a día. El corazón era animoso y su instinto certero. Y así, día tras día, el animal se dirigió hacia el sur a través de las Highlands, sobre helechos y brezales, por colinas y llanuras, cruzando ríos y bosques… siempre avanzando firmemente, siempre hacia el sur.

LO QUE VIO UN PINTOR

El verano iba llegando a su plenitud. Leslie Freeth yacía perezosamente de espaldas en la proa del bote. Echó tranquilamente una bocanada de humo de su pipa y observó cómo éste se diluía en el fresco aire matutino, volviéndose luego hacia donde McBane manejaba metódicamente los remos.

—Hubiera sido mejor que me colocara a popa, señor McBane —dijo.

—No, así se equilibra mejor. Ya se lo he dicho, señor Freeth. Es un bote bastante peculiar —dijo el remero.

Freeth volvió a fumar tranquilamente y se dedicó a disfrutar del momento. No había forma de razonar con esos testarudos escoceses. Y si McBane prefería que fuese a proa…

Sus ojos recorrieron el maravilloso paisaje escocés y Freeth se sintió feliz. Los lagos, hermoso lugar de pesca para los aficionados ingleses, significaban algo más para Leslie Freeth. Son lugares cuya belleza, celosamente guardada desde antiguo por los escoceses, es también un imán para los pintores ingleses. Y Leslie Freeth era una de esas personas que nunca se cansan de los constantes cambios de luces y sombras que se deslizaban por las extensas aguas y las purpúreas colinas. Todos los veranos volvía para pintar y para renovar la periódica convivencia con los McBane, quienes amablemente le acogían en su casa y le cedían un estudio en su hermoso granero de piedra.

Así que, contento con el día, yacía de espaldas sobre el bote cuando la proa de éste rechinó en la arena de una islita. Ayudó mecánicamente a McBane a descargar la parafernalia de lienzos, el caballete y las cajas de hierro con las pinturas. Enderezó los lienzos y la silla plegable. Echó la cabeza hacia un lado y contempló el cuadro sin terminar.

—Bueno, volveré a por usted al mediodía —dijo McBane.

—De acuerdo, McBane. Así tendré varias horas para trabajar. ¿Cree que está quedando bien?

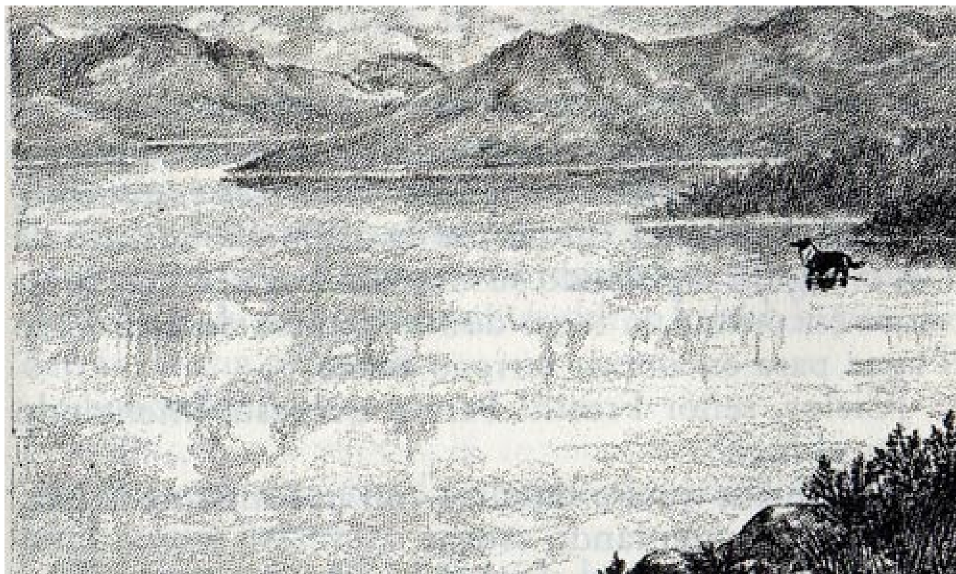
McBane se dirigió pesadamente hacia un lugar adecuado y cerrando un ojo empezó a menear la cabeza. Durante los largos inviernos, en la pequeña hostería del lago, McBane juraba durante horas si era necesario que el señor Freeth era uno de los más grandes paisajistas británicos, ante el cual las escuelas holandesa y francesa debían inclinarse, si estuvieran aún vivas para hacerlo. Pero en presencia del artista, McBane jamás dejaba traslucir esa opinión indudablemente partidista.

—Bueno, ya que me lo pregunta le diré que choca un poco la luz. Esa agua es un poco demasiado brillante y además, yo nunca he visto el cielo de ese color, y sus nubes resultan un poco amenazadoras. Pero, de todas formas, seguro que quedará bien.

Leslie Freeth sonrió. Estaba acostumbrado a las críticas de McBane. Además, realmente las estimaba porque el austero escocés poseía un buen ojo y una cabal

apreciación del hermoso paisaje. Así que Freeth asintió, llevando sus ojos del lienzo al paisaje y de éste al lienzo. Pensaba cuán tranquilo estaba todo. No se apreciaba un solo movimiento, exceptuando el suave balanceo de las aguas al golpear el bote que descansaba en la arena. Ningún movimiento excepto…

Entrecerró los ojos.



—¿Qué es aquello, señor McBane, un ciervo?

El escocés miró en la dirección que le marcaba el brazo extendido de Freeth. Sus ojos buscaron en la ribera del norte. Bajó las espesas cejas blancas como para proteger sus ojos azulados.

—¿Un ciervo? —repitió el artista.

McBane sacudió la cabeza sin decir nada. Su mirada, acostumbrada al aire libre, era más penetrante que la del inglés.

—No lo adivinaría nunca.

—Pero ¿qué es?

—Un perro —afirmó el anciano.

Se protegió los ojos con la palma de la mano. El artista hizo lo mismo.

—Es cierto. Ahora puedo verlo.

Una vez satisfecha su curiosidad, Freeth se volvió hacia su cuadro, pero McBane permaneció mirando fijamente. Su insistencia hizo que el artista se volviera.

—Un ovejero —dijo McBane—. Pero ¿qué puede estar haciendo…?

—Bah, probablemente sea de alguien de por aquí, un perro de granja.

El escocés denegó con la cabeza. Mirando insistentemente, vio que el animal se acercaba a la orilla del agua y se adentraba en ella unos pasos. Entonces retrocedió, corrió unas cuantas yardas por la orilla y lo intentó de nuevo. Siguió repitiendo sus movimientos, como si esperase encontrar un lugar donde hubiera desaparecido el agua para encontrar terreno firme.

—¡Cielos, señor Freeth! Parece que está intentando cruzar el lago.

—A lo mejor quiere reunirse con nosotros en la isla.

—No. Está intentando cruzar.

Como para sacarles de dudas, oyeron un lloriqueo quejumbroso, una serie de grititos cortos y agudos, como los que emiten los perros cuando se encuentran frente a algo que sobrepasa su entendimiento.

—Sí, quiere cruzar —dijo el escocés—. Creo que iré remando hasta allí y…

Mientras hablaba caminó por la playa y empezó a levantar la proa del bote. Los remos resonaron en los toletes y el ruido se extendió por la lisa superficie del lago. Leslie Freeth vio cómo en ese momento el perro se detenía y después desaparecía.

—Se ha ido, señor McBane —gritó.

El escocés levantó la vista. Ambos observaron cómo el ovejero volvía a entrar en la maleza. Después, por un momento, volvieron a verlo trotando firmemente por la orilla hacia el oeste.

Marchaba con decisión, como si ya hubiese tomado una resolución.

—Se ha vuelto a poner en marcha —dijo McBane—. El pobre tiene un largo camino por delante.

—¿Quiere decir que piensa rodear este lago? Pero si son millas y millas…

—Tiene que recorrer un centenar de millas más o menos.

El artista miró al hombre, un poco incrédulo.

—¿Quiere decir que un perro va a caminar un centenar de millas para rodear un lago y que…?

—Señor Freeth, el ovejero es por su origen un perro escocés. Y posee el coraje y la tenacidad de su tierra.

McBane lo dijo en tono acusador, y Freeth lo percibió detrás de sus palabras.

—Señor McBane…

—¿Sí?

—¿Por qué cree usted que querrá cruzarlo? ¿Por qué tendría que hacerlo?

El escocés quedó en silencio largo rato. Luego dijo:

—¿Quién puede saberlo? Sólo de una cosa podemos estar seguros. Tiene algo que hacer en algún lugar, y nada ni nadie lograría impedirle que lo haga. Y…

McBane se volvió hacia el bote y se metió dentro. Después prosiguió:

—… es un ejemplo que todos nosotros haríamos bien en seguir.

Freeth sonrió para sí. El implacable escocés tenía por costumbre darle la vuelta a todo a fin de extraer alguna lección sobre la conducta humana. Su mente se concentró en su cuadro y sólo a medias vio el bote, alejándose cada vez más a medida que McBane lo impulsaba sobre el agua, dejándolo con su soledad.

El instinto es como el vuelo de un pájaro, pues sus direcciones son líneas perfectamente rectas.

Por eso *Lassie*, en su empeño por volver a casa, había caminado siempre en línea recta hacia la aldea de Greenall Bridge, siempre en dirección sur. Girando o dando

rodeos cuando surgían ante ella obstáculos como ciudades o montañas infranqueables, siempre había vuelto instintivamente a dirigirse hacia el sur. De ese modo había atravesado regiones montañosas, un día tras otro, en un viaje interminable y abrumador. Siempre en línea recta.

Pero ella no podía prever lo que iba a encontrar. No podía saber que su instintiva línea recta la llevaba a una situación imposible en la zona de los grandes lagos.

Uno puede mirar en un mapa y ver la clase de obstáculo que implican, pues son grandes extensiones de agua que la mayoría de las veces corren de este a oeste, partiendo casi el país en dos. Y aunque en el mapa parecen dedos muy finos, en la realidad no son estrechos. Son anchas y dilatadas masas de agua, y su enorme extensión no está hecha para ser atravesada a nado por un animal. Por estrechos que sean, la orilla más cercana es muchas veces invisible, o en el mejor de los casos es una angosta y baja línea azulada.

Los lagos son una importante barrera. Un hombre puede cruzarlos valiéndose de botes o barcazas, pero no un animal.

Sin embargo, a orillas del gran lago, *Lassie* no se rindió. Su instinto le decía que debía dirigirse hacia el sur. Y si el camino estaba cortado, que debía encontrar otro. Por eso dio tan largo rodeo. Día tras día anduvo hacia el oeste, abriéndose camino, rodeando aldeas y pueblos, pero regresando siempre a la orilla del lago y yendo hacia el oeste.

En ocasiones parecía que la barrera había terminado y que el camino quedaba libre. Por un rato, *Lassie* podía recobrar su inalterable trote en la deseada dirección sur.

Pero era tan sólo una lengua de tierra que sobresalía engañosamente, una lengua de tierra que se adentraba en el agua. *Lassie* llegaba siempre hasta la extremidad sur de la península y se introducía en el agua. Luego, con la cabeza vuelta hacia el sur, daba un corto y vacilante ladrido. Después regresaba hacia el norte, a lo largo de la orilla, a tomar otra vez el oeste en su búsqueda de un paso en torno al lago.

¡Docenas de bahías y penínsulas y otros tantos desengaños! Una semana después de que Leslie Freeth y McBane la vieran, *Lassie* seguía caminando hacia el oeste. Y el enorme lago se extendía aún como una barrera que un perro no podía comprender.

UN PERRO ENFERMO

Lassie trotaba por entre la espesura y llegó a la orilla. Ahora se desplazaba más lentamente, porque las almohadillas de sus patas estaban magulladas y heridas, y en esa delicada membrana que une las almohadillas de la pata delantera una espina le había provocado una llaga. No iba con la cabeza tan erguida como antes, ni su paso traslucía tanta seguridad y confianza.

A veces, lo cual ocurría con frecuencia, parecía haber olvidado el motivo de tan largo viaje. Pero no le duraba mucho. El paso recobraba su firmeza y se apresuraba de nuevo, moviéndose de forma que su pata enferma cargara el menor peso posible. Giró esperanzada la cabeza porque, a su izquierda, apareció al fin un curso de agua vadeable. Pero era un río tumultuoso y profundo, que caía en una rápida cascada sobre el lecho de piedra.

Lassie se acercó a la orilla. Volvió la cabeza hacia el oeste. Pero allí, no muy lejos, había una ciudad. Luego vio unos niños pescando desde un puente, gritando y llenando el aire con sus alaridos. *Lassie* seguía apartándose de los humanos. Y los observó atentamente.

Volvió a mirar la blanca cascada, cuyo estruendo resonaba amenazadoramente en sus oídos. Luego, con gran audacia, tomó impulso y se zambulló en el río.

La corriente la agarró como un papelillo lanzado desde un tren en movimiento es zarandeado por el aire. Y así, apenas se hubo zambullido, las aguas la arrastraron hacia abajo. El poder de la corriente la hundió, pero ella volvió a la superficie y empezó a nadar en dirección a la distante orilla. Con la cabeza extendida, sus cuatro patas se movían firmemente, impulsándola hacia adelante.

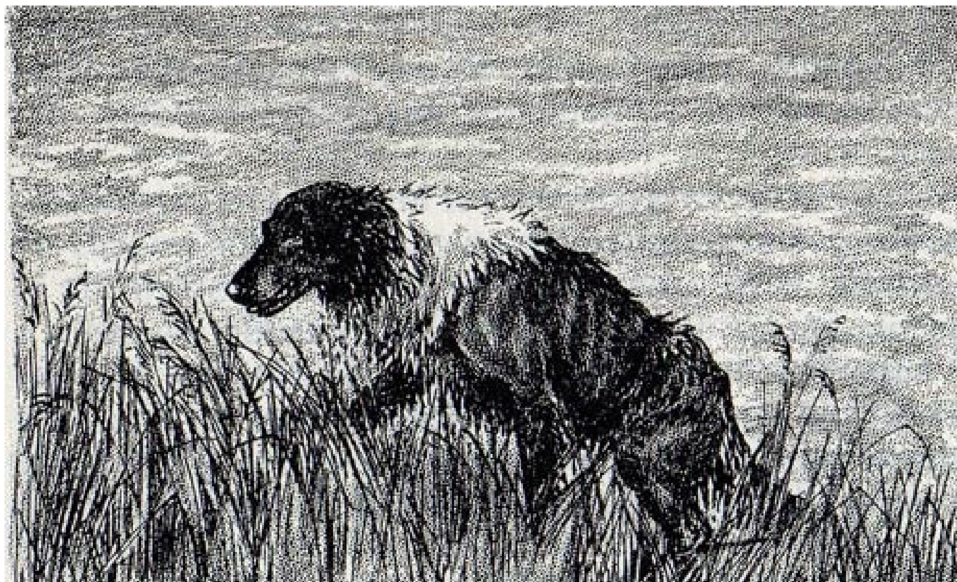
Una y otra vez la corriente la hundía con fuerza abrumadora, siendo sumergida en ocasiones por veloces remolinos. Pero cada vez el maravilloso instinto de la orientación de un perro la guiaba, y cuando regresaba a la superficie continuaba nadando en la dirección deseada. Un jugador de fútbol puede correr en dirección equivocada con la pelota, pero el instinto de un perro no falla tan fácilmente. *Lassie* se abría paso hacia la orilla sur.

Pero la corriente la había arrastrado hacia la población. Desde el puente, los niños miraban el espectáculo de un perro luchando contra la corriente. Sus gritos la asustaban. Con la crueldad de los jóvenes, cogían piedras del suelo y se las arrojaban. Cuando su cuerpo fue arrastrado por debajo del puente, corrieron al otro lado y siguieron tirando piedras.

Lassie continuó luchando. Se estaba acercando a la otra orilla. La cascada apareció delante suyo. Sus patas se movieron, pero no con la rapidez suficiente. La corriente se apoderó de ella y se sintió lanzada al vacío. Su cuerpo chocó violentamente contra una roca y un ardiente pinchazo de dolor le recorrió el flanco. La corriente la hundió bajo el agua y desapareció.

Los niños del puente, mirando ahora río abajo, lanzaron un grito de triunfo, un

grito de una demencia similar al que debió de lanzar el ejército toscano inmediatamente después de que Horacio se lanzara al Tíber. Y permanecieron allí, mirando las aguas revueltas. Al fin, después de un tiempo que pareció eterno, volvieron a gritar. A lo lejos, en un remanso, reapareció la cabeza de *Lassie* al tiempo que sus patas no dejaban de nadar.



Ahora el agua era más calma y pudo imponerse a ella. Luchando, nadando, avanzando con todas sus fuerzas, finalmente logró pisar tierra firme. Sus pies se apoyaron en el suelo. El agua absorbida por su pelo debía de molestarla, pues se tambaleó, y sus cansados músculos parecieron incapaces de sostenerla.

Empezó a arrastrarse penosamente. Pero entonces advirtió el nuevo peligro. El tropel de chiquillos bajaba por la orilla lanzando aullidos salvajes. *Lassie* recurrió a sus últimas energías. Trepó por la ladera. No se detuvo ni para sacudirse el agua del cuerpo. No reparó ni en el viejo dolor de la pata ni en el nuevo que le desgarraba el costado. Su mente estaba ocupada por una sola idea.

Finalmente había cruzado. Después de fatigosos días tratando de sobreponerse a su sentido de la orientación, otra vez era libre para ir hacia el sur. La barrera estaba franqueada.

Rompió en un torpe galope. El clamor de los niños empezó a quedar atrás.

Ahora que el obstáculo del río había sido salvado, *Lassie* caminaba en la dirección deseada con notable facilidad. La población y el griterío de los niños no tardaron en quedar a su espalda. Del galope pasó a un trote suave para recorrer la máxima distancia con el mínimo esfuerzo.

El dolor del costado y la espina en la pata no le vinieron a la mente. Acomodó su andadura de forma que ambas le causaran el menor daño posible.

Pronto dejó la carretera y tomó por senderos que cruzaban praderas y llanuras. Todavía viajaba cuando se puso el sol, como si ahora que, después de tantos días de caminar hacia el oeste, podía hacerlo de nuevo hacia el sur, no avanzase lo suficiente

como para satisfacer su urgencia. Hacía mucho que se había puesto el sol cuando buscó refugio bajo unos espinos cerca del talud de un campo.

Se tumbó en el suelo. La frialdad de la tierra, al abrigo del sol diurno, fue un alivio para el lacerante dolor del costado. Lamía su pata delantera, tratando de llegar con la lengua hasta la espina. Estuvo intentándolo durante casi una hora, pero la espina continuó allí.

Con un suspiro muy parecido al de un hombre cansado, metió el hocico entre las patas delanteras y se durmió.

Aún no había salido el sol cuando se despertó. Bostezó y trató de levantarse. La mitad anterior de su cuerpo se despegó del suelo. Pero no la otra mitad. Se quedó parada, sorprendida ante ese nuevo e insoluble problema. Luego volvió a intentarlo, empujando hacia adelante con los músculos del cuarto trasero. Consiguió quedar de pie por un momento. Avanzó un paso y dio un saltito con la pata trasera sana. La otra estaba inutilizada.

Durante la noche, la lesión del costado se había envarado. El choque contra las rocas del río tumultuoso le había roto una costilla y magullado fuertemente los músculos y los ligamentos de su pata trasera. Ahora se había envarado casi hasta la inmovilidad.

Cojeando dificultosamente, *Lassie* regresó al refugio de espinos. Allí se dejó caer pesadamente al suelo. Se acurrucó y, tumbada en silencio, miró por entre la masa de matas y zarzas en dirección a los campos donde se insinuaba la primera claridad del alba. No podía continuar. Su instinto se lo decía. Debía quedarse allí.

Cuando los seres humanos se sienten enfermos, exhiben a menudo sus heridas y las muestran para que los demás puedan verlas y los compadezcan. Es justamente lo contrario de lo que normalmente ocurre entre los animales. No buscando la compasión, pues consideran vergonzosa cualquier muestra de debilidad, el animal se arrastra hasta cualquier oculto rincón y allí, solo, aguarda el desenlace: la curación o la muerte.

Eso fue lo que impulsó a *Lassie* a meterse en su escondrijo. El deseo de seguir caminando la embargó muchas veces, pero la ley animal ordenándole quedarse oculta durante la enfermedad pudo más.

Varios días permaneció acurrucada y oculta, con los ojos abiertos pero inmóvil. Afuera, el mundo continuaba sus ciclos. La oscuridad y la luz se seguían la una a la otra. Los pájaros cantaban. Una vez pasaron unos campesinos. Otra, el viento trajo el cálido e inequívoco olor de un conejo cercano. En otra ocasión una comadreja fue derecha hacia su escondrijo mientras buscaba caza. Sus ojos penetrantes divisaron la forma acurrucada y peluda. Su hocico tembló. Luego se volvió tranquilamente y siguió su camino, como si supiera que el animal enfermo no tenía deseos de perseguirla.

Ocurrió todo eso sin que *Lassie* se moviera. La fiebre la absorbía y poseía su cuerpo.

Durante seis días permaneció tumbada, casi sin moverse. Hasta que, una tarde, cuando ya caía el sol, finalmente levantó la cabeza. Lenta y suavemente empezó a lamerse la pata delantera. La naturaleza había hecho su obra. La espina había seguido su curso en la parte llagada. Poco a poco *Lassie* lamió y limpió la herida. Miró en derredor. Lentamente trató de levantarse. La pata trasera dañada colgaba sin tocar el suelo. Se alejó lentamente de su escondrijo, cojeando. Arrastrándose por los campos, bajó la colina hacia donde su olfato le decía que había agua. Encontró un delgado arroyo, agachó la cabeza y bebió. Era la primera vez que bebía en una semana. Bebió ávidamente. Se tumbó junto al arroyo, pero con la cabeza erguida. Levantó el hocico y emitió un agudo gemido de protesta. Después volvió la vista atrás, en dirección al refugio de espinos. Finalmente, dio media vuelta y se arrastró de nuevo hacia arriba.

Permaneció allí dos días más, haciendo cortos viajes hasta el arroyo para calmar la sed. La parálisis había remitido un poco y podía caminar sobre tres patas. Volvía lentamente a su escondrijo y se ocultaba hasta la noche siguiente. Pero no comió nada, porque tampoco sintió apetito.

Nueve días después de haber cruzado el turbulento río salió de su refugio y se dirigió al bebedero. Parecía como si utilizara ya sus cuatro extremidades, pero la pata trasera dañada seguía sin soportar peso, moviéndose únicamente como imitando su función. Bebió el agua cristalina y, al igual que otras veces hiciera, alzó la cabeza y la dirigió hacia el sur. Algo se agitaba en su interior. Era el sentido del tiempo.

Débilmente, en lo más profundo de sus instintos, el sentido del tiempo que se había borrado durante su enfermedad, pareció despertar.

Era hora de ir… hora de ir a buscar a…

Entonces *Lassie* lo recordó una vez más. A esa hora debía estar dando la bienvenida en la escuela. Pero la escuela… estaba allí… en aquella dirección. ¡Ése era el camino a seguir!

Se volvió de nuevo y dirigió la mirada hacia el matorral donde estaba su refugio. Pero apenas fue un momento. Después cruzó rectamente el arroyo. Caminando con dificultad enfiló hacia el sur. *Lassie* estaba nuevamente en camino.

La que ahora trotaba penosamente no era una arrogante ovejera de exposición. Era una sucia perra vagabunda, flaca y endeble, debilitada por la fiebre y los largos días de inanición. La marcha que llevaba era más bien un penoso arrastrarse que un orgulloso trote. Y no duró mucho.

Poco después de la puesta del sol, *Lassie* se detuvo de nuevo, esta vez al abrigo de un muro. Era un puesto de tiro donde los cazadores ricos se ocultaban durante la temporada de caza de gansos. Pero *Lassie* no lo sabía. Lo único que comprendió era que podía servirle de refugio y abrigo.

Tampoco sabía *Lassie* que sólo había recorrido tres millas desde su refugio anterior. La magnitud o pequeñez de las distancias no cuentan en la mente de los animales. Lo único que sabía era que se sentía satisfecha. Había seguido su camino en la dirección que ella deseaba hacerlo, y eso era lo que más ansiaba. Y jadeaba

dichosa.

Levantó las orejas y movió la punta de su hocico. Le estaba llegando inequívocamente el olor de un conejo.

¡Comida! Al fin era consciente de su existencia y la deseaba. Se le despertó un hambre feroz al tiempo que la boca se le hacía agua. Se acurrucó contra un rincón del puesto de caza. Pronto iba a comer otra vez. Y pronto volvería a viajar con renovadas energías.

Avanzó lentamente.

Si estaba demasiado débil y lenta para cazar su alimento, moriría. Porque en ese caso no tardaría en ser vencida por la debilidad. Pero si era lo suficientemente fuerte y veloz como para capturar a su presa, recobraría su antigua fortaleza.

Continuó avanzando, deslizándose como un espectro hacia su presa.

PARA MATAR ANIMALES

Dos hombres estaban acurrucados en una simple cabaña de piedra. La luz de la luna, al entrar por el boquete situado encima de ellos que hacía de ventana, les iluminaba tenuemente. Vestían de modo semejante, con toscos trajes de paño casero, excepción hecha de sus gorros: el más joven lucía un gorro puntiagudo y el otro una gran boina escocesa. Durante mucho tiempo no se oyó más ruido que el de sus respiraciones. Luego el más joven se removió. En ese momento el más viejo le puso la mano sobre el brazo para inmovilizarle.

—¡Calla! —dijo.

Permanecieron inmóviles, como petrificados.

—¿Has oído algo, Andrew? —susurró el joven.

—Me pareció…

—Se levantaron silenciosamente y miraron hacia afuera a través del boquete. Delante suyo se extendían los campos iluminados por la luna, con la hierba brillando como en un bien cuidado parque bajo la tenue neblina azulada. Estuvieron observando largo rato, con la vista y el oído alerta.

—No, Andrew, no oigo nada.

El más viejo asintió con la cabeza, de forma que la borla de su gorra se agitó de atrás hacia adelante.

—Juraría haber oído algo.

Una vez pasada la tensión, el más joven sacó distraídamente la pipa de su bolsillo. El otro le miró reprobadoramente.

—No quiero humo, Jock. Podrían olerlo fácilmente.

—Ah, se trata de eso. Pero me estoy muriendo de ganas de fumar. Y ellos lo oirían primero, ¿no?

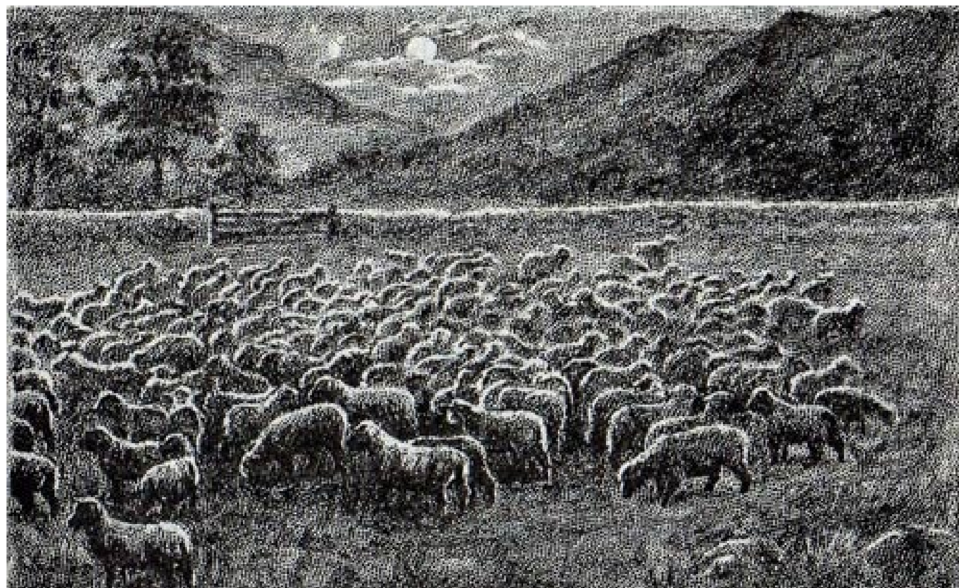
Jock señaló con la cabeza hacia un cercado en el campo. Allí, a la luz de la luna, un gran rebaño de ovejas permanecía inmóvil. Estaban agrupadas tan estrechamente que sus lomos formaban una sola mancha gris.

—Ellos oirían cualquier cosa antes que nosotros, hombre —prosiguió Jock—. Al menos mi *Donnie* lo haría.

Al oír su nombre, uno de los dos perros de la cabaña alzó la cabeza expectante. El otro miró y permaneció alerta para ver si la larga vigilancia había terminado.

—De todas formas, Andrew, no veo qué razón hay para tenerlos aquí encerrados. Deberíamos dejarlos fuera con las ovejas.

—No, no, Jock. Si los dejamos fuera, los demonios no vendrán. Son tan astutos, muchacho, que se dan cuenta de todo y no vienen.



—Sí, son muy listos —asintió el joven—. Seis noches llevamos de guardia y ni una señal de ellos. A la séptima nos vamos a casa a dormir, y tan pronto como hayamos cerrado los ojos, ellos nos atacan arrasándolo todo y matando. ¡Siete corderos y dos ovejas! Siete corderos, ¿comprendes? ¿Por qué no vinieron una de las noches en que estábamos esperándolos?

El más viejo ignoró esta última pregunta.

—Deberías estar agradecido, Jock. Archie Forsythe perdió dieciséis el domingo. Y McKenzie trece la noche anterior.

—¡Qué malas bestias! El domingo u otro día cualquiera son lo mismo para esos demonios. ¡Negros hijos de Satán! Si algún día pesco a uno de ellos…

El joven dejó en suspenso el resto.

—Andrew, ¿qué les impulsa a hacer eso?

—Ah, muchacho, ésa es quizás una de las cosas que no nos es dado comprender. Pero supongo que los perros son como los hombres, Jock. La mayoría de ellos son honrados y leales. Pero de cuando en cuando nace entre ellos uno que porta la crueldad y el deshonor en su corazón, y aunque durante el día parece un perfecto Galahad, tan pronto como caen las tinieblas se convierte en lo que realmente es, un demonio devastador.

—Sí, Andrew, sólo el cielo sabe cuánto amo a los perros. Porque tuyo o mío, no hay cosa que no haría por ellos, una atención que no les daría, o confianza que no depositase en ellos. Pero esos asesinos de ovejas no son perros. ¿Sabes, Andrew, lo que pienso a veces?

—¿Qué, Jock?

—Bueno, a lo mejor te ríes. ¡Pero a veces pienso que esos traidores no son perros, sino que son los espectros de asesinos ajusticiados que vuelven en forma de perro para hacer el mal!

El joven lo dijo en un tono tan asustado que ambos se estremecieron. Pero Andrew no tardó en sacudirse el temor.

—No, no, Jock. No son más que perros. Y si causan destrozos es porque se apartaron del buen camino. No debemos tener piedad con ellos.

—¡Ah, no tendré compasión! Si veo a uno y le apunto con mi escopeta…

—¡Chist!

Volvieron a quedarse inmóviles cuando el más viejo hizo la advertencia.

—¡Ahí está!

—¿Dónde?

—¡Acaba de saltar la cerca! Coge tu escopeta, Jock. ¡Rápido!

El joven tomó el arma que tenía apoyada en la pared y ambos aguardaron. El silencio se prolongó mucho.

—Tú ves visiones, Andrew —dijo finalmente el joven—. No hay nada. Ni lo habrá mientras estemos aquí. Esos demonios saben que les estamos esperando. ¡Lo saben!

—¡Cállate, Jock! ¿Quieres estarte quieto?

El joven obedeció. Pero los minutos se arrastraban penosamente y el tedio pesaba demasiado sobre él. Y habló de nuevo.

—Andrew.

—¿Sí?

—He estado pensando, ¿sabes? Es curioso lo que nos sucede. Un perro puede ser nuestra mejor ayuda y al mismo tiempo nuestro peor enemigo.

—Así es, Jock. Y de la misma forma que son inteligentes para ayudarnos, lo son para hacernos daño cuando toman el mal camino. Y cualquiera de ellos puede echarse a perder, Jock, no lo olvides. Incluso tu propio perro, al que tanto estimas. Una vez que prueban la sangre de cordero, se vuelven asesinos.

—No mi *Donnie*.

—Yo tampoco lo creo de mi *Vic*. Y, sin embargo, es así. Una vez que uno de ellos empieza a matar, luego sigue matando no por comida, sino por el placer de la matanza y la sangre.

—¡Mi *Donnie* no lo haría!

—No puedes estar seguro, Jock. Puede haber perros que sean perfectamente honestos con sus propios rebaños. Entonces llega la noche y se van lejos, a veces para juntarse con otros, como si se hubiesen puesto de acuerdo. Y lo mismo que una manada de lobos caen sobre un rebaño arrasándolo, dispersándolo, matando y destrozando, para luego huir antes de que llegue socorro. Entonces se separan y cada cual vuelve a su casa. Y al día siguiente vigilan de nuevo sus rebaños como si nunca en la vida hubiesen roto un plato.

—Pero no mi *Donnie*. Si pienso que puede…

Quedaron un rato en silencio. Luego Jock habló de nuevo.

—Es triste que nosotros que sentimos un gran cariño por los perros debamos destruirlos.

—Sí, pero poca cosa vamos a destruir nosotros si nos pasamos la noche

charlando. No vendrán nunca.

El silencio se hizo de nuevo, y la mancha de luz de la luna se deslizó por el suelo de la mísera cabaña. Hasta que, finalmente, el más viejo habló de nuevo, esta vez con la voz temblorosa por la emoción.

—¡Ahí vienen!

El otro saltó para ponerse en posición, apoyando la escopeta en el reborde del boquete. Ambos, con el aliento contenido, miraron hacia los campos situados a su izquierda.

—¡Sí, allí!

Jock miró por encima de su arma. Hubo un movimiento junto a la cerca de piedra. Entonces, más allá de los puntos de mira de su arma, vio un perro. No parecía marchar con cautela. Iba por encima de la parea y trotaba abiertamente, a la vista de cualquiera.

Era *Lassie*. Hacía ya una semana que había dejado su escondrijo, pero aún cojeaba. Cruzó el campo a la luz de la luna, caminando recta y firmemente, como siguiendo una ruta trazada al compás.

En la choza, el más viejo dejó escapar el aliento retenido.

—¡Dale su merecido, Jock! —susurró en tono contenido.

El más joven se echó el arma a la cara, pero no disparó.

—¿Dónde están los otros?

—¿Qué otros? ¡Dispárale!

—Es un ovejero, ¿es que no lo reconoces?

—No. Es un merodeador, uno de esos salvajes… ¡Dispara ya! No lo dejes escapar.

Jock volvió la cabeza.

—Manejaba un arma como ésta durante la guerra, Andrew. No voy a fallar, y menos con esta munición.

—¡Entonces dale de una vez, Jock!

El joven volvió a agarrar la culata de su arma. Contuvo el aliento. Lentamente enfocó los puntos de mira: ahora veía sobre la V de la mira trasera la firme e inmóvil punta de la mira delantera. Y encima de ésta la delgada figura de un ovejero trotando. Se movía, pero manteniéndose siempre sobre el punto de mira, a medida que el rifle le seguía.

Jock quitó el seguro del gatillo. Notó el «segundo tirón» empezando a funcionar.

—¡Vamos, Jock, ahora!

Jock alzó la cabeza y bajó el arma.

—No puedo hacerlo, Andrew.

—¡Mátalo, hombre, mátalo!

—No, Andrew, no parece uno de esos demonios. Míralo, no parece temer nada. Veamos si se acerca a los corderos. Porque no parece prestarles la menor atención. Mira.

—Es un merodeador. Tenemos derecho a disparar contra él.

—Veamos primero si se acerca a un cordero. Si lo hace…

—¡Venga ya, lerdo! ¡Dispárale!

La voz del más viejo se alzó con un tono conminatorio. El grito se alzó en la noche y llegó hasta *Lassie*. Ésta se detuvo y volvió la cabeza en esa dirección. Y entonces le llegó todo a la vez: las voces de los hombres, su olor, el movimiento en el hueco de la cabaña. Eran hombres, hombres que la encadenarían, hombres de los que debía huir.

Dio media vuelta y se lanzó a un súbito galope.

—¡Mira! ¡Nos ha visto, dispara!

El súbito cambio de *Lassie* convenció a medias al joven de que había juzgado equivocadamente al perro. Porque su acción era la de un perro culpable.

Levantó rápidamente la escopeta, apuntó e hizo fuego.

Al oír el estampido que rompió la quietud de la noche *Lassie* saltó de costado. El feo silbido de la bala que pasó rozando casi su paletilla izquierda la impulsó a girar rápidamente a la derecha. Se lanzó campo a través. Se oyó otro estampido y ella sintió un ardiente choque en su costado.

—¡Eh, le he dado!

—No. ¡Mira cómo se escapa!

Dentro del pequeño refugio, las voces de los hombres se mezclaron con los ladridos de los perros, que gritaban enloquecidos.

—¡Suéltalos!

El anciano corrió hacia la puerta y la abrió. Primero los perros y después los hombres salieron al exterior y se lanzaron tras las huellas de *Lassie*.

—¡Buscadlo! ¡Agarradlo! —gritó Andrew.

Los perros corrían ladrando a su presa. Iban colina abajo, agachados, con los cuerpos casi doblándose en dos por la rapidez de la carrera. Tras ellos iban los hombres, pero pronto quedaron atrás. De pronto los perros cambiaron de rumbo y ladraron más fuerte. Habían encontrado el rastro, el olor cálido de la sangre fresca.

Delante suyo, *Lassie* galopaba. Un par de veces se detuvo bruscamente para lamerse el flanco donde la bala había dañado los músculos de la pata. Oía a su espalda los ladridos de los perros, pero no se apresuraba. No temía a los perros. Era del hombre de quien huía, y sus sentidos le decían que aquél no se encontraba cerca. Ahora le temía más que nunca. Sus manos no sólo podían encadenar y encerrar, sino que podían provocar los terroríficos truenos que le dañaban los oídos y que de alguna manera llegaban como un largo e invisible látigo, trayendo dolor como el que ahora le desgarraba el costado.

En verdad que el hombre era una amenaza diabólica.

Continuó galopando firmemente, sintiendo que pronto quedarían todos atrás.

Pero los otros perros estaban frescos. No habían recorrido centenares de fatigosas millas, hambrientos. Y pronto la tuvieron a la vista. Ladraron en un tono más alto y,

pese a la mayor velocidad que *Lassie* logró desarrollar, la alcanzaron. Entonces uno de ellos la atacó por el costado, mordiéndola con sus dientes al tiempo que la empujaba con el hombro para tirarla al suelo.

Pero *Lassie* aún conservaba algo. Podía estar hambrienta y cansada, pero no era cobarde. Se giró como un relámpago y se encaró sin miedo. Sus pelos se erizaron y sus labios se curvaron hacia atrás sobre los colmillos.

Su actitud paralizó a los otros perros, porque, por muy rudamente que hubieran sido criados, tenían sangre ovejera. Y entendieron la advertencia.

No era un perro para dejarse atrapar como un conejo.

Como si acabara de dejar resuelto un minúsculo problema, *Lassie* obedeció de nuevo a la imperiosa fuerza que sentía dentro. Debía seguir su camino, hacia el sur, siempre hacia el sur.

Pero los otros lo interpretaron como un signo de miedo y cargaron a la vez. Ambos la adelantaron, como hacen los ovejeros, mordiéndola al pasar. Porque los ovejeros no corren y atrapan. Su forma de pelear no es como la del bulldog, ni tampoco como la del terrier, que ataca, amaga y acosa. Ellos más bien prefieren sobrepasar al enemigo y lanzarle largas y secas dentelladas para ir desgastándole.

Era la forma de pelear de *Lassie*, y de manera instintiva supo cómo enfrentárseles. Sin embargo, mientras giraba para encararse a un adversario, el otro corría y atacaba desde el lado opuesto. Pero *Lassie* pivotaba aguardando al enemigo más cercano. Se detuvo, con la cabeza erguida, mirándoles a la luz de la luna. El que estaba detrás suyo atacó. Ella lo esquivó y volvió a su posición. Pero se acercaba el otro. Ella se giró de nuevo, pero fue un segundo tarde. Recibió el ataque de lleno y medio cayó al suelo. El otro atacó a su vez antes de que ella hubiera logrado incorporarse. Los tres formaron un enredado y confuso montón. *Lassie* logró liberarse. Y todo empezó de nuevo: uno de los perros atacaba y el otro daba un rodeo cuando ella se volvía para enfrentarse al primero.

La lucha fue larga, y aún continuaba cuando llegaron los hombres, jadeando a causa de la larga carrera. Se detuvieron a mirar.

—No tires ahora, Jock, podrías darle a mi perro.

Jock asintió y se colgó el arma del brazo. Su cabeza estaba inclinada hacia adelante. Siguió atentamente la pelea entre un cansado y debilitado perro viajero y dos robustos animales, rudos y resistentes después de años de trabajo. Y sin dudarlo creyó que éstos debían ganar.

Pero *Lassie* tenía algo que a los otros les faltaba. Tenía sangre. Era una pura sangre, y detrás suyo estaban muchas generaciones de los mejores y más arrogantes ejemplares de la misma.

La pureza de la sangre en los animales no es ninguna tontería, como sabe cualquier aficionado. Allí donde un caballo normal se rinde y ya no pelea más, el de pura raza responderá valientemente haciendo otro esfuerzo en la carrera, incluso aunque esté entregando el último gramo de su fuerza vital. Donde el perro mestizo se

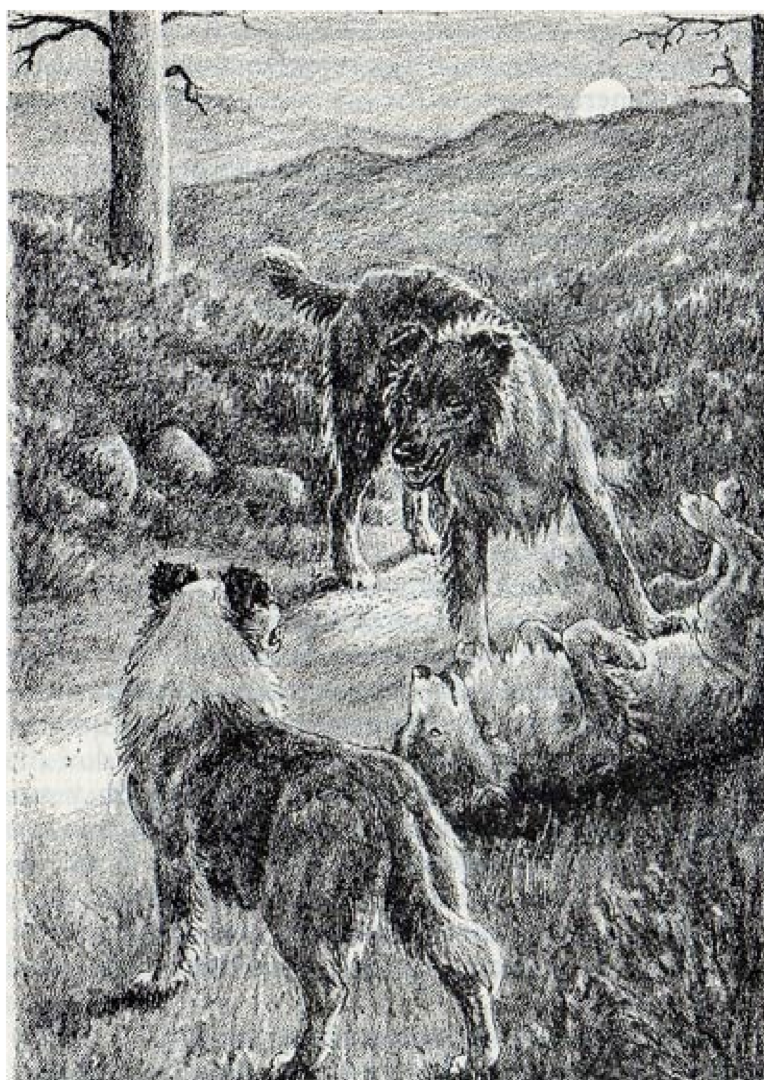
queja y escapa, el de pura cepa se queda valerosamente y sin emitir una queja. Y fue la sangre la que hizo vencer a *Lassie*. Cuando uno de los perros atacó, ella se enfrentó con él. Desdeñando al que arremetía por el otro costado, lo tiró al suelo. Éste quedó tendido en un momento de abandono.

Entonces *Lassie* hizo algo curioso. En lugar de sacar provecho de su victoria mordiéndole en la garganta, se limitó a colocar firmemente una de las patas delanteras sobre el cuerpo del caído, como haría un luchador sujetando a su contrincante. Mientras permaneciese quieto, no sufriría daño alguno.

Entonces, mientras ése permanecía tumbado y sin oponerse, *Lassie* se enfrentó al otro perro. Alzó la cabeza con los blancos colmillos reluciendo, y de su pecho surgió lentamente un profundo gruñido de reto.

El otro perro la miró y entonces también él se dejó caer a tierra y empezó a lamerse una herida en su pata. Era el armisticio.

Así permanecieron un momento los perros, el uno postrado bajo la pata de *Lassie* y el otro limpiándose con aspecto de estar diciendo: «Yo no tengo nada que ver con todo este asunto».



El cuadro apenas duró un momento, porque al instante la locura de la pelea

abandonó a *Lassie*. El gruñido murió en su garganta y recordó cuál era su deber. Tranquilamente dio media vuelta y se alejó.

Entonces uno de los hombres pegó un salto y gritó:

—¡Ahora, Jock, ahora, dispárale!

Pero el joven no se movió. Porque mentalmente no estaba viendo perros sino hombres. Recordaba cierto día. Y mientras permanecía así, el cansado ovejero desapareció de su vista.

—¡Caramba, Jock! ¿Por qué no disparaste?

—No pude hacerlo, Andrew.

—¿Y por qué no?

El joven frunció el entrecejo.

—Pensaba en un día de marzo de 1918, cuando ellos se nos echaron encima y el regimiento resistió. La ovejera ha hecho algo parecido, Andrew Ha peleado de la misma forma que lo hizo la Black Wacht, Andrew. En marzo de 1918, yo…

—¿Estás loco?

—No, Andrew.

—¡En marzo de 1918! —le remedó el más viejo.

—Bueno, en cualquier caso era un bravo animal, Andrew Y… probablemente… iba hacia algún sitio… Y aparte de todo, no podía disparar, porque me olvidé de cargar la escopeta.

—¡Ah, algo es algo! ¡Se olvidó de cargar la escopeta! Yo pensaba que un soldado no se olvidaba nunca de cargar su arma después de disparar.

—Bueno, es que hay tantas cosas que recordar, Andrew… —dijo el más joven.

Entonces, mientras regresaban, abrió silenciosamente la recámara, sacó el cartucho y se lo metió en el bolsillo. Con los perros tras sus talones, los dos hombres regresaron al escondrijo iluminado por la luz de la luna.

UNA CAUTIVA EN LAS LOWLANDS

El paisaje había cambiado. Ya no había más Highlands y brezales, no más colinas onduladas y pastos para ovejas. Por el contrario, la región era muy plana, y las únicas eminencias eran los nings o montañas de escoria de las minas de carbón para los grandes transportes industriales.

Aquí había muchas más ciudades y carreteras. Un perro ya no podía pasar desapercibido en torno a las ciudades, ni podía evitar las miradas de los hombres, porque había hombres por todas partes. De cualquier forma que intentase evitarles, *Lassie* caía bajo su vista en su camino hacia el sur. Así que adoptó una nueva actitud hacia ellos. Se mantenía tan lejos como le era posible, pero, si debía pasar cerca, los ignoraba.

Sin embargo, se sentía mucho más tranquila entre los hombres de esta región porque, en muchos aspectos, se parecían a aquellos entre los cuales se había criado. Sus rostros estaban a menudo tiznados de hollín, como en Greenall Bridge, sus manos cubiertas de mugre y llevaban linternas en las manos o en la frente. Pero por encima de todo, tanto los hombres como las ciudades desprendían el olor de seres humanos que trabajan bajo tierra. Era un olor muy parecido al del amo de *Lassie*. Pero ninguno de ellos era su amo. Sin embargo, eran como aquellos otros hombres de su pueblo.

Y así, aunque mucho más alerta, los trataba como trataba a los hombres de su pueblo; los aceptaba, pero sin responder a ninguno, ni poniéndose al alcance de sus manos u obedeciendo a sus órdenes.

Porque le daban órdenes. Al igual que en Yorkshire, en las llanuras industriales de Escocia hay muchos aficionados a los perros. Pueden distinguir a los de raza y reconocer a primera vista a los extraviados. Por eso muchas veces decían:

—Mira, Archi, un extraviado. Y de los buenos, además. ¡Eh, *lass*, ven aquí, *lass*!

Alargaban las manos y chasqueaban los dedos llamándola con tono bondadoso. Pero aunque *Lassie* oía en sus voces un sonido que muchas veces era muy parecido a su propio nombre, nunca respondía. Si las manos tendidas se le acercaban demasiado se escurría por entre ellas como el mercurio. Si la perseguían, olvidaba su cansancio y rompía bruscamente en un galope que pronto la ponía fuera del alcance de los bípedos perseguidores.

Una vez pasado el peligro, volvía a recobrar su trote, siempre mirando hacia el sur.

Pero su paso era ahora más lento, porque con el cambio de región había surgido un nuevo inconveniente. No encontraba comida. Al principio encontró algunos conejos, pero habían ido escaseando y ahora era raro que hasta su olfato llegara el cálido olor. *Lassie* sentía el impulso de correr cada vez más, de manera que fuera más difícil agarrarla. Sentía el impulso de ordenar a sus músculos desarrollar una velocidad que resultaba progresivamente más difícil de controlar. E incluso sintió que era más difícil obedecer al impulso de mantenerse lejos de los hombres. Su cansancio

era demasiado grande para preocuparse de ellos a menos que sus manos estuviesen excesivamente cerca.

Pero había un impulso que aún permanecía vivo: el de seguir marchando hacia el sur. Lentamente, *Lassie* fue atravesando las Lowlands de Escocia. Su rastro cruzaba la negra zona industrial obedeciendo a la inextinguible llama que la quemaba, el deseo de ir hacia el sur, siempre hacia el sur. Y a su espalda, en ése su camino iban quedando muchas historias, palabras que manaban en hogares y cabañas.

Una joven ama de casa, durante la comida en una pequeña ciudad minera, mientras veía comer a su marido, dijo:

—Hoy me ha ocurrido una cosa curiosa con una perra, Ivor.

—¿Una perra? ¿Qué perra?

—No sé de quién pueda ser. Estaba sentada fuera con el niño, para tomar un rato el sol, cuando esa perra se acercó por la carretera. Estaba tan embarrada y perdida, y tenía un aspecto tan fiero pero al mismo tiempo tan encantador en cierta forma…

—¿Cómo podía ser fiera y encantadora a la vez?

—No lo sé, pero lo era. Y parecía tan cansada. Me recordó a uno de esos vagabundos que en las malas épocas pasan cansados y aburridos y, sin embargo, continúan caminando. La llamé, pero no vino. Se limitó a pararse a cierta distancia para mirarme a mí… y al pequeño Ivor. Yo fui a buscar un plato de agua y se lo puse en el suelo. La perra vino y bebió. Luego le puse un plato con sobras. Lo miró largo rato y dio varias vueltas en derredor, primero hacia un lado y luego hacia el otro. Finalmente se acercó, lo olió y empezó a comer, haciéndolo delicadamente, a pesar de que estaba medio muerta de hambre y terriblemente flaca y enferma. Pero a mitad de la comida se detuvo, levantó la cabeza y se marchó como si hubiese recordado una cita…

—¿Qué esperabas que hiciera? ¿Que se parase a darte las gracias?



—No, pero ¡marcharse a medio comer! ¿Por qué crees que lo haría?

—Pero Peggy, ¿cómo quieres que lo sepa? Lo único que sé es que por ti misma

les darías de comer a todos los perros, granujas, vagabundos y correcaminos que hay en este mundo.

El hombre se echó a reír y, al cabo de un momento, también lo hizo la mujer, porque detrás de la cálida voz de su marido ella reconoció su satisfacción.

Y así olvidó a la perra vagabunda con la que se había mostrado amable.

En otra ciudad, a cincuenta millas de distancia de la anterior, una mujer le escribía una carta a su esposo, ausente por asuntos de negocios:

> El otro día tuvimos una espantosa experiencia. Apareció un perro rabioso en el pueblo. El agente Macgregor fue el primero en verlo y sospechó de él, porque tenía saliva colgando en la boca. Trató de cazarlo, pero él le eludió. Lo vi bajar por la calle —había estado visitando a la señora Tamson— y era una criatura terrible, con su boca abierta y galopando salvajemente. El agente y los chicos del pueblo corrían detrás. Yo me refugié en la tienda de Jamison y no salí hasta pasada una hora, debido al susto que me dio.
>
> Más tarde oí que le habían acorralado en el callejón de Fennel y que creían haberle atrapado, pero en el último momento saltó por la tapia trasera que, como sabes, tiene dos metros de alto. Así que debía de estar rabioso, porque ningún animal en su sano juicio hubiese intentado semejante acción.
>
> Desde entonces tenemos miedo a una epidemia de rabia, y todos los perros vagabundos son atrapados y llevados a la perrera. Creo que deberían matarlos a todos, porque nunca se sabe qué males pueden causar.
>
> Te aseguro que desde entonces he estado muy nerviosa, por lo que espero que vuelvas a casa tan pronto como puedas dar por finalizado tu viaje…

Eran historias de miedo y cobardía, pero también de confianza y amor, dejadas a lo largo del prolongado camino que *Lassie* se fue abriendo en su regreso al hogar.

En la gran ciudad industrial escocesa, el río es ancho. A lo largo de sus márgenes hay altas vallas y cercas, porque el espacio en las cercanías del río es muy valioso. Casi podríamos decir que es un espacio vital para la comunidad.

Allí, junto al río, las grúas articuladas elevan piezas de metal gigantescas. Las llevan hacia los armazones donde surgen esqueletos de acero. Allí los hombres permanecen colgados todo el día, taladrando y remachando, mostrando sus toscos tatuajes con el potente golpeteo de los martillos de vapor. Y allí nacen los grandes barcos que cruzan el Atlántico.

Los astilleros y la ciudad ocupan cada pulgada del ancho río. Para cruzar de una orilla a otra hay *ferryboats*, y en la ciudad están los viejos puentes que han soportado

el tráfico de norte a sur durante siglos.

Lassie trotaba por uno de esos congestionados puentes. Durante días había vagado por la orilla norte, buscando la manera de cruzar, pero finalmente su solución fue caminar entre los hombres.

Mientras lo cruzaba, muchas personas que caminaban por la atestada acera volvieron la cabeza y le dijeron algo, pero no les prestó atención y siguió abriéndose camino y pronto se perdió de vista entre la multitud.

Pero hubo dos nombres que no la dejaron perderse del todo. Iban cruzando el puente en un camión. Uno de ellos le dio un codazo al conductor y le mostró el perro que tan decididamente caminaba. El otro no respondió, pero hizo un gesto afirmativo con la cabeza, y puso el camión a una velocidad que les permitió no perder de vista a *Lassie*.

La cual, al otro lado del puente apretó el paso. Su trote se aligeró un poco porque ahora se sentía en paz con su deseo de marchar hacia el sur. El río quedaba a su espalda. Por un instante sintió un relámpago de vigor sacudiéndola, y su cola se alzó ligeramente, dándole un aspecto más arrogante.

Iba rumbo al sur por la acera. No oyó el camión que se detuvo detrás suyo. Entre la multitud de ruidos y olores de una ciudad no había posibilidad alguna de que su fino oído o su olfato la pusiesen sobre aviso. Sólo en el último momento sus instintos animales la advirtieron y pegó un salto. Algo se movía en el aire. Quiso echar a correr, pero no pudo. Estaba envuelta en una red que abortaba todos sus esfuerzos.

Durante un minuto largo estuvo luchando y mordiendo la red que la aprisionaba. Pero sólo consiguió enredarse aún más. Por añadidura, uno de los hombres del camión estaba arrodillado a su lado. La agarraba con manos expertas. Le enroscó cruelmente una correa en torno al hocico, sujetando sus quijadas. Otra correa le aprisionó el cuello. Y otra más le ató las patas.

Lassie se quedó quieta. Estaba rodeada de gente.

Notó que le quitaban la red. Con un poderoso esfuerzo trató de liberarse. Logró liberar las patas delanteras. Y una de las traseras. ¡Se estaba soltando!

Forcejeando y retorciéndose luchó contra el hombre que la sujetaba. Entonces el otro se le echó encima. Si únicamente lograra soltarse la correa del hocico… Sintió que le retorcían una de las patas delanteras. Luego recibió un golpe en la cabeza.

Quedó medio aturdida. Entonces los hombres dejaron de golpearla, porque una voz surgió claramente de entre la multitud.

—¡Eh, oigan, no tienen por qué maltratar así a ese perro!

Uno de los hombres arrodillados alzó la mirada.

—¿Quién le manda meterse en esto?

Alguien de entre la multitud empezó a burlarse, pero la risa murió en sus labios cuando la joven se adelantó. Su voz era dura.

—Si usted cree que poniéndose grosero se va a salir con la suya, se equivoca. He visto cómo realiza su trabajo y estoy dispuesta a denunciarle por cruel y por

impertinente.

Cuando el hombre volvió a hablar, su voz había cambiado.

—Lo siento mucho, señorita. Pero cumplo con mi deber. Y no puedo andarme con tonterías. Hay un montón de perros rabiosos sueltos por ahí y un perrero tiene que cumplir con su deber. Es una protección pública.

—Estupideces. Ese perro no tiene ningún síntoma de rabia.

—No puede decirlo, señorita. De todas formas, es un perro vagabundo y tenemos orden de atraparlos a todos. Éste no tiene la chapa de la licencia.

La joven hizo un gesto para hablar, pero el hombre que iba con ella le tocó en el brazo.

—Él tiene razón, Ethelda. No puede permitirse que haya hordas de perros sueltos por ahí. Tiene que haber algún tipo de control, me parece a mí.

—Es cierto, señor —dijo el perrero.

La muchacha miró en derredor. Luego dijo:

—Está bien, pero no tienen por qué comportarse así. Levántese, yo la meteré en el camión por usted.

—Se le va a escapar, señorita.

—Tonterías. ¡Levántese!

—Lo único que va a conseguir es obligarnos a cazarlo otra vez, señorita.

—¡Que se levante!

El hombre arrodillado miró a la multitud como dando a entender lo poco que servía discutir con una mujer que tenía ideas tan tontas. Mientras él se levantaba, la muchacha se arrodilló. Por un instante, *Lassie* notó que le tocaban unas manos tranquilas, palmeándola amistosamente, al tiempo que se oía una voz suave:

—Está bien, denme una correa y quítenle esa red.

Los hombres obedecieron. La muchacha puso suavemente el collar en torno al cuello de *Lassie*. Dándole golpecitos con una mano para calmarla, estiró suavemente con la otra.

—Ven, levántate —dijo.

Lassie hizo lo que años de entrenamiento le habían enseñado a hacer. Obedeció. Siguió el suave tirón de la correa. Caminó hacia el camión. Cuando el hombre abrió la puerta, ella subió a la delgada ovejera y la puerta enrejada cayó de golpe.

—Ahí tiene —dijo severamente—. Ni siquiera a los perros callejeros hay que tratarlos como si fuesen bestias salvajes.

Dio media vuelta y se alejó sin prestar atención al hombre que iba con ella.

—Una horrible escena para haberla hecho en público, Ethelda —dijo éste, finalmente.

Ella no respondió, y ambos cruzaron el puente. A mitad de camino, él la miró y se detuvo.

—Perdóname —dijo—. Debo de estar ofuscado. Tú has estado muy bien.

Se detuvieron y miraron hacia el río.

—No sé por qué —dijo finalmente—, pero el hombre siempre tiene terror a hacer una escena en público. Muchas veces quisiera hacer…, bueno, algo parecido a lo que tú has hecho y no lo hago. Supongo que es una especie de cobardía. Las mujeres sois más valientes. Estuviste muy bien, y eso es lo primero que debería haber dicho.

La joven puso la mano sobre su brazo en un gesto comprensivo.

—No es por mí, es por la perra —dijo—. ¿Sabes?, me recordaba mucho a *Bonnie*. ¿Te acuerdas de *Bonnie*? Era la ovejera que tuvimos cuando yo era pequeña.

—Ah, sí, lo había olvidado. Pero ella era una criatura magnífica, Ethelda.

—Y en cierto modo también lo era ésta, Michael. Estaba hambrienta y en los huesos, pero de alguna manera me recordaba a *Bonnie*. Tenía la misma clase de paciencia y parecía comprender que se estaba cometiendo con ella un crimen del que no podía defenderse.

El hombre asintió y sacó su pipa. Ambos se apoyaron en el pretil.

—¿Qué harán con ella? —preguntó la joven finalmente.

—¿Quiénes? ¿Esos tipos?

—Sí.

—Encerrarla en la perrera.

—Ya lo sé. Pero ¿qué hacen con los perros vagabundos?

—No lo sé. Supongo que los guardan o algo así durante algún tiempo. Y entonces, si nadie los ha reclamado se deshacen de ellos.

—¿La van a matar?

—Sí, pero es muy humano. Cámara de gas, o algo parecido. Sin ningún dolor, según dicen. Es como irse a dormir. Creo que hay una ley al respecto.

—¿Y nadie puede salvarla… quiero decir si su dueño no sabe nada?

—Creo que no.

—Pero tiene que haber una ley al respecto, y si vas a la perrera debes de poder reclamar un perro, quiero decir si pagas todos los costos, ¿no?

El hombre dio una chupada a la pipa.

—Me parece a mí que la hay, o que debería haberla.

Miró a la muchacha y sonrió.

—Vamos —dijo.

«NUNCA CONFÍES EN UN PERRO, DONNELL»

El camión cargado de perros penetró en un patio. Las verjas de hierro adosadas a la pared se cerraron a su paso. El camión retrocedió hasta quedar pegado a una puerta elevada.

En el interior, *Lassie* yacía en un rincón. Había más perros en el camión. Durante el recorrido por la ciudad habían ladrado estruendosamente. Pero *Lassie* había permanecido tumbada, como una reina cautiva entre prisioneros de baja estofa. Permaneció inmóvil, únicamente con los ojos abiertos, mirando hacia el mundo exterior como lo había hecho cuando estuvo enferma.

No perdió ese aire de dignidad ni siquiera cuando la verja trasera del camión fue abierta. Los otros perros de razas mestizas volvieron a gruñir y salieron por ella. Pero los dos hombres los cogían y los obligaban a dirigirse hacia una gran estancia de cemento. *Lassie* siguió sin moverse. Era la única que quedaba en el camión.

Quizá fueron su calma y su porte regio los que engañaron al hombre. O quizás, también, el recordar la facilidad con que la muchacha la había subido al camión.

Entró en el vehículo con una correa pequeña. *Lassie* permaneció tumbada, y así como había sido demasiado orgullosa para luchar y tratar de liberarse como lo hicieron los otros perros, ahora soportó tranquilamente las manos que pasaban la correa en torno a su cuello. Cuando ésta estuvo ajustada se levantó obedientemente y, como dando a entender que debía procederse como la joven hiciera, se dispuso a seguir al hombre. Bajaron por la trasera del camión al corredor lleno de ladridos sin que *Lassie* tratase de impedir el avance.

Lo cual debió de engañar asimismo al hombre, pues justo en el momento de llegar donde su ayudante mantenía la puerta abierta, se agachó y le quitó la correa.

En ese mismo instante, *Lassie* quedó libre.

Saltó hacia adelante como un rayo de luz. El hombre trató de cerrar el paso, pero la coordinación de sus movimientos fue demasiado lenta frente a la del animal. *Lassie* se revolvió en el aire cuando él empezó a moverse y pasó entre sus piernas y la pared.

Corrió por el pasillo, pero se detuvo en seco. La salida estaba bloqueada. Delante suyo únicamente estaba el engañoso interior del camión que acababa de abandonar, tan pegado a la entrada que apenas si quedaba una pulgada de espacio en derredor.

Se volvió y se dirigió rectamente contra los hombres que la perseguían. Esquivando sus brazos y piernas, pasó junto a ellos como una catapulta. A la izquierda había una escalera. Trepó velozmente por ella. En lo alto se bifurcaba un corredor. Uno de los pasillos iba hacia el sur. Corrió hacia allí.

A su espalda el edificio se llenó de gritos. Había gente en el corredor. Mientras corría, unas manos intentaron asirla. Zigzagueando como un jugador de fútbol llegó hasta el extremo del corredor y se detuvo. Terminaba en una pared lisa. Había una ventana, pero estaba cerrada.

Lassie dio media vuelta. Ahora, en el extremo opuesto del corredor se habían

congregado los hombres. Avanzaban hacia ella. *Lassie* miró en derredor. Había muchas puertas a ambos lados, pero todas estaban cerradas. No había escapatoria.

Sus captores parecían saberlo. Aparecieron dos hombres con gorros puntiagudos y se oyó la voz del perrero.

—Quédese todo el mundo donde está, por favor. Ahora la tenemos acorralada. Limítense a quedarse donde están y así no podrá escapar. No morderá a nadie. No es una perra rabiosa.

El hombre avanzó lentamente. Detrás suyo iba su ayudante con la red. Se acercaron cada vez más.

Lassie permaneció esperando arrogantemente, con la cabeza erguida.

Y entonces surgió la escapatoria. Porque justo a su lado se abrió una de las puertas y se oyó una voz. Una voz importante, una voz de oficial.

—¿Qué está pasando aquí? ¿No comprenden que hay un tribunal deliberando…?

Eso fue cuanto pudo decir, porque en ese momento una parda figura pasó junto a él como un obús, casi tirándole al suelo al golpearle en las piernas. Su rostro se contrajo en una expresión de horror y de dignidad ultrajada. Lanzó una mirada desdeñosamente despreciativa hacia los dos hombres con la red. Y después cerró la puerta.

Pero en el interior, la estancia se había llenado de ruidos porque *Lassie* corría en círculo buscando una escapatoria. Todas las puertas estaban cerradas. Finalmente se detuvo en un rincón. La gente huyó de ella, dejándola sola. Los golpes y crujidos de las sillas y los gritos se fueron apagando lentamente, y el único ruido que resonó fue el golpeteo de un mazo. Entonces una voz grave dijo:

—¿Debo entender que éste es el testigo sorpresa que la defensa había anunciado?

Inmediatamente la sala estalló en carcajadas. Jóvenes vestidos con togas negras rieron abiertamente. La imponente figura tocada con una peluca blanca también se permitió una sonrisa, pues era famoso por su agudo ingenio. Además, ese caso estaba siendo largo y tedioso.

Su comentario sería repetido y aireado por los periódicos a lo largo y ancho del país:

«Una nueva muestra del agudo sentido del humor del famoso juez McQuarrie tuvo lugar hoy…».

El voluminoso caballero asintió afablemente con la cabeza, de forma que su peluca casi le cayó sobre la frente. En ese momento, *Lassie* lanzó un único y corto ladrido. El hombrón se regocijó:

—Supongo que es una respuesta afirmativa. Y debo añadir que es el testigo más inteligente que he encontrado en veinte años, porque es el primero que sabe decir sí o no sin equivocarse.

De nuevo la gran sala estalló en carcajadas. Los jóvenes togados asentían gravemente y se miraban unos a otros.

¡El viejo McQuarrie estaba hoy en excelente forma!

Pero como si solamente él pudiera decidir cuánto podían durar las risas, golpeó con el mazo. Su entrecejo se frunció. Sus ojos se endurecieron.

—¡Sargento! ¿Puede explicarme qué ocurre?

Un hombre uniformado corrió hacia la mesa del tribunal y se detuvo en posición de firmes.

—Sargento, ¿qué es esto?

—Es un perro, Señoría.

—¡Un perro!

El juez volvió la vista hacia el animal, que seguía en un rincón.

—Usted confirma mis sospechas, sargento. ¡Es un perro! —exclamó el juez afablemente.

Pero entonces su voz surgió como un rugido:

—¿Y qué piensa que puedo hacer yo con él?

—Creo saber lo que está pensando, Señoría.

—¿Y en qué estoy pensando, sargento?

—En que debe ser retirado de aquí, Señoría.

—¡En efecto! ¡Llévenselo de aquí!

El sargento miró en torno suyo con dolorosa sorpresa. En todos sus años de oficial, nunca se le había planteado un problema así. Quizá no se hubiera planteado en toda la historia de la ley. Quizá no había un procedimiento oficialmente reconocido, ni un manual o estatuto para la adecuada resolución del asunto. Cualquier otra posibilidad había sido ya considerada, pero ¿perros? El sargento no lograba recordar nada acerca de perros.

Perros: En la corte de justicia, retirada de. Quizá figuraba en algún inciso. Pero no lograba recordarlo. Y si oficialmente no estaba reglamentado el procedimiento, ¿cómo podría uno…?

El rostro del sargento se iluminó de repente. Acababa de resolver el problema. La vía de la autoridad. Se volvió en dirección al hombre que había abierto la puerta permitiendo la entrada de *Lassie*.

—¡McLosh! ¡Llévese ese perro! ¿De dónde ha salido?

El guarda de la puerta miró a su superior con el rostro enrojecido. Había reproche en su mirada.

—Sin duda se les ha escapado a Fairgusson y Donnell. Los que estaban ahí fuera con lazos y cuerdas.

El sargento se volvió hacia el juez y tradujo el informe a un lenguaje más oficial.

—El animal se ha escapado a las autoridades de la perrera, Señoría. Dos de ellos están ahí fuera. Y dado que la aprehensión y detención de perros sueltos es competencia de los perreros…

—No quiero aplicar un procedimiento oficial en este asunto, sargento, pero de forma no oficial…

Los jóvenes togados se sonrieron unos a otros, nuevamente encantados.

—… de forma no oficial yo diría que se encuentra bajo su jurisdicción. Déjelos entrar, pues, y que se lleven ese animal.

—A sus órdenes, Señoría.

Moviéndose velozmente, el sargento se dirigió a la puerta.

—Sáquenlo de aquí, rápido. Antes de que él pierda la paciencia —les cuchicheó roncamente.

Los dos hombres entraron en la sala portando la red. La gente de ley siguió el proceso con gran interés. Ciertamente era un alivio para un día tan pesado.

Los dos hombres se deslizaron hacia el rincón, lenta y cautelosamente.

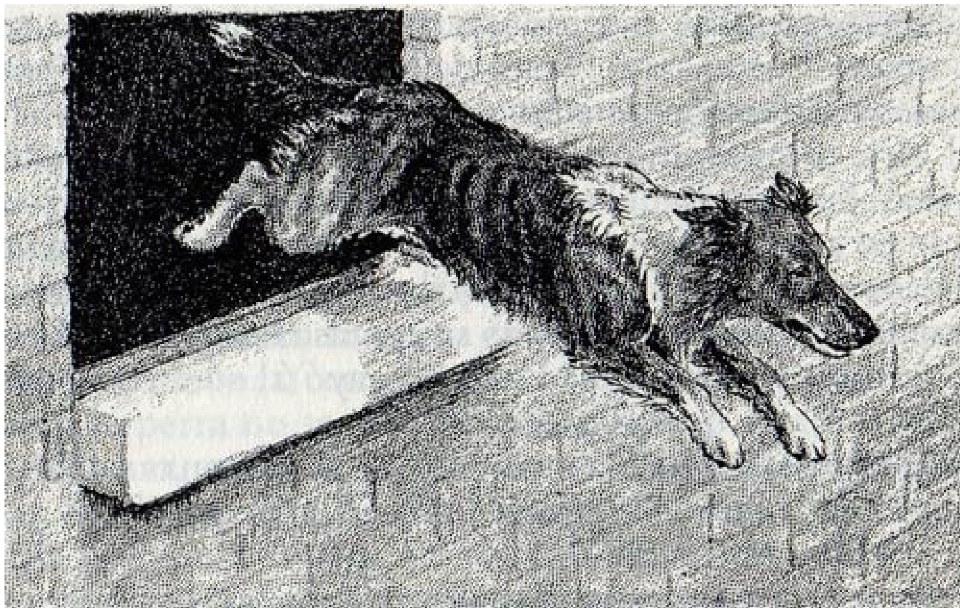
—En seguida lo sacamos de aquí, Señoría —dijo uno de ellos.

Pero mientras hablaba, *Lassie* se escapó. Conocía la red. Era un odiado enemigo. Debía escapar.

La sala volvió a convertirse en un manicomio. Los más jóvenes trataron de sacar el máximo provecho de la situación, y como si fueran escolares lanzaban gritos de caza.

—¡Sopla! ¡Escapó!

—¡Mira! ¡Eh, Watson, ahí, en el escritorio!



—¡Ay! ¡Mi estómago!

Gritaban alegremente y hacían jubilosamente todo lo que estaba en su mano para estorbar a los hombres de la red, logrando molestarles en cada ocasión, aunque aparentaban ayudarlos a arrinconar al perro.

Pero finalmente la diversión se acabó. *Lassie* se encontró acorralada contra la pared. El cerco de hombres se fue estrechando. Encima suyo había una ventana abierta. Saltó hasta el alféizar y una vez allí se detuvo dubitativa. Porque debajo seguía el camión aparcado en el patio. Había una caída en vertical de más de seis metros hasta el suelo del patio.

Los hombres se acercaron confiadamente. Sabían que era demasiada altura para

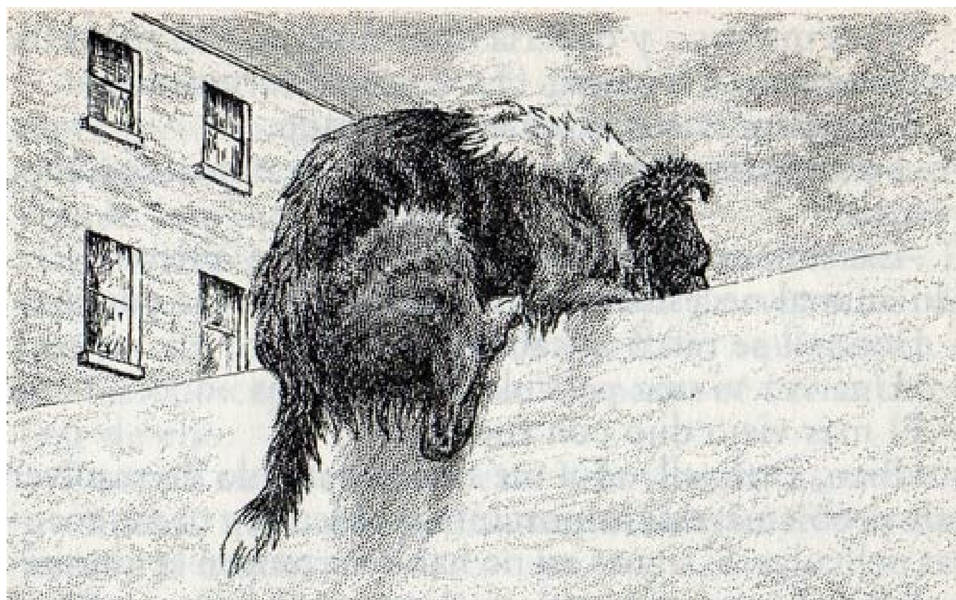
saltar. Desplegaron la red.

En el alféizar, *Lassie* temblaba. A su izquierda estaba el techo del camión. Eran solamente tres metros, pero se encontraba muy lejos. Se removió, buscando para sus patas el mejor apoyo. Sus músculos temblaban.

Pero un perro no es como los gatos. Al igual que los hombres, ha aprendido a temer las alturas. Sin embargo, ése era el único camino.

Agazapándose y tensando sus músculos, *Lassie* se preparó. Luego saltó. Trató de hacerlo lo más lejos posible en dirección al techo del camión. Pero todavía en el aire comprendió que el salto se le había quedado corto. Su sentido del tiempo y del equilibrio le dijeron que no aterrizaría normalmente. Extendiendo las patas delanteras, justo llegó a tocarlo. Durante un instante quedó allí colgada mientras sus patas traseras rascaban el costado del camión. Después cayó al suelo pesadamente. Y allí quedó, aturdida.

Arriba en la sala de la audiencia, las ventanas estaban llenas de rostros. El perrero dio un grito agudo.



—¡Ahora la tenemos!

Se volvió junto con sus compañeros, pero se vieron detenidos por una orden seca. El juez los miró ceñudamente, y cuando habló pareció como si hubiese malgastado ya todo su humor por aquel día.

—Esto es un Tribunal de Justicia. Hagan el favor de caminar despacio. Señores, se suspende la sesión.

Golpeó con el mazo y todos se pusieron en pie mientras resonaba el viejo grito de «¡Oíd, Oíd!» proferido por los ujieres.

Los hombres salieron de la sala rezongando. Una vez fuera echaron a correr.

—Esa maldita perra —resopló el más viejo—. Verás cuando la coja…

Pero cuando llegaron al patio miraron atónitos en derredor. Allí estaba la marca dejada por *Lassie* al caer sobre el camión. Y en el suelo, donde quedó aturdida.

Pero la perra no se veía por allí. El patio estaba vacío.

—Bueno, esto es lo único que me faltaba para completar un día como el de hoy —resopló el más viejo—. Tendría que estar muerta ahí mismo, ¿y dónde está?

—Se fue por la tapia, señor Fairgusson.

—Tres metros… y debería estar muerta. Eso no es un cochino perro, Donnell. ¡Es un maldito vampiro!

Regresaron a sus oficinas del sótano.

—Señor Fairgusson, un vampiro es un animal con alas, ¿verdad?

—Exactamente, Donnell. Eso es lo que quiero decir. Un animal necesita tener alas para saltar esa pared.

Donnell se rascó la cabeza.

—Una vez vi una película de vampiros —dijo.

El más viejo dijo con rudeza:

—Bien, Donnell, aquí me tienes tratando de resolver este problema, este importante problema, y tú me cuentas películas. Si sigues así no harás carrera en la municipalidad. La cuestión es: ¿qué vamos a hacer con ese perro?

Donnell se estiró el labio.

—No lo sé.

—Vamos a ver. ¿Qué harías si estuvieras solo?

Donnell cayó en profundas meditaciones. Finalmente su rostro se iluminó:

—Podemos coger el camión y salir a buscarlo por todas partes otra vez.

El otro sacudió la cabeza como si desesperara de la humanidad entera.

—Donnell, ¿es que no vas a aprender nunca?

—¿Aprender? ¿Qué es lo que debo aprender?

—¡A ganar tiempo, hombre, a ganar tiempo! —dijo Fairgusson enfáticamente—. ¿Cuántas veces te lo tengo que decir? Cuando eres un funcionario, tienes tus horas de trabajo. Si empiezas a trabajar noche y día, lo primero que aprenderás es que ellos esperarán de ti que lo hagas siempre.

—Tiene razón. Lo había olvidado.

—¡Lo habías olvidado! Aprende de mí, muchacho. Sólo así llegarás lejos.

El joven parecía avergonzado.

—No —continuó el otro—. El que no tenga cabeza debe tener pies. Lo que debemos hacer es un informe.

Tomó papel y lápiz. Durante largo rato estuvo mordiendo la punta del lápiz.

—Es difícil de hacer, Donnell —dijo finalmente—. Es una especie de mancha en la hoja de servicios del cuerpo. En los veintidós años que llevo aquí, nunca se me había escapado un perro. Y apenas sé cómo informar de ello.

Donnell se rascó la cabeza. Y le vino la inspiración.

—Bueno, mire, ¿no podríamos olvidarlo? No se dice nada y se acabó.

El otro le miró admirativamente.

—A lo mejor llegas lejos, Donnell. Aprendes rápido. Pero olvidas algo

importante, y es lo ocurrido en el Tribunal. Seguro que arman jaleo por lo que pasó, ya verás.

—Sí —dijo Donnell excitado—. Pero entonces podemos decir que finalmente agarramos a ese desgraciado. Y si quieren verlo, podemos decir que era ese perrazo que capturamos esta mañana. No hay más que registrar un perro menos y así no habrá ningún perro fugado que manche su… hoja de servicios.

—¡Donnell, ésa es la solución!

El más viejo se puso a trabajar animosamente. Durante media hora estuvo escribiendo penosamente. Y justo cuando acababa de redactar el informe, sonó el timbre. Se abrió la puerta y entró un policía. Detrás de él venían la joven y el hombre que estaban en el puente.

—Ésta es la perrera, señor —dijo el policía.

El hombre se aproximó.

—Tengo entendido —dijo— que pagando los gastos de perrera y los derechos de licencia puedo quedarme con un perro no reclamado, ¿verdad?

—Así es, señor.

—Bien, en ese caso yo, es decir, esta señorita desea quedarse la ovejera que han capturado esta mañana.

—¿Una ovejera? —repitió Fairgusson tratando de pensar rápidamente—. ¿Una ovejera? No, entre las capturas de esta mañana no hay ninguna ovejera, señor.

La joven se aproximó a su vez:

—Oiga usted, ¿qué pretende ahora? Usted sabe muy bien que yo estaba presente cuando capturó una ovejera esta mañana, a la que por cierto maltrató. Si está usted intentando algún truco el capitán McKeith aquí presente se encargará de encontrarla.

Fairgusson se rascó la cabeza.

—Voy a decirle la verdad: se ha escapado.

—¿Cómo? —dijo la joven.

—Que se ha escapado, señorita. Cualquiera puede decírselo. Se soltó y fue a refugiarse en la sala donde estaba el juez McQuarrie, y saltó por la ventana y luego por encima de la tapia… y desapareció.

—¡Escapó! —murmuró la muchacha pensativa.

Pero luego su rostro se iluminó.

—Ignoro si está diciendo o no la verdad —dijo su acompañante—. Pero para asegurarme voy a poner una denuncia por esa perra.

Tomó unas notas en su agenda y se marchó. La muchacha se fue con él alegremente.

—Lo siento, Ethelda —dijo el joven mientras subían la escalera.

La muchacha sonrió.

—En realidad estoy contenta. Porque vuelve a ser libre, ¿comprendes? Aunque yo no pueda tenerla para mí, está libre. ¡Libre otra vez!

Abajo, en la oficina subterránea, Fairgusson se quejaba ante su ayudante.

—Ahora tengo que hacer un informe explicando que se escapó, porque esos malditos van a poner una denuncia y yo debo justificar por qué no pude darles el perro.

Rasgó furiosamente el informe falso.

—Un trabajo tan bueno para nada. Pero que al menos te sirva de lección, Donnell. ¿Qué conclusión sacarías de todo esto?

—No hagas nunca un informe falso —contestó el joven, dubitativo.

—Oh, no —dijo Fairgusson desdeñosamente—. Tú nunca progresarás en el servicio. La conclusión es ésta: ¡nunca confíes en un perro, Donnell! Mira esa ovejera, por ejemplo. Aparentaba ser tan dócil como un niño de pecho, como vulgarmente se dice. Confié en ella un segundo y allá que se fue como una bola de fuego en el día del Juicio Final. Debería haber tenido miedo de saltar, pero ¿qué hizo?

—Saltó —contestó Donnell.

—Exacto. Y tendría que haberse matado, pero ¿qué pasó?

—Que está viva.

—Exacto otra vez. No tendría que haber sido capaz de saltar esa pared, pero ¿qué hizo?

—Saltarla.

—Exacto una vez más. Así que la regla moral es ésta, Donnell, mientras estés en este oficio no confíes jamás en un maldito perro. Ellos no son…, bueno, quiero decir que los perros no son humanos. ¡Son inhumanos!

LASSIE LLEGA A LA FRONTERA

Lenta y uniformemente, *Lassie* marchaba cruzando un campo. Ahora no trotaba. Caminaba penosamente. Llevaba la cabeza gacha y la cola colgaba sin vida. Su cuerpo delgado se bamboleaba de un lado a otro como si necesitase el esfuerzo de toda su voluntad para lograr que sus patas se movieran. Pero su curso era recto. Continuaba yendo hacia el sur.

Cruzaba la llanura con su paso cansino. No prestaba atención al ganado que pastaba en la hierba en torno suyo y que levantaba la cabeza para verla pasar.

A medida que avanzaba por el sendero, la hierba crecía más espesa y salvaje. La senda se convirtió en un hollado lodazal. Después el lodazal se convirtió en un charco y el charco en un río.

Se detuvo en la pisoteada orilla. Era allí donde el ganado venía a beber y a refrescarse en las horas más calurosas. Más allá de donde ella estaba se veían algunos animales metidos en el agua hasta las corvas. Se volvieron a mirarla mientras sus mandíbulas se movían incansablemente.

Lassie gimió levemente y alzó la cabeza como para captar algún olor proveniente de la otra orilla. Se balanceó suavemente sobre sus patas. Luego empezó a meterse en el río, tratando de vadearlo. Sus patas dejaron de tocar fondo. El remanso la fue empujando hacia la corriente. Se puso a nadar, con la cola arremolinada en torno.

No era un río tumultuoso como el de las montañas. Tampoco estaba sucio y bordeado de construcciones como el de la ciudad industrial, y que ahora quedaba muchas millas atrás. Pero era ancho, y su corriente caudalosa arrastró a *Lassie* velozmente.

Sus cansadas patas se movían rítmicamente. La orilla sur pasaba delante suyo, pero no parecía estar acercándose.

El cansancio se apoderó de ella y el golpeteo de sus patas decreció. Su cabeza erguida desapareció debajo del agua. Y como si eso la hubiera despertado de un sueño, se puso a nadar desesperadamente. Levantó la cabeza. Sus patas dejaban una estela de espuma a su espalda. Era un nadador aterrorizado.

Pero su mente volvió a aclararse y una vez más recuperó su rítmico avance.

Fue una larga y valiente travesía. Y cuando finalmente alcanzó la otra orilla, estaba demasiado cansada para trepar por la pendiente. Al principio arañó con las patas delanteras y cayó hacia atrás. Saltó y cayó de nuevo. La orilla era demasiado alta. El agua empezó a arrastrarla otra vez hacia la corriente. *Lassie* probó de nuevo. Chapoteó y volvió a caer. Luego la atrapó un remolino y sus patas finalmente tocaron tierra firme. Se arrastró hasta la orilla. Como el agua absorbida por su pelaje era un peso extra que no podía cargar, se tambaleó, pero arrastrándose más que caminando, trepó por la orilla. Allí, finalmente, se dejó caer. No podía continuar.

¡Pero estaba en Inglaterra! *Lassie* no lo sabía. Era tan sólo una perra que volvía a casa, no un ser humano capaz de consultar mapas. Ella ignoraba que se había abierto

camino a través de las Highlands y de las Lowlands. Y que el río que acababa de atravesar era el Tweed, que hace de frontera entre Inglaterra y Escocia.

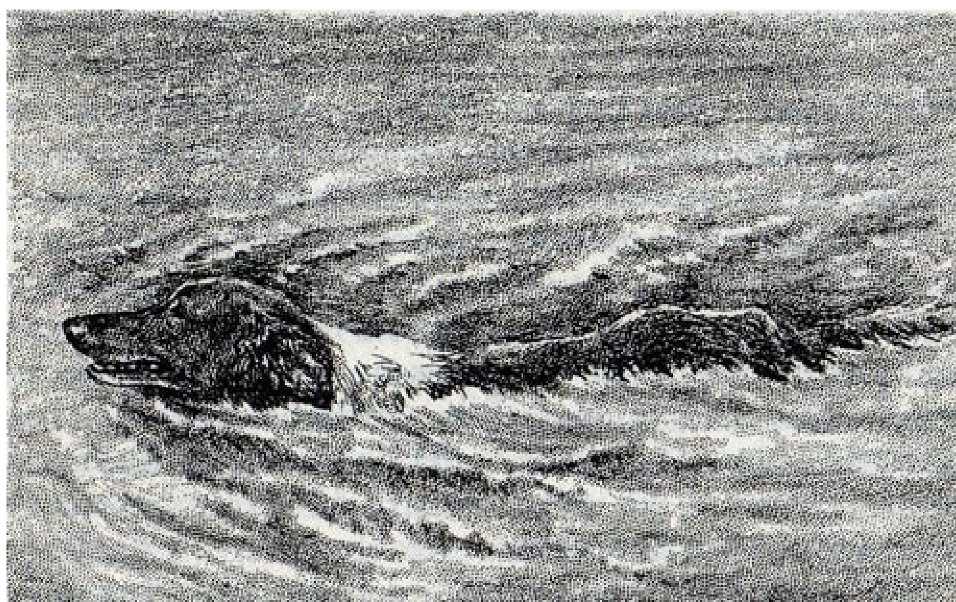
Ella ignoraba todo eso. Lo único que supo fue que, mientras se arrastraba por la orilla, ocurrió algo extraño. Sus patas ya no le respondieron adecuadamente, y mientras se obligaba a avanzar, sus músculos se rebelaron. Se dejó caer, luchó por levantarse y volvió a caer de costado.

Gimió un instante. Arañaba con las uñas delanteras tratando de avanzar hacia el sur. Se encontraba sobre un pastizal silvestre. Se impulsó hacia adelante, unos metros, luego unos centímetros. Y finalmente sus músculos se negaron a trabajar.

Lassie quedó tendida de costado, con las patas estiradas como si estuviese muerta. Sus ojos se velaron. El único movimiento que surgía de ella era el espasmódico subir y bajar de sus flancos doloridos.

Lassie estuvo allí todo el día. Las moscas zumbaban a su alrededor, pero no levantó la cabeza para espantarlas.

Cayó la tarde y del río le llegó el ruido del ganado y los mugidos de las vacas. También percibió los últimos trinos de los pájaros y el canto del zorzal a través del lento crepúsculo. Vino la noche con sus ruidos distintos: el grito del búho, el furtivo murmullo de una nutria cazando, el ladrido lejano de un perro de granja, y el gemido de los árboles.



La aurora trajo nuevos sonidos: el chapoteo de una trucha al saltar en el río todavía recubierto de niebla. Luego las cornejas levantaron el vuelo con gritos de advertencia cuando un hombre surgió por la puerta de su granja. Salió el sol, y las sombras bailaron suavemente en la hierba, mientras en lo alto los árboles se movían a impulsos de la brisa del nuevo día.

Cuando el sol la alcanzó, *Lassie* se levantó lentamente. Sus ojos estaban opacos.

Caminando despacio se fue alejando del río, rumbo al sur.

La habitación era pequeña y modesta. En una silla situada junto a la mesa donde brillaba una lámpara, Daniel Fadden leía lentamente el periódico. Su mujer hacía calceta sentada en una mecedora situada cerca del fuego de carbón. Se balanceaba continuamente mientras sus dedos se movían veloces entre la lana y las agujas, de tal manera que todos sus movimientos parecían sincronizados, y cada vaivén de la mecedora equivalía a tres puntos de las agujas.

Ambos eran ancianos y parecían haber pasado tanto tiempo juntos en la vida que ya no tenían necesidad de hablar. Les bastaba saber que el otro estaba allí cerca.

Finalmente el hombre se puso las gafas de acero sobre la frente y miró hacia el fuego.

—Podríamos echar un poco más de carbón —dijo.

Su mujer asintió mientras se balanceaba, y sus labios se movieron contando silenciosamente los puntos. Estaba «acabando una pasada» y quería estar segura de los puntos que llevaba.

El hombre se levantó lentamente. Cogió el cubo y fue a la carbonera. Ésta se encontraba debajo de la alacena. Con una pala pequeña recogió un poco de carbón.

—Se nos está acabando —dijo.

Su mujer levantó la vista. Ambos empezaron a calcular mentalmente el costo del carbón. Cuán rápidamente se había consumido la última carga. Sus vidas estaban estrechamente vinculadas a ese tipo de cosas. Los gastos eran mínimos. Todo lo que poseían era la exigua pensión que el Gobierno les pasaba debido a la muerte de su hijo en Francia. Además, cada uno de ellos disponía de un subsidio de vejez de diez chelines que les pasaba el Estado. No era una fortuna, pero lo administraban bien y no debían nada a nadie. La casita, lejos de cualquier población, era un lugar barato para vivir. Y en el terrenito de al lado fadden cultivaba legumbres. Tenían unas gallinas, algunos patos y un pavo «cebándose para Navidad». Este último era su mayor inversión. Seis años atrás Fadden había cambiado una docena de huevos de gallina por un pavo recién nacido. Lo había criado cuidadosamente, fantaseando acerca de lo bueno que estaría para comerlo en Navidad.

Pero se había convertido en un hermoso y rollizo animal. Y pocos días antes de la fiesta de las fiestas, Fadden cogió el hacha y se sentó a la puerta, mirándolo incansablemente. Finalmente, comprendiendo lo que le pasaba, su mujer le había dicho pacientemente:

—Dan, me parece que este año no me apetece un pavo. Podrías matar un pollo y…

—Sí, Daily —había dicho Dan—. Sería un derroche grandísimo… un pavo tan enorme para sólo dos personas. Un pollo, en cambio…

Así fue como el pavo se salvó. Desde entonces todos los años era engordado para

Navidad.

—Este año cae —solía decir Fadden—. Estamos todo el año engordando un pavo para que ande por ahí presumiendo y creyéndose el amo del mundo. Este año cae.

Pero el pavo seguía viviendo. La señora Fadden sabía que sería así. Y cuando Dan anunciaba beligerantemente que iba a sacrificarlo la víspera de Navidad, ella decía dubitativa:

—Sí, Dan.

Y cuando en el último momento él vacilaba y decía tartamudeando que un pavo tan grande sería demasiado para ellos dos, ella respondía:

—Sí, Dan.

Pero en secreto se confesaba a sí misma que el pavo continuaría vivo cuando ellos dos estuviesen «criando malvas».

Pero no deseaba que las cosas cambiasen. De hecho, si Dan llegase a cumplir alguna vez sus amenazas ella sentiría que la tierra se hundía bajo sus pies.

Por supuesto que costaba un pico alimentar a un pavo comilón, pero había otras formas de ahorrar. Un penique por aquí, otro por allá. Siempre se puede comprar cuidadosamente, mirando las monedas que se gastan.

Así transcurrían sus vidas, con dignidad y alegría, pero siempre mirando por los peniques, como ocurría esa tarde cuando ambos calculaban el precio del carbón y lo poco que duraba.

—Bah, no trates de avivar el fuego, Dan. Remueve un poco las brasas y luego nos vamos a la cama. De todas formas es muy tarde.

—Quédate ahí sentada un rato más —dijo Dan, pues sabía que a Daily le gustaba balancearse y hacer calceta junto al fuego durante un par de horas—. Todavía es temprano y sólo echaré un poco más. Válgame Dios, ¡qué fría está la noche a causa de esa sucia lluvia del este!

Daily asintió. Mientras se balanceaba oía el gemido del viento helado en la fachada este de la casa y el golpeteo de la lluvia contra los postigos.

—Pronto llegará el otoño, Dan —dijo.

—Sí, así es. Es el primero de esos vientos del este. ¡Y frío! Capaz de helarle a uno hasta los huesos. Odio salir cuando sopla.

Su esposa se balanceaba al tiempo que dejaba vagar su mente. Cada vez que alguien hablaba del mal tiempo su mente siempre volvía a su hijo Dannie. En aquellas trincheras no tenían estufas. Los hombres habían pasado el primer invierno en agujeros fangosos, durmiendo por las noches sin abrigo alguno. Se diría que uno no podría vivir. Y, sin embargo, cuando vino a casa de permiso, parecía resplandeciente, fuerte y sano. Y cuando le aconsejó que mantuviera su pecho cuidadosamente caliente y la garganta seca, se había echado a reír apretándose los costados, con una risa fuerte y poderosa.

—Vaya, después de haber pasado todo el invierno en Francia ya no hay frío que se me pueda llevar por delante, madre —había estallado.

Y no fue el frío ni la enfermedad. Ametralladoras, según había escrito el Coronel en la carta que Daily todavía guardaba doblada debajo de su licencia de matrimonio.

Ah, la guerra… y las máquinas de guerra. Las balas se los llevaron a todos. A los valientes y a los cobardes, a los débiles y a los fuertes como Dannie. Y no eran los valientes quienes mostraban valor, porque los cobardes también podían morir. La mayor prueba de valor era sobrevivir en aquel barro, bajo aquel frío y aquella lluvia, manteniendo fuerte el espíritu a pesar de todo. Ésa era la auténtica valentía. ¡Y cuán a menudo se lo imaginaba, cuando soplaban los vientos y golpeteaban las lluvias! Todo había ocurrido tiempo atrás, pero ella seguía imaginándolo, haciendo media, contando por lo bajo, balanceándose…, haciendo media, contando por lo bajo, balanceándose. Detuvo la mecedora y se quedó sentada con la cabeza erguida. Por un momento permaneció inmóvil. Luego volvió a hacer media, a contar por lo bajo, a balancearse…

Y otra vez se paró. Contuvo el aliento para oír mejor, por encima del chisporroteo del fuego, el siseo del carbón, el tenue ruido de las cenizas cayendo por la rendija al recogedor, el crujir del periódico; más allá, el golpeteo de un postigo suelto, el húmedo beso de la lluvia. Y más lejos aún se oía otro ruido en medio del silbido del viento. ¿O acaso era su imaginación, de tanto pensar en Dannie?

Alzó la cabeza y exclamó:

—¡Dan! Hay alguien en el gallinero.

Él se puso alerta un instante.

—Venga, Daily. Siempre estás imaginando cosas —dijo reprobadoramente—. Sólo es el viento. Y ese postigo un poco suelto. Voy a tener que fijarlo.

Volvió a su lectura, pero la menuda mujer de cabellos grises permaneció erguida. Y dijo de nuevo:

—¡Otra vez! ¡Te digo que hay algo!

Y se puso en pie.

—Si no vas tú a ver qué les pasa a tus gallinas, Daniel Fadden, iré yo misma.

Cogió el chal, pero su esposo se levantó.

—Está bien, está bien —refunfuñó—. Siéntate. Si quieres que vaya, lo haré para darte gusto. Iré a ver qué pasa.

—Primero ponte la bufanda —dijo ella.

Le vio salir, y quedó sola en la casa. Sus oídos, aguzados por la soledad, percibieron sus pasos alejándose, y poco después, por encima del ruido de la tormenta, le oyó regresar rápidamente. Corría. Ella se levantó de un salto y miró hacia la puerta antes de que ésta se abriera.

—Coge tu chal y ven —dijo su esposo—. Lo he encontrado. ¿Dónde está la linterna?

Ambos se perdieron apresuradamente en la noche, encorvados para hacer frente a las rachas de viento y de lluvia. Subieron por el camino deslizándose junto al seto de espino que lo bordeaba. Finalmente el hombre se detuvo y se volvió hacia la cuneta.

Su mujer le pasó la linterna. Entonces vio lo que su esposo había encontrado: un perro caído en la zanja. Observó su cabeza girada y por un instante la luz brilló incandescente en sus ojos mientras la linterna los iluminaba.

—Pobre animal —dijo—. ¿Quién será capaz de dejar salir a su perro en una noche como ésta?

Sus palabras se las llevó el viento, pero el anciano oyó el sonido de su voz.

—Está demasiado agotado para caminar —gritó—. Sostén la linterna.

—¿Quieres que te eche una mano?

—¿Qué?

Ella se inclinó y gritó:

—¿Quieres que te eche una mano?

—No, ya puedo yo solo.

Ella lo vio agacharse y coger al animal. Asiéndose el chal que el viento quería arrebatarle, caminó junto a su esposo iluminándole con la linterna.

—Vamos rápido, Dan —dijo—. Oh, pobre animal.

Se adelantó para abrir la puerta. El hombre entró jadeante. La puerta se cerró de golpe y los dos ancianos llevaron a *Lassie* hasta el calor del fuego y la depositaron sobre la alfombra. Estuvieron mirándola un rato. *Lassie* yacía con los ojos cerrados.

—Dudo que llegue viva a mañana —dijo el hombre.

—Pero ésa no es una excusa para quedarse cruzados de brazos. Al menos podemos probar. Quítate la ropa mojada, Dan, porque de lo contrario tendré que cuidarte a ti también. Mira cómo tiembla. No está muerta. Coge ese saco del armario y trata de secarla un poco.

El anciano se agachó torpemente y empezó a secar el pelaje del animal.

—Está llena de barro, Daily —dijo—. Tu bonita alfombra va a quedar toda sucia.

—Entonces mañana por la mañana vas a tener trabajo para limpiarla —dijo ella agriamente—. Me pregunto si podríamos darle algo de comer.

El anciano levantó la vista. Su esposa tenía en la mano la lata de leche condensada. Sus pensamientos no expresados fueron del uno al otro. Era la última lata.

—Podemos tomar el té solo —dijo ella.

—Guarda un poco, Daily. A ti no te gusta el té sin leche.

—Bah, no importa —contestó ella.

Empezó a calentar la leche al baño María.

—A veces pienso que hacemos las cosas por costumbre, Dan —prosiguió—. Dicen que en China siempre toman el té sin leche.

—Lo hacen porque no han descubierto nada mejor —murmuró el anciano.

Prosiguió frotando el cuerpo del perro mientras su esposa revolvía la leche en la cacerola que estaba sobre el fuego. La casa quedó silenciosa.

Lassie permanecía tumbada, inmóvil. En su semiinconsciencia y espantoso cansancio, una confusa sensación de paz la envolvía. ¡Eran cosas que le llegaban del

pasado y la reconfortaban! El lugar olía bien. Había un aroma de humo de carbón mezclado con el de comida. Las manos que la tocaban no la apresaban ni infligían dolor. Lejos de ello: le producían paz y calmaban el dolor de sus músculos. Y la gente no daba saltos, ni gritaba ruidosamente o le tiraba cosas. Se movían lentamente, sin asustarla.

Pero por encima de todo hacía calor. Era un calor vivificante, que atenuaba sus sentidos y hacía retroceder su perpetuo estado de alerta como una dulce corriente que huyera hacia el olvido y la muerte.

Sólo de una manera confusa comprendió *Lassie* que le habían puesto el plato de leche junto a su cabeza. Sus sentidos no deseaban volver a ese estado de semiabandono. Trató de levantar la cabeza, pero no pudo.

Luego sintió que se la levantaban. La leche caliente entraba en su boca por medio de una cuchara. Y tragó una, dos, tres veces. El calor que se extendió por su cuerpo acabó con el embotamiento de sus sentidos. Volvió a dejarse caer, y la leche, al serle derramada directamente sobre la boca, goteaba en la alfombra.

La mujer se incorporó y se quedó junto a su esposo.

—¿Crees que se está muriendo? Ya no traga más.

—No sé, Daily. A lo mejor pasa la noche. Hemos hecho todo lo que hemos podido. Lo único que nos resta ahora es esperar a ver qué ocurre.

La mujer miró fijamente al animal.

—Dan, creo que voy a quedarme con ella.

—Pero Daily, has hecho todo lo posible.

—Pero ella podría necesitar ayuda y… ¡es una perra tan bonita, Dan!

—¡Qué va a ser bonita! Es una perra sucia, mestiza y vagabunda.

—Oh, Daniel, es la perra más hermosa que he visto en mi vida.

La anciana, decidida, tomó asiento en la mecedora y se preparó para una noche de vigilia.

Una semana más tarde, la señora Fadden estaba sentada en su mecedora. La luz de la mañana penetraba por la ventana, y el recuerdo de la tormenta parecía un sueño lejano. Miró alegremente por encima de sus gafas a *Lassie*, que estaba echada sobre la alfombra con las orejas levantadas.

—Es él —dijo por lo bajo la mujer—. Y tú lo sabes, ¿verdad?

Se oyeron los pasos de su esposo y luego la puerta se abrió.

—¿Sabes una cosa, Dan? —dijo ella, orgullosa—. Ya reconoce tus pasos.

—Bah —contestó él, excéptico.

—Los reconoce —insistió—. El otro día, cuando vino ese buhonero le armó un escándalo, te lo digo yo. Palabra de honor que le hizo saber que había alguien en casa mientras tú estabas en el pueblo. Pero no hace el más mínimo ruido cuando vienes tú, así que estoy segura de que te reconoce.

—Bueno —repuso el hombre.

—Ella es inteligente y bonita —dijo la mujer, dirigiéndose más al animal que a su esposo—. ¿Acaso no es hermosa, Dan?

—Sí, es hermosa.

—Pues al principio decías que era fea.

—Sí, pero eso fue antes.

—Mira, lo único que hice fue coger un cepillo viejo y arreglarle un poco el pelaje.

Ambos miraron a *Lassie*, tendida ahora en la alfombra con la cabeza erguida y en esa postura leonina que los ovejeros adoptan a menudo. Su hocico delicado se levantaba sobre la gorguera, que de nuevo empezaba a parecer blanca.

—¿Verdad que parece otra? —preguntó la mujer, orgullosa.

—Sí, Daily, así es —dijo él tristemente.

La mujer captó de inmediato su tono ominoso.

—¿Qué ocurre?

—Bueno, Daily, es únicamente que al principio creía que se trataba de una perra mestiza. Pero ahora…, bueno, es una hermosa perra.

—Naturalmente que es un hermoso animal —repuso la anciana alegremente—. Todo lo que necesitaba era un poco de calor, un poco de comida y alguien que fuese amable con ella.

El hombre sacudió la cabeza como si le exasperase que ella no entendiese lo que quería decirle.

—Pero ¿es que no lo entiendes, Daily? Es una hermosa perra, y ahora que está limpia y ha mejorado se puede ver que es un animal muy valioso. Y…

—¿Y qué?

—Pues que un perro valioso debe de tener un dueño en alguna parte.

—¿Un dueño? Valiente dueño es el que la tiene flaca y muerta de hambre y de frío, y deja que se extravíe la pobrecita en una noche como aquélla en que la encontramos. ¡Valiente dueño!

El hombre mordió la pipa de arcilla y se dejó caer en su silla moviendo negativamente la cabeza.

—No, Daily, no está bien. Es un animal valioso, ahora me doy cuenta. Así que no te encariñes con ella, porque cualquier día puede aparecer el dueño y…

La mujer se sentó y se puso a darle vueltas a ese nuevo y terrible pensamiento. Su hermosa perra… ¡su perra!

Primero miró fijamente el fuego y luego, largo rato, a *Lassie*. Finalmente dijo:

—Está bien, Dan, si tiene que marcharse de nuestro lado, entonces es mejor que lo haga cuanto antes. ¡Mira que si tiene dueño! Encuéntralo, ¿quieres, Dan? Pregunta por los alrededores.

El hombre asintió.

—Eso es lo honrado —dijo—. Daré una vuelta por ahí y mañana preguntaré en el pueblo.

—No, Dan, hoy mismo. Ahora. Porque no podría tener un minuto de paz ni cerrar los ojos mientras no lo sepa. Y si no tiene dueño, entonces habremos cumplido con nuestro deber y podremos descansar tranquilos.

El hombre aspiró su pipa, pero ella no le dejó en paz hasta que accedió a salir ese mismo día.

Se fue ese mediodía caminando lentamente por la carretera del pueblo, que estaba a cuatro millas de distancia. La mujer estuvo balanceándose toda la tarde. De cuando en cuando iba hasta la ventana y miraba carretera abajo.

Fue una larga tarde. La anciana sentía que los minutos se arrastraban. Y estaba oscureciendo cuando oyó los pasos de su esposo. Casi antes de que éste hubiera abierto la puerta, preguntó:

—¿Y bien?

—He preguntado en todas partes y nadie parece haberla perdido.

—¡Entonces es nuestra!

El rostro de la anciana brilló de alegría y miró hacia la perra, todavía flaca y magullada, pero que representaba para ella la perfección hecha perro.

—Es nuestra —repetía—. Ya les hemos dado su oportunidad. Ahora es nuestra.

—Pero Daily, entiende que podrían pasar casualmente por aquí sus dueños, así que no…

—Ahora es nuestra —repetía la anciana tenazmente.

Había decidido mentalmente que nunca iba a pasar el dueño por allí y ver a la perra. Ya se encargaría ella de eso. La perra estaría siempre a su lado en la casa. ¡No iba a dejar que corriese por los alrededores para que ese terrible y desconocido dueño la reconociese al pasar!

EL DON MÁS PRECIADO: LA LIBERTAD

Lassie estaba echada en la alfombra. Durante las tres semanas transcurridas desde su llegada al nuevo hogar, su cuerpo había recuperado fuerzas. Sus sentidos habían regresado a la normalidad y sus músculos volvían a ser tan poderosos como siempre.

Pero había recuperado asimismo otras cosas. Cuando estuvo débil y enferma las había olvidado. Pero ahora, recobrada la salud, crecían día a día, insistentes e imperiosas. La fuerza que siempre había dirigido su vida estaba despierta de nuevo y ya no le concedía tregua.

Ese impulso se acentuaba por la tarde. Y cuando el reloj se aproximaba a las cuatro, se tornaba enloquecedor.

Era el sentido del tiempo.

Era la hora… la hora de ir… ¡a buscar al niño!

Lassie se levantó y fue hasta la puerta. Gimió y alzó la cabeza.

—¡Venga ya, mujer!

Era la anciana.

—Ya has dado un bonito paseo conmigo. No necesitas volver a salir. Así que vuelve aquí y túmbate.

Pero *Lassie* no obedeció. Trató de empujar la puerta con el hocico. Se dirigió a la ventana y se aupó hasta el alféizar sobre las patas traseras. Luego se puso otra vez a cuatro patas y regresó a la puerta. Entonces, como un animal enjaulado, se puso a caminar hacia atrás y adelante. Lo hacía interminablemente, yendo hasta la puerta y volviendo, yendo hasta la ventana y volviendo.

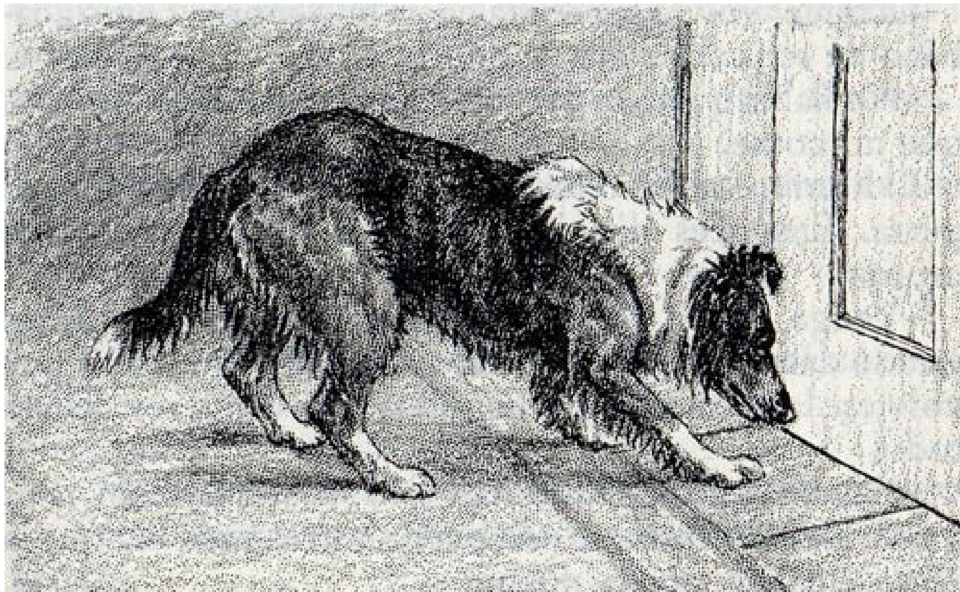
Continuó haciéndolo, golpeando con sus patas contra el suelo de piedra de la casita. El click de sus uñas se hizo tan rítmico como el de las agujas de tejer de la anciana.

Una hora más tarde *Lassie* cesó en su patrullar. Regresó lentamente hasta la alfombra junto al fuego. Había pasado la hora. Se quedó tumbada, mirando el fuego sin pestañear.

Los animales son criaturas de hábitos, pero pueden adquirir otros nuevos. Había alguna posibilidad de que *Lassie* olvidase y se contentase con su nueva casa. La pareja la trataba con todo el cariño de sus vidas sencillas, y ella les obedecía, acudía cuando la llamaban y les permitía que la acariciaran y la mimaran.

Pero lo hacía con la paciencia de un perro que sólo tiene un amo… y éste se encuentra ausente.

Porque *Lassie* no olvidaba. Lejos de ello, con la recuperación de la salud, recordaba más y más, y sus rondas diarias de las tardes se hicieron más prolongadas y agitadas.



La pareja de ancianos no dejó de advertirlo. La mujer, que amaba tanto ese nuevo objeto de afecto que se había introducido en su vida, era consciente de cada movimiento que *Lassie* hiciera. Un hecho como su patrullar vespertino no podía pasarle desapercibido.

La mujer esperaba, y casi lo soñaba, que la perra olvidaría el mundo exterior y que se contentaría con la humilde casita y el universo de gallinas y un pavo. Pero finalmente aceptó que era inútil, porque *Lassie* empezó a rechazar la comida. Entonces la anciana comprendió.

Permaneció sentada toda la tarde y al final rompió el silencio diciendo:

—Dan.

—¿Qué ocurre?

—Ella no es feliz aquí.

—¿Feliz? Pero ¿de qué hablas ahora?

—Sabes perfectamente lo que quiero decir. Ella no es feliz. Está inquieta.

—Bah, tonterías. Piensas demasiado en la perra. Cada vez que Su Señoría mueve una pestaña ya estás pensando que tiene el sarampión o la peste o qué sé yo.

La mujer volvió la cabeza hacia Su Señoría, como acababa de ser calificada. Y dijo que no.

—No había querido decírtelo, Dan, pero hace tres días que no come.

El hombre se llevó los lentes a la frente y estudió a la perra. Entonces dirigió la mirada hacia su anciana esposa.

—Venga, Daily. Ella está bien. Lo que pasa es que has estado dándole tanta comida que no me extrañaría que volviese la nariz ante una comida digna de un rey. Eso es todo.

—No, Dan, no son tonterías. Y lo sabes muy bien. ¿Por qué la atas siempre con una buena correa cada vez que la sacas a pasear por la noche?

—Bueno, es sólo por si acaso, hasta que se acostumbre a esta casa. Si la dejo libre podría perderse, y sin conocer bien la región, bueno, a lo mejor no sabría regresar…

—Tú sabes que eso son historias, Dan. Sabes tan bien como yo que si la dejases libre se marcharía y nos dejaría para siempre.

El hombre no respondió. La mujer prosiguió:

—Ella no es feliz, Dan. Lo ves igual que lo veo yo… cada tarde va de la puerta a la ventana y de la ventana a la puerta tantas veces que terminará excavando un sendero en el suelo.

—Yo creo que es simplemente un perro pidiendo salir de paseo.

—No es eso, Dan. Porque lo he intentado. La saco con la correa, y no es que no me siga dócilmente, o que no me entienda. ¿Sabes por qué creo que hace eso?

—¿Por qué?

—Es como si lo sintiera por nosotros. Nosotros hemos sido amables con ella y no quisiera herir nuestros sentimientos, y por eso sigue a nuestro lado. Es demasiado educada para escaparse, y a menos que no la dejemos ir nosotros…

—No, ningún perro puede sentir ese tipo de cosas… tan humanas.

—Ninguno salvo Su Señoría, Dan. Tú no conoces bien a esa perra.

—¿Y bien?

La voz de la anciana se quebró.

—Yo sí la conozco. Lo sé todo sobre ella, y sé una cosa más.

—¿Qué?

—Que está yendo a algún sitio, Dan. Está de camino.

—Pero mujer, qué fantasías estás creándote en la cabeza.

—No me importa, Dan. Yo lo sé; ella y yo lo sabemos. Estaba de camino y llegó tan cansada que se quedó aquí sólo como si fuera un hospital, o una posada cualquiera. Ahora se encuentra mejor y desea reanudar su camino. Pero es tan educada y comprensiva que no quiere herirnos. Pero en su corazón desea marcharse. No es feliz aquí.

El anciano no respondió. Se golpeó la palma de la mano con la pipa de arcilla y miró fijamente a la perra. Finalmente dijo:

—Muy bien, Daily, tienes razón.

Hay gente cuyos corazones están tan repletos de un sucio terror que en cuanto ven a un perro con un poco de saliva colgando de la comisura de los labios salen corriendo y gritando: «¡Un perro rabioso, un perro rabioso!». Hay otros para quienes cualquier criatura de paso es un enemigo que debe ser hostigado a pedradas en su camino. Pero hay otros —a quienes la raza canina debe estar agradecida, pues tienen afecto y comprensión en sus propias vidas— que restablecen la dignidad y el honor en las relaciones entre el hombre y el perro.

La pareja de ancianos que a la tarde siguiente miraban sentados a *Lassie* pertenecía a esta última categoría. Cuando fueron casi las cuatro y *Lassie* se levantó, la siguieron con la mirada.

Y cuando *Lassie* fue hasta la puerta y luego hasta la ventana, sus miradas se cruzaron.

—Bien —dijo el anciano.

Eso fue todo. Ambos se pusieron en pie. La anciana abrió la puerta. Uno junto al otro siguieron a *Lassie* hasta la carretera.

Allí la perra se quedó quieta, como si no comprendiera que su gran deseo podía finalmente ser satisfecho. Se volvió a mirar a la anciana, cuyas manos la habían acariciado y curado y alimentado.



Por un momento la anciana deseó llamarla, ordenarle que volviera y tratar una vez más de vaciar su mente de recuerdos. Pero era demasiado honesta. Alzó la cabeza y su voz avejentada resonó claramente:

—Está bien, perrita, si tienes que marcharte hazlo ahora.

De toda la frase, *Lassie* comprendió la palabra «marcha», «marcharte». Eso era lo que quería. Se volvió, lanzó lo que podría ser una mirada de adiós y se puso en marcha, no carretera arriba en dirección este, ni carretera abajo hacia el oeste, sino justo por en medio de los campos. Otra vez iba camino del sur.

Se puso al trote, al mismo trote que tan valerosamente la había llevado a atravesar las Highlands de Escocia. Ni rápido ni lento, sólo uniforme y que le permitía ganar milla tras milla, hora tras hora. Así pues, a través de los campos, llegó a una cerca y saltó al otro lado.

En la carretera, la anciana permanecía con el mentón muy firme. Alzó la mano, la agitó y dijo:

—Adiós, Su Señoría, adiós y buena suerte.

Mucho después de que la perra hubiese desaparecido de su vista ella seguía allí, y su esposo la cogió del brazo.

—Está refrescando ya, Daily —dijo—. Será mejor que entremos.

Entraron en la casa y reanudaron la rutina de sus vidas. La mujer preparó la

sencilla cena de todos los días. Encendió la lámpara.

Se sentaron a la mesa. Pero ninguno de los dos comió.

Entonces el hombre alzó la mirada y dijo con simpatía:

—Esta noche, Daily, voy a poner la lámpara en la ventana. No fuera que sólo hubiese salido a dar un largo paseo. Y si quisiera encontrarnos de nuevo…

Él sabía que la perra no volvería nunca, pero creyó que su esposa se sentiría mejor si decía eso. Sin embargo, dejó de hablar, porque al alzar la mirada vio a su esposa con la cabeza inclinada, llorando. Se levantó rápidamente.

—Vamos, vamos, Daily —dijo—. Vamos.

La rodeó con su brazo y le dio unas palmadas de consuelo.

—Venga, no te desesperes, Daily. Escucha lo que voy a decirte. Tengo ahorrados un par de chelines y voy a coger unos cuantos huevos para llevarlos al mercado. Conozco un lugar donde venden perros. Te compraré otro, ¿quieres? Un hermoso perrito que querrá estar contigo en vez de escaparse.

—Bueno, en realidad Su Señoría era demasiado grande y…, bueno, cuando son tan grandes comen mucho, y en cambio uno pequeño…

La anciana alzó la mirada. Quiso gritar las palabras que un amante de los perros siempre dice cuando su animal se ha ido: «¡No quiero nunca más un perro!».

Pero por consideración a su esposo no las dijo.

—Bah, cuesta mucho alimentarlos, Dan.

—Sí, por supuesto. Y un perrito, o quizás un gato, apenas cuesta nada…

—¡Eso es, Dan! Cómprame un gatito.

—Sí, uno que esté siempre enroscado junto al fuego y te haga compañía. Eso es. Compraré un hermoso gatito, el más hermoso que se haya visto jamás. ¿Qué te parece?

La anciana le miró.

—Daniel, eres muy amable conmigo.

Entonces se limpió las lágrimas y sonrió.

—Claro que sí. Pero aquí estamos nosotros hechos un lío y el té enfriándose.

—No podría comer, Dan.

—Bueno, bebe al menos una taza de té.

—De acuerdo —dijo ella—. Una buena taza de té nos reconfortará a los dos.

—Es cierto. Y el sábado tendremos el gatito más hermoso que nunca hayas visto. ¿Verdad que será bonito?

La anciana sonrió valerosamente.

—Sí, será muy bonito —dijo.

EN EL CAMINO CON ROWLIE

Rowlie Palmer acabó de afeitarse y limpió su anticuada navaja de afeitar. Era un hombrecillo alegre, con una cara que parecía llena de botones: sus ojos eran como botones, sus estropeados labios eran como botones y tenía la frente y la barbilla llena de bultos y granos semejantes a botones.

La semejanza «botonil» se llevaba a la práctica en las vestiduras. Vestía una especie de camisa de lana dotada de botones de nácar en todos los espacios posibles. Encima llevaba una curiosa chaqueta con mangas de cuero sobre las que lucía numerosos botones de latón que, vistos más de cerca, mostraban claramente que en un tiempo habían pertenecido al ejército de Su Majestad.

El rostro y la figura de Rowlie eran muy conocidos en todo el norte de Inglaterra, porque era un cacharrero ambulante. Vivía en un carretón arrastrado por un caballo que transportaba sus mercancías y viajaba lentamente por todos los caminos. Cuando llegaba a un pueblo sacaba un recio bastón y se ponía a dar golpes contra un enorme cacharro de vidrio marrón y amarillo. El resultado era un sonido tan rico en tonalidades como el de una campana. Y Rowlie alzaba la voz y cantaba:

—¡Aquí llega Palmer el Buhonero y Cacharrero!

¡Tazas y ollas, las tengo a montones!
¡Traiga su dinero, o no conseguirá ninguna!
¡Tazas y ollas!

Le gustaban esas espectaculares entradas en las ciudades del norte, golpeando vigorosamente y con grandes aspavientos el enorme cacharro. No dejaba de darle orgullosos golpes por dos razones: para avisar que había llegado, y para demostrar la calidad de su mercancía, que no se rompía ni a fuerza de golpes.

Cubría la ruta una vez al año. Cuando se iba quedando sin existencias, daba media vuelta y regresaba a su pueblo donde su hermano mayor, Mark, fabricaba los cacharros. Mark levantaba la vista y le saludaba con la cabeza desde su gran rueda de alfarero en el barracón donde moldeaba sus anticuados utensilios. Rowlie reponía todo el surtido de mercancías: desde las diminutas tacitas donde un niño podía tomar su *porridge*, hasta las enormes tinajas de casi un metro de diámetro en las que las amas de casa del norte gustaban de amasar el pan, o bien bañar a sus bebés. Cargaba su carromato con esas cosas marrones y amarillas, tan brillantes a causa de su tosco vidriado, y salía de nuevo a los caminos.

—Bueno, me marcho —decía.

Mark le miraba y le saludaba, y luego volvía al trabajo.

Una vez fuera Rowlie reanudaba su marcha, viajando de día y sacando a *Bess* a un lado del camino para buscar un buen lugar donde acampar por la noche.

Era una vida confortable y feliz, porque Rowlie tenía en su carromato un hogar en el que no le faltaba de nada. Era increíble que en un lugar tan reducido y atestado se pudiese vivir. A veces, como un gran favor a sus clientes, Rowlie les dejaba visitar su cuartel general. E incluso las mejores amas de casa, al ver su carromato, se admiraban de su limpieza.

Había un lugar para cada cosa. Un sitio para la navaja que ahora limpiaba. Otro para la palangana. Un gancho para la toalla.

El camastro estaba arreglado, el desayuno terminado y los platos lavados. *Bess* estaba enganchada y el costal de avena se balanceaba debajo del carromato. Rowlie tomó asiento.

—¡Vamos, *Bess*! —gritó.

Una vez en el camino saltó del pescante y se puso a caminar junto al carromato. Bastante tenía *Bess* con arrastrar el vehículo como para encima cargar con su peso. Y le gustaba caminar, a menos que hiciese mal tiempo.

Pero el tiempo era excelente. Rowlie se puso a cantar al tiempo que la neblina matutina se despegaba del suelo:

¡Oh, padre, padre, cava mi fosa,
y cávala con la pala de tu jardín,
y pon encima una tórtola
para demostrarles que he muerto de amor!

Era una canción triste, pero a Rowlie no le importaba. De hecho nunca la había comprendido. Su propia voz era su única compañía en su solitaria vida de pueblo en pueblo. Sus compañeros eran *Bess*, la yegua, y *Toots*. Y *Toots* era única, como él decía. Ahora iba sentada en el pescante. Era una perrita blanca que podía haber sido caniche, fox terrier, pomerania o Skye terrier, pero era todo eso al mismo tiempo.

Toots era casi tan popular como Rowlie. Podía ponerse en pie sobre las patas traseras encima de una olla al revés y sostener una tacita con la nariz. Podía saltar sobre una bola de madera y hacerla rodar caminando sobre ella y, además, balanceándose. Podía saltar a través de aros, etc.

Siempre que Rowlie llegaba a un pueblo montaba un espectáculo con *Toots,* pero no para ganar dinero como lo haría un truhán, sino porque le gustaban las risas y la alegría de los niños que se arremolinaban.

Entre pueblo y pueblo *Toots* solía ir regiamente sentada en el pescante, igual que ahora iba, mirando el camino mientras Rowlie cantaba su doliente historia acerca de una desdichada doncella de aldea.

Pero su pensamiento no estaba con las palabras. En lugar de eso, sus sentidos, siempre alerta, se dirigían hacia el mundo en derredor. Viajando y viviendo al aire libre, Rowlie conocía muy bien su mundo: dónde anidaban las urracas, cuándo iban y venían las golondrinas. Ningún cazador de aquellos contornos tenía una vista tan

aguzada como la suya para decir si tal rastro era de un zorro.

Y esa mañana, como de costumbre, sus ojos estaban alerta y sus sentidos despiertos. Bruscamente dejó de cantar. Caminando junto a la carreta en marcha se subió al escalón situado bajo las lanzas. Y continuó así, con el cuerpo pegado a la parte delantera del vehículo. Mientras tanto, observaba. Lo que se acercaba era un perro, cruzando derechamente un campo en dirección a la carretera.

Venía directo, como si el carromato fuese un accidente de la naturaleza, o un árbol o un ciervo. Rowlie lo sabía, y por eso mantuvo su cuerpo pegado al carromato. Sólo se dijo para sí mismo:

—¿Qué andas haciendo, eh?

El perro continuó acercándose hasta que, aprovechando un lugar donde no había seto, salió a la carretera justo cuando pasaba el carro.

—Bien, ¿qué es lo que andas buscando? —dijo Rowlie en voz alta.

El perro alzó la cabeza y volvió a cruzar la cuneta en dirección al campo.

—No te gusta la compañía, ¿eh? —dijo Rowlie.

Saltó del escalón y empezó a caminar de nuevo. Siguió al perro con los ojos, que ahora iba por delante y a su izquierda, pero avanzando paralelamente. Pero vio cortado su paso por un arroyo. Se volvió de nuevo hacia la carretera para cruzar por el puente.

Rowlie trepó a la carreta y, cuando salió, llevaba en la mano unos trocitos de hígado. *Toots* alzó la cabeza y movió su indescriptible cola.

—No es para ti, señorita —dijo Rowlie.

No perdió de vista al perro. Éste iba a llegar al puente al mismo tiempo que el carromato.

—Está bien, haremos como que no te vemos esta vez —dijo en voz alta.

Y empezó a cantar más alto aún:

Mi anciano padre solía decirme,
voy a darte un buen consejo:
el corazón sencillo, pero
muy muy denso…

Y luego:

—¡Venga, *Bess*, por ahí! No, no te metas en la cuneta. Tuerce un poco. ¡Eso es!

Y:

Tienes la cabeza llena de aspiraciones
pero no llena de sentido.
El corazón sólo sabe…

Así cantando, controlando la velocidad de su caballo, Rowlie llegó al puente al mismo tiempo que se acercó el perro. Continuó cantando en voz alta, haciendo como que no lo veía. El perro se detuvo como para dejarle pasar primero. Rowlie no volvió la cabeza. Pero en cambio movió la mano para que el olor del hígado se expandiera por el aire. Como sin darle importancia tiró un pedazo. Entonces cruzó el puente. Medio volviendo la cabeza, miró a ver qué hacía el perro.

Detrás, sobre el puente, *Lassie* se acercó lentamente al pedazo de carne. Su aroma parecía llenar el aire. El hambre puso a trabajar sus glándulas y se le llenó la boca de saliva. Se acercó más. Agachó el hocico para tocar la carne.

Pero el entrenamiento de años también llegó. Sam Carraclough le había enseñado a no comer desperdicios. Lo había hecho arrojando pequeños trozos de carne en diferentes lugares, poniendo en cada pedazo unos granos de pimienta roja. Siendo un cachorro, *Lassie* se había puesto a comer esos pedazos de carne sólo para descubrir que eran como pequeñas bolas de fuego. Además, mientras le ardía la boca, había sido reñida por su amo:

—Es una crueldad hacer eso —le había dicho Sam Carraclough a su hijo—, pero es la única forma que conozco de enseñarles… y prefiero que un cachorro pruebe la pimienta roja antes que criar a un perro para que muera debido a la carne envenenada que algún mal nacido pueda darle.

Esa lección seguía viva en *Lassie*.

¡Un perro no debe comer pedazos de comida tirada por desconocidos!

Sin embargo, el hambre era más fuerte que su entrenamiento. Su hocico tembló. Olió el pedazo de hígado. Entonces se volvió bruscamente. Dejó el pedazo de carne y cruzó el puente.

Delante suyo, Rowlie Palmer movió la cabeza desde el carromato.

—Un buen perro y bien entrenado —dijo—. Mejor para ti, amigo mío. Pero ya veremos…

Continuó cantando, pero también agitando el hígado en el aire para dejar un rastro que para un perro era un inequívoco y delicioso aroma.

Y *Lassie* caminaba ahora sobre ese rastro de comida. Al otro lado del puente su primer impulso fue salir de la carretera y volver a avanzar por los campos. Pero no quiso abandonar el rastro de la olorosa comida. Siguió trotando, cruzó la cuneta y empezó a viajar ligeramente por detrás, pero en paralelo al carromato.

Rowlie Palmer le cantó alegremente a *Toots*:

Hay una perra que es tímida y sagaz,
pero creo que se está acercando.
Sí, por más que sea miedosamente lista,
el miedo le iremos quitando.

—¿Qué tal esa rima, *Toots*? ¿Te gustaría tener una compañera? Ya veremos.

Rowlie Palmer continuó viajando a lo largo de la carretera. De vez en cuando, al volver la cabeza podía ver a la ovejera siguiéndoles por los campos. A veces la perdía de vista durante un buen rato. Pero siempre reaparecía para acercarse un poco más al carromato y al hombre que parecía no prestarle la menor atención.

Así transcurrió la mañana, mientras cruzaban unas tierras bajas y desiertas. Cuando el sol subió a lo más alto, Rowlie sacó el carro del camino.

—Es hora de tomar un bocado, *Toots* —dijo.

Rápidamente sacó un infiernillo y encendió fuego. Puso agua a hervir para hacer té. Luego calentó una olla de estofado. Cortó unos pedazos de hígado y los puso en un plato para *Toots*. Luego comió él. Todo el tiempo estuvo mirando a la ovejera, que cada vez se acercaba más. De forma ostentosa le fue echando pedacitos de hígado a su perrita. Vio que la ovejera, sentada unos metros más allá, seguía con la mirada todos los movimientos de su mano. *Toots* ladró hacia ella, con voz chillona, un par de veces, pero Rowlie la tranquilizó de inmediato. Cuando acabó de comer, se levantó.

—Bueno, conocemos uno o dos trucos, ¿verdad, *Toots*? —dijo—. Ya veremos si quiere comer o no.

Cogió del almacén un recipiente plano. Lo llenó con trozos de hígado. Y con la misma indiferencia que si fuera un acto repetido durante años, recorrió la mitad de la distancia que le separaba de la ovejera y dejó el recipiente en el suelo.

—Aquí tienes tu comida —dijo—. ¡Acábatela!

Lassie le vio regresar hacia el infiernillo. Entonces, viendo que él no parecía prestarle atención, se incorporó y lentamente fue acercándose al recipiente.

¡Un perro no debe comer desperdicios!

Pero esta vez era diferente. No se trataba de desperdicios. Estaban puestos sobre un recipiente. Ésa era la diferencia. El recipiente. Pues cuando un hombre ofrece comida en un recipiente, quiere decir que un perro puede comer sin miedo. Seguro que no encontrará bolas de fuego en su interior.

Lassie agachó la cabeza lentamente. Cogió un pedazo de carne con sus dientes delanteros y lo engulló. Después, con la alegría de comer otra vez, se lanzó sobre el recipiente. Lo dejó limpio. Incluso lo lamió. Después se sentó y miró al hombre como diciendo:

«Bien, como aperitivo no ha estado mal. Pero ¿dónde está la comida?».

Rowlie sacudió la cabeza y dijo:

—Ah, no. Si quieres más tendrás que venir aquí. ¿Verdad, *Toots*, que te dije que conocía un par de trucos? Échale la comida a la carretera y no la quiere. Pero hay que ponerla en un plato, ése es el secreto. Alguien te enseñó bien, mi querida amiga. Pero ahora debemos seguir nuestro camino.

Le quitó a *Bess* el costal de avena. Recogió el infiernillo y apagó cuidadosamente el fuego. Luego lo apiló todo en el carro. Todo el rato estuvo observando de reojo a la perra, que seguía sentada como si esperase que fuera a producirse el milagro de una buena comida. Y cuando finalmente se puso en camino otra vez, Rowlie Palmer

gruñó de satisfacción, porque la ovejera siguió con él. Y no por los campos sino muy cerca, detrás del carromato. Todavía no demasiado cerca, pero a Rowlie eso ya no le preocupaba. Sabía muy bien que eso ocurriría después.

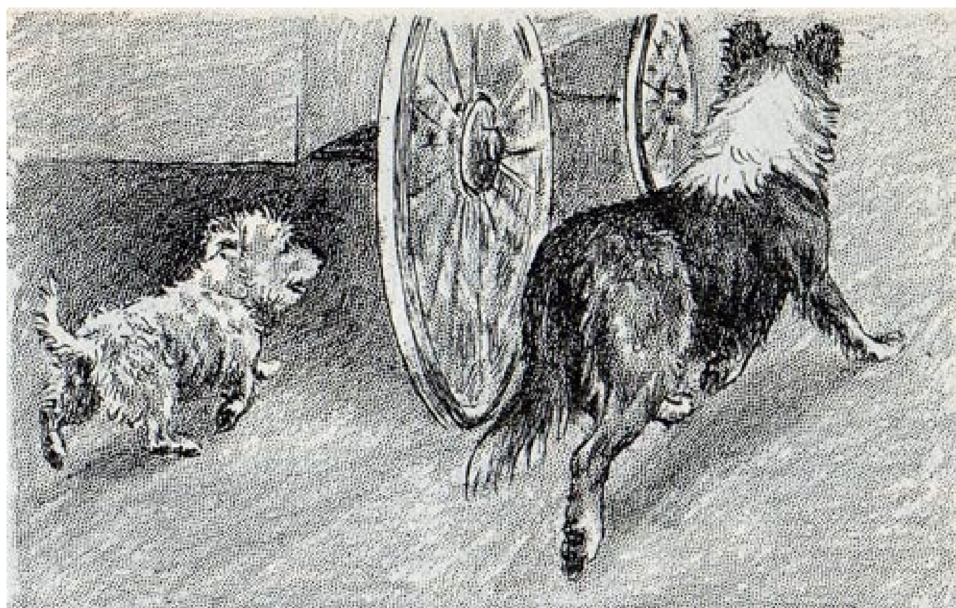
Y cantó alegremente:

Me colgarán del cuello hasta que muera,
sí, me colgarán del cuello hasta que muera,
de la cama me sacarán,
a la horca me llevarán
y colgaré hasta morir ¡malditos sean tus ojos!

Unos días más tarde, *Lassie* continuaba con Rowlie Palmer. Ella trotaba por la carretera siempre unos pasos detrás del carromato. Rowlie trató de enseñarle a caminar debajo del eje trasero, como hubiera hecho un dálmata bien educado en los tiempos del carruaje y el faetón. Pero *Lassie* no quiso saber nada de ello.

Nunca le gustaron los estampidos y demás ruidos de las ciudades, pero hizo como si los ignorase, sabiendo que no iban a durar mucho. Ella estaba satisfecha siempre que Rowlie siguiera hacia el sur. En una ocasión, al llegar a un cruce de caminos Rowlie tomó en dirección este. Algo le advirtió que había perdido una parte de su familia animal. Al mirar hacia atrás vio a *Lassie* sentada en el cruce.

Cada vez que la llamó, ella se acercó unos pasos, pero luego dio media vuelta y regresó al cruce.



Finalmente Rowlie hizo un gesto con ambas manos. Trepó al pescante del carromato, hizo dar media vuelta a *Bess* y tomó hacia el sur por el otro ramal.

—Bueno, después de todo lo mismo puedo ir por Godsey que por Menlip —se dijo afablemente.

Pero después se volvió hacia *Toots*.

—Ya ves qué poca cosa es un hombre frente a las mujeres. Tú, *Bess* y Su Majestad. ¿Qué posibilidad tiene un macho solitario contra vosotras tres? *Bess* quiere ir hacia el norte porque allí está su casa. Su Majestad quiere ir hacia el sur porque sin duda le gusta pasar los inviernos en la Riviera. Y tú… ¡ah, tú!, estás contenta sólo con estar a mi lado. Sí, *Toots*, eres la única que me ama por mí mismo.

Y la perrita agitó la cola, que no era recta ni curva, ni peluda ni sin pelo.

Era una buena vida, siempre viajando por las desérticas carreteras del norte, lejos de los camiones y automóviles que Rowlie odiaba tanto cuando los veía correr por las principales arterias.

—Bien, Su Majestad, ¿podríamos nosotros, gentes de baja extracción, llevar a cabo un trabajo vulgar?

Rowlie se dirigía a *Lassie*, situada detrás del carromato. Ella siguió marchando, no dando muestras de haber oído.

—Ya sé, Su Majestad —dijo Rowlie humildemente—. Hiere sus regios oídos oírme hablar de cosas tales como el dinero, pero incluso nosotros los humildes tenemos que vivir, así que si no le molesta —si no le molesta— *Toots* y yo vamos a ganar un poco de dinero.

Encantado con su propia representación, Rowlie se descubrió ante *Lassie* y le hizo una reverencia. Después se volvió hacia el carromato, cogió el recipiente más grande y el bastón. Empezó a golpear fuertemente en cuanto se aproximaron a la primera casa.

El repiqueteo como de campana se extendió por toda la aldea. La voz de Rowlie sobresalió:

¡Tazas y ollas, las tengo a montones!
¡Traiga su dinero, o no conseguirá ninguna!
¡Tazas y ollas!

Las mujeres salieron a las puertas y Rowlie las saludó. Detuvo su carromato en el centro del pueblo, mientras las amas de casa palpaban su mercancía y discutían o bromeaban acerca de los precios. Rowlie gritaba:

—Son tan fuertes que no pueden romperlas.

—Pues a mí se me ha roto la que compré el año pasado —contestó una mujer.

—Bueno, alguna vez tienen que romperse —respondió Rowlie con ojos chispeantes—. Si las vendiera absolutamente irrompibles ustedes no querrían nunca una nueva, y ése es mi negocio justamente.

Hizo un gesto pícaro y las mujeres gritaron y se echaron a reír mirándose unas a otras.



—¡Menuda pieza es este Rowlie Palmer!

—Y ahora —dijo Rowlie cuando se acabaron las ventas—, ¿quién quiere ver a mi perrita hacer unos números?

Los niños gritaron y aplaudieron. Rowlie sacó del carromato las cosas y las preparó. *Toots* se subió ágilmente al pescante. Rowlie batió palmas. Pero no ocurrió nada. La perrita esperaba sentada.

—¿Qué te sucede? —le preguntó Rowlie—. ¿Esperas a alguien? ¡Ah, ya comprendo! Su Majestad no na venido todavía para ver la función. Bien, aquí llega.

Amistosamente llevada por Rowlie, *Lassie* dio una vuelta y se sentó. Rowlie le dio como premio un pedazo de hígado.

—Bien, ahora que finalmente ha llegado Su Majestad podemos empezar, ¿no os parece?

A una señal de su amo, *Toots* ladró excitadamente y empezó su actuación. Saltó a través de unos aros, dijo claramente la edad que tenía, se hizo «la muerta», eligió a la chica más guapa de las presentes; todo ello obedeciendo a órdenes secretas de Rowlie. Finalmente ejecutó su mejor truco, caminar sobre la bola de madera llevando en la boca una banderita nacional.

—¿Y la ovejera no hace nada? —preguntó un niño.

—No creerás que vas a ver actuar a una reina, ¿verdad? —repuso Rowlie—. Pero lo intentaremos, aunque parece estar en huelga.

Lassie continuó sentada, sin pestañear.

Rowlie se acercó a *Lassie* llevando a la perrita *Toots* en brazos.

—¿Le gustaría hacer algún número? —preguntó.

Lassie no se movió.

—¿Le importaría recoger estas cosas ahora que la estrella ha terminado?

Lassie continuó sentada.

—¡Recoge esas cosas! —ordenó Rowlie con voz tronante.

Pero *Lassie* pareció no haber oído. Los niños se rieron estrepitosamente. Rowlie se rascó la cabeza aparentando una gran decepción. De pronto sus ojos se iluminaron. Apuntó con el dedo a los niños. Luego se volvió hacia *Lassie*.

—¿Tendría a bien Su Majestad, como un favor personal hacia mí, molestarse en recoger estas cosas?

Esta vez hizo una señal con su mano —pues las palabras no tendrían objeto en el truco— y *Lassie* se levantó orgullosamente. Empujó la bola de madera con el hocico en dirección al carromato. Luego recogió uno por uno los aros y los apiló a la puerta. Rowlie le hizo una reverencia. *Lassie* le contestó con otra, estirando mucho las patas delanteras, como hacen los perros al desperezarse.

—¿Lo habéis visto? —les dijo Rowlie a los niños—. No olvidéis nunca pedir las cosas por favor y obtendréis más en la vida. Y tampoco os olvidéis de Palmer el Buhonero. Volveré el año que viene. Gracias.

En el pueblo se agitaron muchas manos y la caravana partió. Rowlie se sentía satisfecho. *Toots* se acurrucó cómodamente en el pescante. *Bess* avanzaba con su sostenido caminar. *Lassie* trotaba detrás; indiferente. Estaba contenta de ponerse en camino otra vez. Le disgustaban los pueblos y nunca acabaron de complacerle las funciones en que tan pequeña intervención tenía. Le pasaba lo contrario que a *Toots*, la cual disfrutaba con los juegos y apenas si podía esperar para ejecutarlos. *Toots* era una perra malabarista por nacimiento. *Lassie* no era de esa clase.

Rowlie Palmer lo sabía. Y miró hacia *Toots*, que yacía medio dormida.

—Es una hermosa perra que se ha escapado de alguna parte, pero nunca llegará a ser tan lista como tú, corazón mío, ¿verdad que no?

Toots llevó a cabo una especie de retorcimiento que pretendía ser un agitar de la cola.

Rowlie terminó su cena y arregló la caravana de nuevo.

—Sí, ya lo sé, no quieres volver a caminar —le dijo a *Bess*—. Pero esta vez tenemos un buen trecho y necesitamos dejar atrás una parte del camino. Hay suficiente claridad.

Rowlie alzó los ojos otra vez. Había una luna muy clara, pero en el ambiente se notaba una cierta crispación.

—O mucho me equivoco o nos espera un tiempo asqueroso. Luego se nos echará

encima el invierno y tendremos que volver a casa. Así que vamos a toda marcha, a ver si hacemos unas cuantas millas esta noche.

Volvió a meter el carromato en el camino y al poco se oyeron los *clop clop* incansables de *Bess* contra el duro pavimento. *Toots* dormía ruidosamente en el pescante. Feliz de estar otra vez en camino, *Lassie* trotaba cerrando la caravana.

Rowlie calculaba mentalmente. A unas cuatro horas de distancia, antes de las diez de la noche, llegarían a ese lugar de acampada cercano a los bosques de Apden. Haría bastante frío allí. Una buena taza de té para caldear el ánimo y a la cama, para estar en pie con el primer sol de la mañana.

UN CORAZÓN GENEROSO Y UN ADIÓS

Los dos hombres venían por el camino, que los árboles tornaban más sombrío al tapar la luz de la luna.

—Bueno, Snickers, si no te gusta ya sabes lo que tienes que hacer.

El que hablaba era un hombre corpulento y grueso. Sus hombros se arqueaban bajo la chaqueta de piel de topo. Bajo el gorro puntiagudo surgía una cara ancha, de mandíbulas cuadradas. El otro era más bajo y de rostro alargado. De la punta de su larga nariz colgaba una gota que siempre parecía haber estado ahí, por mucho que la sorbiera.

—Me pones enfermo, Snickers, siempre gruñendo. Te dejo ser mi compañero, te dejo viajar conmigo, procuro que saques la mejor tajada posible a la vida y ¿qué consigo con todo esto? Gruñidos, gruñidos, siempre gruñidos. Que si estás cansado, que si te duelen los pies, que si tienes frío. ¡Maldito seas!

—¡Eh, Buckles, mira!

El grandón detuvo su andanada y miró en la dirección que el otro le señalaba. A través de la oscuridad se veía brillar una luz. Buckles se restregó lentamente el dorso de la mano contra la boca. Miró en derredor. Junto al camino vio una gruesa rama de árbol. Abrió la navaja y se puso a usarla hábilmente, cortando los restos sobrantes. Finalmente, pareció satisfecho. Balanceó el garrote en la mano. Vio que Snickers había hecho lo mismo.

No habían pronunciado una palabra. Buckles se limitó a mover la cabeza y ambos se pusieron en marcha camino adelante. Cinco minutos después estaban acuclillados tras un matorral. El olor a leña quemada les daba de lleno en el rostro.

—«Palmer, viajante de Alfarería» —susurró Snickers leyendo el cartel del carromato—. Es un simple mercachifle ambulante.

—Mercachifle —resopló Buckles—. Entonces lo llevará todo encima.

—Así es, Buckles. Siempre lo lleva encima.

—Entonces vamos.

Buckles se levantó y empezó a avanzar furtivamente. Pero no había dado ni diez pasos cuando resonó el aullido amenazador de un perro, que gritaba dando la alarma.

—Tiene un perro —cuchicheó Snickers.

—¿Y eso qué importa? —repuso Buckles.

Salió al descubierto, ahora que esconderse ya no tenía objeto, y se dirigió directamente hacia el fuego.

—Sujeta a tu perro, amigo —dijo Buckles—. No vamos a hacerte nada.

Mientras se acercaba al fuego, *Lassie* ladró. Él se dirigió hacia *Lassie*, pero ésta escapó. Rowlie trató de cogerla, pero le eludió a él también, y permaneció en el límite de la luz del fuego, gruñendo. Entonces resonó el agudo ladrido de *Toots*.

—¡Quietos! —ordenó Rowlie a los perros—. ¡Quietos los dos!

Los perros continuaron gruñendo sordamente. Entonces Buckles esbozó una

mueca que quería ser una sonrisa. Oyó a Snickers detenerse a su espalda.

—Gracias, compadre —dijo Buckles en lo que él creía ser un tono amistoso y apaciguador—. ¿Qué está tomando? ¿Té? Espléndido. ¿No podría pasarles un par de tazas a dos compañeros sin hogar que andan buscando trabajo?

Avanzó sonriente.

Rowlie se levantó de un salto. Las palabras de Buckles no le habían engañado. Había viajado solo tantos años que sabía leer en el carácter, o la ausencia de éste, en los hombres que había ido encontrando en los más apartados lugares.

—¡No, no lo haga! —gritó Buckles.

Saltó para interponerse entre el buhonero y el carromato que aquél trataba de alcanzar. Balanceó el garrote, sonriendo. Todo disimulo había desaparecido.

—Venga, ¿dónde lo tienes? —preguntó engañosamente—. Si eres amable y nos lo entregas sin buscar líos no te haremos nada, ¿verdad que no, Snickers?

—No, no le haremos nada.

—Naturalmente que no. Pero si quiere líos…, por más que lo lamentemos, naturalmente, se lo tendremos que quitar. ¡Venga! ¿Dónde está?

—¡Esto es lo que os voy a dar! —gritó Rowlie.

Dejó la frase sin concluir y de un salto repentino llegó junto al carro. Se hizo con su propio garrote. Se apoyó de espaldas al carromato y se escupió las manos. No hablaba, ni falta que hacía.

—Así que lo prefieres a las malas, ¿eh? —resopló Buckles—. Está bien, como quieras.

Golpeó con su bastón. Pero Rowlie paró el golpe y se lo devolvió, lastimándole a grandullón los nudillos. Buckles rugió de ira.

—Vamos, Snickers, no te quedes ahí parado. Da la vuelta y atácale por el otro lado y no seas cobarde.

Los dos hombres cargaron al unísono y Rowlie, con la espalda apoyada en el carromato, trató de mantenerlos alejados. Los golpes empezaron a llover sobre su cabeza y sus hombros. Estaba a su merced.

Desesperado, se volvió hacia *Lassie*, que ladraba al otro lado del fuego.

—¡Venga, a por ellos! —ordenó.

Lassie tomó impulso y, súbitamente, atacó al más grande. Pero éste se volvió y le propinó un garrotazo. El golpe la alcanzó en el lomo y casi la derribó. Durante un instante la pelea se detuvo y los hombres se volvieron hacia la perra. La vieron inmóvil, mirándoles a ellos.

En la mente de *Lassie* surgían impulsos contradictorios. Pero uno de ellos se impuso a los demás.

Ahí estaban nuevamente esos hombres cuyas manos significaban maldad, que podían herir y causar dolor, manos que podían capturar y encerrar. Ésos eran los hombres que debía evitar, como tantas veces había hecho. Un perro debía huir sin ser visto por ellos.

En ese momento Buckles avanzó medio paso hacia ella y alzó el garrote.

—Vete de aquí si no quieres que te pegue otra vez —gritó.

Lassie huyó. Se introdujo en la maleza y se perdió entre los árboles.

—¡Vaya perro! —gritó Buckles volviéndose hacia Rowlie—. Ya ves, compañero, ni siquiera tu mejor amigo quiere recibir otro garrotazo por ti. ¡Qué maldito perro! Anda, venga, entréganoslo por las buenas y lo pasado, pasado.

La mirada de Rowlie, que había seguido a *Lassie* hasta los árboles, se volvió hacia los dos nombres. Se escupió en las manos y se animó a sí mismo.

—Venga, venid a por ello —dijo obstinadamente.

Los dos hombres se aproximaron cautelosamente a Rowlie. Andaban con prudencia, porque el buhonero no desfallecía, y con la espalda pegada al carro podía dominar todo un semicírculo delante suyo. Y mientras peleaba, parando y contragolpeando con su bastón, su perrita, *Toots*, fiel a su amo, se lanzó hacia adelante dispuesta a defenderle.

Daba pena ver lo poco que podía hacer la perrita, y casi daba risa ver la forma de lanzarse al ataque ladrando y chillando como una bolita blanca. Atacó furiosamente y finalmente se las arregló para clavar sus dientecillos en la pantorrilla del hombretón.

Tras un segundo de sorpresa, Buckles se deshizo del animal propinándole un puntapié.

—¡Maldita rata! —dijo.

La perrita se lanzó de nuevo al ataque y Buckles, levantando su bastón, la golpeó de nuevo. El cuerpecito salió por el aire, muerto y quebrado, en dirección a los matorrales.

Loco de furia por lo que acababa de ver, Rowlie atacó e hizo retroceder a los dos hombres con su frenética embestida. Blandía iracundo su arma y por un momento pareció que iba a hacer huir a los dos hombres.

Y, en efecto, éstos retrocedieron. Pero su propia ira fue la causante de su ruina, puesto que al abandonar la protección del carromato fue atacado por ambos lados a la vez. Enfurecido por los golpes del buhonero, Buckles le arrancó el bastón de un golpe y con un demoledor bastonazo en el hombro le hizo doblar la rodilla. Tratando de levantarse, el buhonero se cubrió con ambos brazos. Sintió que le daban un golpe desde atrás. Dio media vuelta y agarró a Snickers por el cuello. Pretendía que un enemigo le sirviera de escudo contra el otro hasta que se aclarasen sus sentidos. Sintió un reguero de sangre caliente cayendo sobre su ojo izquierdo y comprendió que estaba malherido en la cabeza.

Cuando *Lassie* desapareció en la maleza impulsada por la amenaza del bastón de Buckles, se alejó del fuego trotando y automáticamente se dirigió al sur.

Pese a todo, mientras andaba no sintió esa calma característica que la apaciguaba cuando iba en la dirección deseada. De alguna manera confusa sabía que algo no andaba bien.

Se detuvo y miró hacia atrás. Allí estaba el fuego, ahora apenas visible. Sus oídos

captaron dolorosamente los gritos de los hombres y los ladridos de *Toots*. Por encima de todo fue ese ladrido lo que pareció llamarla, pues era la alarma de un perro que gritaba de rabia y desafío.

Lassie trazó un semicírculo, deslizándose por entre la maleza, y regresó. Finalmente se detuvo en la loma. Los gritos de *Toots* habían cesado. *Lassie* podía ver las sombras gigantescas de los hombres bailando en torno a éstos. Y vio a Rowlie caer al suelo.

En su interior luchaban dos fuerzas opuestas. Una la impelía a huir de los hombres, otra a defender su hogar. Y el carromato y el campamento eran, hasta cierto punto, su hogar. Y esta última fuerza era más antigua, una fuerza atávica. Huir de los hombres era una costumbre reciente, surgida en los últimos meses. Y, de repente, se impuso el atavismo.

No era de una raza feroz y nunca en su vida había atacado a un hombre. Sin embargo, una vez que su convicción se apoderó de ella, ni dudó ni se entretuvo. Emitiendo un gruñido amenazador que surgía de su pecho, y con el pelo erizado se lanzó desde la loma.

Los hombres que luchaban en torno al fuego supieron del regreso del perro, porque una figura peluda cruzó la zona iluminada como un rayo para ir a golpear a Buckles en el pecho. La misma fuerza de la embestida derribó al grandullón. *Lassie* no se detuvo. Salió del círculo de luz, giró por detrás del matorral y regresó en dirección opuesta. Corrió hacia Snickers, todavía dolorido por el golpe de Rowlie, y le lanzó una dentellada a la pierna mientras pasaba.

El impulso de su carrera hizo que sus colmillos se hundieran en la carne, y la noche se llenó de los gritos de dolor de Snickers.

Lassie volvió de nuevo contra Buckles.

—Así que has vuelto —murmuró éste.

Creyendo que volvería a huir como antes, la atacó. Pero *Lassie* esquivó el bastón y al pasar desgarró la pierna del hombre. Cada vez atravesaba el espacio iluminado, atacaba, desaparecía en la sombra y volvía a atacar desde el lado contrario. Cada vez que aparecía, mordía sin detenerse, como suelen hacer los ovejeros.

Gritando valerosamente, Rowlie se lanzó con renovado vigor y empezó a apalear a los dos ladrones. Los persiguió en torno al fuego. Y ambos descubrieron que si lograban esquivar al buhonero, allí encontraban a *Lassie* que venía siempre en una dirección distinta, corriendo desde la oscuridad y mordiendo con sus agudos colmillos para desaparecer antes de que ellos pudieran golpearla.

A veces parecía que hubiera dos o tres perros, porque no importaba la dirección que tomasen, siempre había uno atacándolos desde un lugar diferente.

Se encontraron indefensos ante tales tácticas. Finalmente, cansados y molidos, trataron de huir. El primero en escapar fue Snickers, sin pensar en su compañero. Huyó del espectro que le lanzaba tan terroríficas dentelladas a las piernas. Se fue ciegamente a través de los matorrales, loco de terror. No tardó en oír un estrépito a su

espalda. Era Buckles corriendo alocadamente, hacia cualquier sitio, en cualquier dirección con tal de librarse de ese demonio que atacaba tan eficazmente sin que pudiera ser golpeado a su vez.

Desde la oscuridad que dejaba a su espalda, Snickers oyó un horrible y angustioso grito. Luego llegó hasta él la voz del buhonero.

—¡Ven aquí! ¡Ven! ¡Déjalo ya! Aunque no se merece otra cosa, no quiero que lo mates. ¡Ven aquí!

Snickers siguió huyendo. Estaba solo y sin amigos. No quería encontrarse con Buckles, que seguramente le acusaría de deserción en momentos de necesidad, y tampoco tenía ningunas ganas de encontrarse con el buhonero o su perro.

Snickers decidió que quien viaja solo viaja más rápido. Se dirigió hacia el oeste.

En el campamento, Rowlie se arrodilló junto al cuerpecito blanco. Junto a él, con las patas muy tiesas, *Lassie* le tocó con su hocico.

Rowlie permaneció largo rato en esa posición, inmóvil, mientras a su mente acudían los recuerdos de tantos días en que la perrita fue su única compañía.

Finalmente se levantó, fue al carromato y cogió una pala. Empezó a cavar una pequeña fosa.

Lassie se detuvo en la encrucijada bajo la fría lluvia otoñal. Gimió una vez y vio que el carromato se detenía. El hombre la llamó. Ella levantó las patas en una suerte de danza, pero no se acercó. Finalmente, Rowlie retrocedió.

—Venga aquí Su Majestad —dijo.

Oyó la primera palabra y se dirigió al hombre, que se agachó en el camino embarrado. Durante largo rato estuvo palmeándola y acariciándola.

Después se incorporó.

—Así pues, ¿no quieres venir? —preguntó.

Lassie levantó la cabeza y movió las patas en esa suerte de danza, pero no le siguió.

—Sí —dijo Rowlie—. Quizá sea mejor así. Me gustaría acompañarte, pero casi no me quedan existencias y tengo que volver con Mark para pasar el invierno. Además, nunca estarías bien conmigo, como *Toots*, y siempre me la recordarías. Pero no es que hayas sido una mala perra.

Lassie captó las dos últimas palabras y agitó la cola agradecida.

—Comprendes muchas cosas, ¿eh? Está bien, perdóname, al principio creía que eras cobarde, pero no es cierto. Hay algo más en ti, muchacha, y me gustaría entrar en tu cabeza para saber qué es.

Lassie oyó la palabra «muchacha» y ladró. El buhonero sacudió la cabeza.

—En fin, es una pena. Puedes comprender algo del lenguaje del hombre, pero el hombre no es lo bastante perspicaz como para comprender el tuyo. Y eso que se supone que los inteligentes somos nosotros.

»Bueno, querida, hemos pasado buenos ratos juntos por esos caminos, ¿verdad? Y ahora, se acabó, se acabó. Volveré a estar solo. Sin ti, ni *Toots*. Pero siempre he pensado que si a un hombre no le gusta estar solo no debe aceptar el trabajo de buhonero. Esto es lo que cabía esperar.

Lassie no entendió esas palabras. Lo único que sabía era que la voz del hombre que la había alimentado y acariciado era cálida y agradable. Por eso restregó el hocico contra su mano.

—Esto es el adiós, ¿eh? —dijo—. Bien, pues, mucha suerte. Y ahora vete.

Lassie entendió la palabra «vete». Se dirigió al cruce y se volvió. Desde allí miró hacia atrás. El hombre la saludó.

—Vete ya, y que la suerte te acompañe —gritó.

Estuvo largo rato mirando a la ovejera que se alejaba. La fría lluvia de la tarde golpeaba contra su rostro curtido por la intemperie. Sacudió la cabeza lentamente, como si se dijera a sí mismo que nunca iba a poder resolver ese enigma.

La perra no tardó en perderse de vista. Rowlie regresó silencioso al carromato. Trepó al pescante, arreó a *Bess* y se dirigió al este.

Lassie iba por el otro camino, rumbo al sur. La lluvia chorreaba por su pelaje y el barro salpicaba bajo sus patas.

Una semana más tarde el carromato de Rowlie avanzaba lentamente por una carretera. No cantaba ni caminaba junto al vehículo porque el aire estaba salpicado de blancas escamas voladoras.

Rowlie iba en el pescante, con un lienzo en torno a las rodillas, inclinando su rostro «botonil» frente a la tormenta. Toda su parte delantera parecía casi sólidamente blanca, y delante suyo podía ver el vapor surgiendo de los flancos de *Bess*, mientras ésta avanzaba vigorosamente.

—Sí, así es —dijo Rowlie en voz alta—. Ya sabes que estamos cerca de casa. Me alegro de que así sea, porque ha sido un sucio viaje de regreso. Nada más que lluvia, cellisca y ahora, nieve. He estado fuera demasiado tiempo y mira lo que he conseguido.

Rowlie continuó refunfuñando, pero de pronto dejó de hablar. Su mente regresó al perro que le había abandonado en el cruce de caminos.

—Y bien —dijo finalmente—, ya estoy más cerca de casa. En cuanto a ti, amiga mía, te deseo que encuentres lo que buscas, sea lo que sea. Paz, o lo que sea. Pero estés donde estés, deseo que te encuentres abrigada, caliente y seca. A veces me gustaría verte detrás de mi carromato. Pero es imposible porque, después de *Toots*, ya no quiero más perros. A lo mejor algún día quiera alguno, pero no ahora. Me fue fiel hasta que ellos llegaron, pero tú le eres fiel a otro. Así que buena suerte y te deseo que estés tan cerca de casa como lo estoy yo.

»¡Ya hemos llegado, *Bess*! Esto es Doce Esquinas. Estaremos con Mark a la hora

del té.

Al tiempo que *Bess* caminaba más vigorosamente y el carromato se acercaba a casa, para pasar el invierno, muchas millas hacia el sur, *Lassie* seguía caminando.

Ahora atravesaba un alto y extenso páramo donde el viento soplaba sin tregua. La tormenta de nieve la empujaba desde atrás, levantando de sus costados húmedos jirones de pelo.

Tenía dificultades para seguir avanzando. La nieve se iba espesando y a cada paso le costaba más trabajo levantar las patas del suelo. Finalmente resbaló y cayó. Acurrucándose, se puso a mordisquear el hielo acumulado entre sus dedos. Volvió a intentar avanzar, pero la nieve era demasiado profunda. Comenzó entonces a saltar como un caballo, retrocediendo y saltando hacia adelante, pero no tardó en encontrarse extenuada.

Se detuvo con la cabeza gacha y con la entrecortada respiración saliendo como un chorro de vapor. Levantó la cabeza y aulló. Pero la nieve continuó allí. Volvió a saltar y a retorcerse tratando de pasar sobre los obstáculos. Pero volvió a detenerse sin fuerzas para seguir.



Entonces, alzando la cabeza emitió un largo aullido, el aullido de un perro perdido, aterido y sin ayuda. Fue un largo y agudo aullido que se extendió sobre el páramo desierto y a través de la nieve que caía junto con la oscuridad.

La nieve tapaba los sonidos. No se oía nada en esa árida llanura. Incluso si hubiera habido alguien en los alrededores, no es seguro que hubiese podido escuchar ese grito ahogado por la nieve.

Finalmente *Lassie* cayó en tierra. Una blanca capa de nieve la cubrió suavemente. Y debajo de esa blanca sábana permaneció tendida, exhausta pero caliente.

EL FINAL DEL VIAJE

Sam Carraclough había dicho la verdad cuando a principios de ese año le dijo a su hijo Joe que una larga distancia separaba Greenall Bridge, en Yorkshire, de las propiedades del Duque de Rudling, en Escocia. Yendo en línea recta, son unas cuatrocientas millas.

Pero eso era cierto para un hombre que viniera por carretera o en tren. Pero ¿qué distancia es para un animal que se ve detenido por los obstáculos, que debe rodearlos, perdiéndose, avanzando y retrocediendo hasta encontrar su camino?

Serían mil millas, mil millas a través de tierras desconocidas y que nunca antes había cruzado, sin otro recurso que el instinto para orientarse en la dirección adecuada.

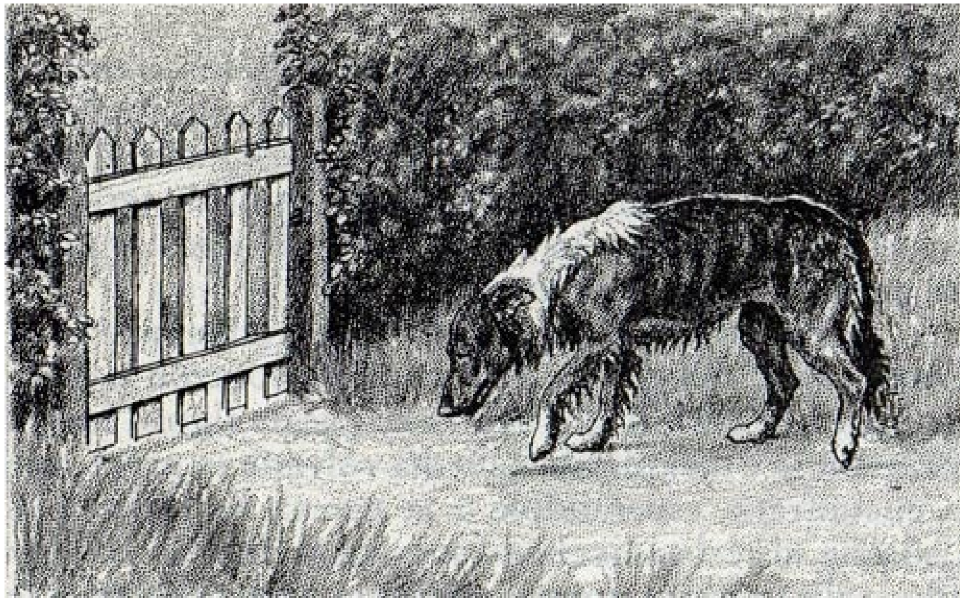
Sí, mil millas de barrancos y montañas, de páramos y serranías, tierras llanas, quebradas y ríos, riachuelos y fuegos; mil millas de acantilados y picos, nieve, lluvia, niebla y sol; de alambradas, cardos, espinas, terrenos duros y rocas bajo sus patas: ¿quién podía apostar a que un perro vencería todo eso?

Y, sin embargo, aunque eso fuera casi un milagro, Joe Carraclough abrigaba en el fondo de su corazón la esperanza de que ese milagro ocurriría: que de alguna forma maravillosa e inexplicable, un día volvería su perra, que la encontraría esperándole a la puerta de la escuela. Cada día, al acabar las clases, sus ojos se dirigían al lugar donde ella lo había esperado siempre, e invariablemente no encontraba nada allí. Y Joe regresaba a casa lentamente, en silencio, impasible como el resto de la gente de su región.

Pero si la esperanza puede morir en un hombre, no ocurre lo mismo con un animal. Mientras viva mantiene la esperanza y la fe. Por eso, cruzando ese día el patio, Joe Carraclough no podía dar crédito a sus ojos. Sacudió la cabeza y parpadeó, y se frotó los ojos con los puños porque creía estar viendo un sueño. Allí, recorriendo las últimas yardas que la separaban de la puerta de la escuela… ¡estaba su perra!

Se detuvo en seco, porque el caminar de su perra era terrible. Al verla avanzar se quedó sin aliento. Podría decirse que arrastraba la cabeza y la cola por el suelo. Cada paso adelante parecía un esfuerzo por separado. Más que caminar se arrastraba. Pero cubrió los últimos pasos, uno a uno, y finalmente el animal llegó a su sitio junto a la verja y cayó al suelo.

Entonces Joe echó a correr. Aunque fuera un sueño, debía hacer algo. Incluso en sueños uno debe actuar.



Corrió a través del patio y cayó de rodillas, y cuando sus manos tocaron y sintieron el pelaje empezó a creer que era real. ¡La perra había venido a buscarle!

Pero ¿qué perra era ésa? No era la costosa ovejera de reluciente pelambre tricolor, con las orejas orgullosamente erguidas sobre la cabeza alargada con su perfecta máscara negra. No era la perra cuyos ojos brillaban alerta y que saltaba para ladrar una alegre bienvenida. Era una perra caída, que trataba débilmente de alzar la cabeza y que no podía erguirse, que trataba de mover la cola desgarrada, toda llena de espinas y cardos, sin fuerzas siquiera para intentar otra cosa que gemir con un débil pero feliz ladrido de bienvenida. Porque, finalmente, sabía que el terrible impulso que la empujaba estaba apaciguado. Estaba en su sitio. Había cumplido su cita de toda la vida, y sentía que la estaban acariciando unas manos que desde hacía tiempo no la acariciaban.

En la Oficina de Empleo, Ian Cawper estaba junto con los demás mineros sin trabajo, aguardando a que fuera la hora del té para regresar a sus casas.

Se podía distinguir a Ian porque era con mucho el hombre más fuerte incluso entre los muchos hombres fuertes que da el Yorkshire. En realidad, pasaba por ser el hombre más fuerte y corpulento de todo el condado. Un hombre grande, pero amable, y a veces muy lento de pensamiento y de habla.

Por eso Ian tardó algo más que el resto en caer en la cuenta de que algo extraordinario estaba ocurriendo en el pueblo. Pero finalmente también él lo vio, vio al niño luchando, medio corriendo, a lo largo de la Calle Mayor, gritando excitadamente y cargando en brazos un gran bulto.

Los hombres se agitaron y avanzaron hacia él. Después, cuando el chico se acercó, le oyeron gritar:

—¡Ha vuelto! ¡Ella ha vuelto!

Los hombres se miraron, con el aliento contenido, y luego miraron atentamente el

bulto que el niño traía en brazos. Era cierto. La ovejera de Sam Carraclough había vuelto a casa desde Escocia.

—¡Tengo que llevarla a casa lo antes posible! —gritó el niño tambaleándose.

Ian Cawper se le acercó.

—¡Dámela! —dijo—. Tú adelántate y di que lo tengan todo preparado.

Sus brazos enormes cogieron a la perra, esos brazos enormes que podrían haber cargado diez veces el peso de ese pobre y flaco animal.

—¡Corre, Ian! —gritó el niño excitadamente.

—Ya voy, chico. Tú adelántate.

Así que Joe Carraclough corrió calle arriba, dobló por la callejuela lateral, subió el sendero del jardín y entró en casa:

—¡Madre! ¡Padre!

—¿Qué ocurre, Joe?

Joe se detuvo. A duras penas lograba encontrar las palabras, pues la excitación le ahogaba y sentía un sofoco en la garganta. Al fin pudo decir:

—¡Es *Lassie*! ¡Ha vuelto a casa! ¡*Lassie* ha vuelto a casa!

Abrió la puerta y Ian Cawper, agachando la cabeza para no chocar con el dintel, llevó la perra hasta el hogar y la depositó en tierra.

Joe Carraclough tenía muchas cosas para recordar de esa noche. Nunca olvidaría la expresión de su padre al arrodillarse junto a la perra, que había sido suya durante muchos años, y recorrer con sus dedos el cuerpo extenuado del animal. Recordaría a su madre desplazándose por la cocina, no gruñendo o refunfuñando ahora, sino silenciosamente, con una suerte de aterrada intensidad, atizando el fuego, disolviendo la leche condensada en agua caliente, arrodillándose para levantar la cabeza de la perra y abrirle las mandíbulas.

Sus padres no le dirigieron ni una sola palabra. Ambos parecieron haberle olvidado. En cambio trabajaron sobre el animal con una concentración que parecía haberles llevado fuera de ese mundo.

Joe observaba cómo su padre le daba cucharadas del líquido caliente y veía cómo éste surgía de la boca que no lograba tragar y goteaba sobre la alfombra. Vio a su madre calentar una manta y envolver con ella a la perra. Los vio intentar hacerle tragar algo de leche una y otra vez. Finalmente, vio cómo su padre se levantaba y miraba a su esposa:

—Todo es inútil, mujer.

En la mirada de sus padres se cruzaron muchas preguntas y respuestas, silenciosamente.

—Neumonía —dijo su padre al fin—. No es lo bastante fuerte ahora…

Sus padres permanecieron quietos un momento, y de repente fue la madre la que pareció mostrarse más fuerte y vivaz.

—¡No me doy por vencida! —dijo—. No *quiero* darme por vencida.

Frunció los labios, y como si con ese gesto dejara algo bien claro, fue hasta el

armario y sacó un jarro. Lo volvió y lo sacudió. Unos peniques cayeron sobre su mano. Se los entregó a su esposo sin explicar, pues no era necesario, qué era lo que necesitaban. Pero él miró el dinero.

—Toma —dijo—. Los guardaba como reserva.

—Pero…

—¡Apresúrate! —dijo la mujer.

Entonces sus ojos se dirigieron hacia Joe y éste supo que era la primera vez que le miraban desde hacía una hora. Su padre también le miró, luego se volvió hacia el dinero que le tendía su mujer y finalmente hacia la perra. Bruscamente tomó el dinero. Se puso la gorra y se perdió corriendo en la oscuridad. Al volver traía unos huevos y una botella de *brandy*, cosas de lujo y costosas para ese hogar.

Joe vio a su padre mezclarlos y luego tratar una y otra vez de introducir el líquido con una cuchara en la boca del animal. Su madre resopló exasperada. Cogió airadamente la cuchara. Colocó la cabeza de la perra sobre su regazo, le abrió las mandíbulas y le echó directamente el líquido, para luego frotar largo rato la garganta hasta conseguir que tragara.

—¡Al fin! —gritó su padre, lanzando una exclamación larga y triunfal.

El resplandor del fuego ponía tonos dorados en el cabello de su madre, la cual, con la cabeza agachada, seguía frotando la garganta del animal al tiempo que pronunciaba dulces y amorosas palabras.

Joe no recordaba lo que ocurrió el resto de la noche, salvo la tenue sensación de haber sido llevado a la cama a una hora avanzada de la noche.

Y cuando se levantó a la mañana siguiente, su padre estaba sentado en una silla, pero su madre continuaba sobre la alfombra y el fuego seguía caldeando la atmósfera. La perra, envuelta en mantas, yacía inmóvil.

—¿Está… muerta? —preguntó Joe.

Su madre sonrió débilmente.

—Chist, sólo está dormida. Supongo que debería preparar el desayuno, pero estoy derrengada. Si tuviera una buena taza de té…

Y esa mañana, cosa extraña, fue su padre quien preparó el desayuno, poniendo el agua a hervir, haciendo el té y cortando el pan. Y fue su madre quien se sentó en la mecedora, aguardando a que estuviera listo.

Esa tarde, al regresar de la escuela, Joe encontró a *Lassie* tumbada donde la dejó. Le hubiera gustado sentarse y acariciarla, pero sabía que a los perros enfermos es mejor dejarlos tranquilos. Se quedó allí sentado el resto de la tarde, inclinándose para percibir la única señal de vida que emitía, esa débil respiración. No quiso irse a acostar.

—Ahora está bien —dijo su madre—. Vete a la cama. Ella está bien.

—¿Estás segura de que se encuentra bien, madre?

La mujer asintió.

—Pero ¿estás segura de que va a mejorar?

—Puedes verlo por ti mismo, ¿no? ¿Verdad que no está peor? Ahora vete a dormir.

Joe se fue a dormir, confiando en sus padres.

Eso ocurrió un día. Pero hubo otros días para recordar. Por ejemplo, aquel en que al regresar de la escuela y al dirigirse a la chimenea, la perra hizo un débil movimiento con la cola.

Estaba también ese otro en que la madre de Joe lanzó un suspiro de satisfacción, pues mientras preparaba el tazón de leche la perra se movió, se incorporó vacilante y esperó. Y cuando le fue colocado el tazón en el suelo, agachó la cabeza y bebió al tiempo que temblaban sus flancos desgarrados.

Y finalmente estaba ese otro día en que por vez primera Joe cayó en la cuenta de que —ni siquiera ahora— su perra no iba a volver a ser suya. Por eso resonaron nuevamente gritos y protestas en la casa, y otra vez se oyó una cansada y gruñona voz de mujer.

—¿Es que nunca más va a haber otra vez paz y tranquilidad en mi casa?

Mucho después de haberse acostado, Joe seguía oyendo las voces, las de su madre subiendo y bajando de tono, la de su padre firme y reiterativa sin cambiar nunca y siempre volviendo a la misma frase:

—Pero suponiendo que él quiera volver a vendérmela, ¿de dónde sacaríamos el dinero para comprarla? Tú sabes muy bien que no podemos conseguirlo.

Para el padre de Joe Carraclough, la vida estaba regida por unas reglas estrictas. Cuando un hombre tenía trabajo, trabajaba lo mejor que sabía para obtener el mayor salario. Si criaba un perro, lo hacía del mejor modo posible. Si tenía esposa e hijos, los cuidaba del mejor modo posible.

Para ese minero sin trabajo, no había tortuosas excepciones ni evasiones respecto a la vida y sus códigos. Al igual que todos los hombres sencillos, esas cosas las veía con claridad. Mentir, engañar y robar eran malas acciones, y uno no puede hacer que se vuelvan buenas por muchas vueltas que se les dé en la cabeza.

Por eso, enfrentado a cualquier problema, muchas veces solía resolverlo a base de verdades elementales.

—La honradez es la honradez, y no hay dos maneras de ser honrado —solía decir.

Tenía la costumbre de expresarlo todo así: «La verdad es la verdad». O, «El engaño es el engaño».

Y el asunto de *Lassie* chocaba de frente contra su sencillo código moral. Había vendido el perro, había cogido el dinero y lo había gastado. Pues entonces el perro ya no era suyo, y se mirara por donde se mirara, no podía ser de otra manera. Pero un hombre también tiene que vivir con su familia. Y cuando una mujer empieza a discutir con un hombre…, pues…

A la mañana siguiente, cuando Joe bajó a desayunar, y mientras su madre le servía con los labios fruncidos, su padre tosió y habló como si estuviera recitando un discurso muchas veces repetido mentalmente durante la noche:

—Joe, hijo, hemos decidido, quiero decir tu madre y yo, que *Lassie* se quede aquí hasta que se reponga. Podemos hacerlo, porque estoy seguro de que nadie podría cuidarla mejor que nosotros. Por eso podemos hacerlo. Pero en cuanto se encuentre mejor… Lo que quiero decirte es que vas a tenerla durante algún tiempo, así que alégrate. Y no nos fastidies, hijo. Ya tenemos bastantes preocupaciones. Así que no pidas más y trata de ser un nombre y contentarte.

Para un niño, ese «durante algún tiempo» tenía dos caras. Visto por un lado era un largo y amplio espacio de tiempo que duraba hasta el infinito. Pero por el otro era un plazo horriblemente corto, un puñado de días que se acabarían antes de que uno se diese cuenta.

Joe Carraclough supo que se trataba de este último aspecto cuando, al ir poco después a la escuela, oyó una voz atronadora. Se volvió a mirar, vio en un automóvil a un temible anciano y a una niña con rubios cabellos cayéndole en cascada sobre los hombros por debajo de una boina. El anciano, con sus feroces mostachos blancos que parecían unos deformados colmillos, agitó un feo bastón contra el peligroso automóvil, contra el chófer y contra el mundo en general, al tiempo que le gritaba:

—¡Eh, tú; sí tú! ¡Te digo a ti, chico! Demonios, Jenkins, ¿podrías detener un momento esta humeante maldición? ¡Caramba, Jenkins! No entiendo por qué hemos tenido que dejar de usar caballos. El país se está yendo al traste, eso es lo que pasa. ¡Eh, chico! ¡Ven aquí!

Por un momento Joe pensó en salir corriendo, o en hacer cualquier otra cosa para apartar de su vista aquello que más temía. Y si fuera posible, hacerlos desaparecer también de su pensamiento. Pero una máquina corre más que un niño, y además Joe llevaba la sangre de esos hombres que pueden pensar despacio y aferrarse a las viejas ideas y resolver los problemas pacientemente… pero que no escapan corriendo. Así que permaneció firmemente en la acera, y recordando los modales que su madre le había enseñado, dijo:

—¿Sí, señor?

—Tú eres…; veamos, ¿cómo te llamas, chico?

Joe miraba a la niña. Era aquella que vio hace tiempo, cuando llevó a *Lassie* a las perreras del Duque. Su cara no estaba enrojecida como la suya. Era blanca. En la mano que apretaba la ventanilla del automóvil las venas resaltaban azuladas. Joe pensaba que, como su madre solía decir, quizás ella podía hacer algo amable por él.

Ella también le estaba mirando. Algo le hizo erguirse orgullosamente.

—Mi padre es Sam Carraclough —dijo firmemente.

—Ya sé, ya sé —gritó el anciano, impaciente—. Jamás olvido un nombre. ¡Jamás! Siempre he conocido a todo el mundo en este pueblo. Pero muchos de vosotros, los de la última generación, habéis crecido. Y, por desgracia, todos vosotros juntos no valéis tanto como uno solo de la vieja guardia. Los jóvenes de hoy en día…

Se detuvo, porque la niña le estaba tirando de la manga.

—¿Qué quieres? ¿Eh…? ¡Ah, sí! Ahora iba a eso. ¿Dónde está tu padre,

muchacho? ¿Está en casa?

—No, señor.

—¿Dónde está?

—Ha ido a Allerby.

—¿Allerby? ¿Y qué está haciendo allí?

—Un compañero le recomendó en una mina y ha ido a ver si le dan trabajo.

—Ah, sí, sí, claro. ¿Y cuándo volverá?

—No lo sé, señor. Supongo que a la hora del té.

—Haz el favor de no mascullar. A la hora del té. Maldición, qué contratiempo. Bien. Me dejaré caer por allí hacia las cinco. Dile que se quede en casa, porque quiero hablar con él. Es importante. ¡Díselo!

El coche se fue y Joe siguió hacia la escuela. Nunca se le había hecho una mañana tan larga como ésa. Los minutos se arrastraban en el aula mientras las lecciones zumbaban.

Joe sólo deseaba una cosa: que llegase el mediodía, y cuando finalmente pasaron esos últimos minutos que parecieron años, corrió hasta su casa y traspasó el umbral gritando:

—¡Madre! ¡Madre!

—¡Dios mío! ¡No cierres de un portazo! Cualquiera diría que te has criado en una cuadra. ¿Qué ocurre?

—Madre, él ha venido a llevarse a *Lassie*.

—¿Quién es «él»?

—El Duque… ha venido.

—¿El Duque? ¿Cómo supo que ella…?

—No lo sé. Pero él me paró esta mañana. Vendrá a la hora del té.

—¿Que va a venir aquí? ¿Estás seguro?

—Sí, dijo que vendría hacia las cinco. Madre, por favor…

—Mira, Joe, no empieces ahora. ¡Te lo advierto!

—Madre, tienes que ayudarme. Por favor, ¡por favor!

—¿Me has oído? Te he dicho…

—No, madre, por favor. ¡Ayúdame!

La mujer miró a su hijo y lanzó un suspiro de cansancio y exasperación. Luego levantó las manos en gesto de desesperación.

—Pero bueno, hijo, ¿es que nunca volverá a haber paz en esta casa?

Se dejó caer en una silla y se quedó mirando el suelo. El niño se acercó y la tocó en el brazo.

—Madre, haz algo —suplicó el niño—. ¿No podríamos esconderla? Él vendrá a las cinco. Me pidió que le dijera a padre que vendrá aquí a las cinco. ¡Oh madre!

—No, Joe, tu padre no quiere.

—¿No podrías decírselo? ¡Por favor, por favor! Pídele a padre que…

—¡Joe! —gritó su madre airadamente. Después su voz volvió a ser tierna y

paciente—: Mira, Joe, es inútil. Así que basta de súplicas. Lo único que pasa es que tu padre no quiere mentir. Por mucho que yo hiciera, para bien y para mal, él nunca lo haría.

—Pero sólo por esta vez, madre.

La mujer sacudió tristemente la cabeza y se acercó al fuego para quedarse mirándolo fijamente, como si fuera a encontrar en él la paz que buscaba. Su hijo se acercó y volvió a tocarla en el brazo.

—Por favor, madre. Pídeselo. Sólo por esta vez. Una sola mentira no puede hacerle daño. Yo se lo pagaré. Juro que le recompensaré.

Las palabras empezaron a salir rápidamente de su boca.

—Os lo pagaré a los dos. Cuando crezca encontraré trabajo. Ganaré dinero. Os compraré cosas. A ti también te compraré cosas. Os compraré todo lo que queráis con sólo que…

Entonces, por primera vez en su vida, Joe Carraclough volvió a ser un niño, perdió su fortaleza y las lágrimas le ahogaron la voz. Su madre oía sus sollozos y le acariciaba la mano, pero no le miró. Parecía estar leyendo en la mágica sabiduría del fuego cuando dijo lentamente:

—No debes hacerlo, Joe —dijo con suaves palabras—; nunca en tu vida debes desear nada tan profundamente como deseas a *Lassie*. No es bueno para ti.

Entonces sintió la impaciencia que transmitía la mano de su hijo, y le oyó decir nítidamente:

—Tú no entiendes, madre, no entiendes. No soy yo quien la quiere a ella… es ella quien nos quiere a nosotros de esa forma tan grande. Eso es lo que la obligó a volver a casa desde tan lejos. Nos quiere terriblemente.

Por fin, la señora Carraclough miró a su hijo. Vio su cara contraída y las lágrimas que rodaban por sus mejillas. En ese momento, pese a su infantilismo parecía mucho mayor. La señora Carraclough sintió como si el tiempo hubiese pegado un salto y por primera vez en muchos años viera al muchacho, a su propio hijo.

Le miró largo rato y luego dio una palmada. Con los labios convertidos en una sola línea muy fina, se levantó.

—Joe, siéntate y come ahora. Yo hablaré con tu padre.

Alzó la cabeza y dijo con voz firme:

—Sí, hablaré con él, hablaré con Sam Carraclough, ya lo verás.

A las cinco de la tarde, el Duque de Rudling, echando humo y pestes como en él era costumbre, descendió del automóvil detenido ante la casa. En la puerta había un niño sólidamente plantado, con las piernas separadas, como para impedir la entrada.

—Bueno, bueno, muchacho. ¿Se lo dijiste?

—¡Váyase! —dijo el niño ferozmente—. ¡Váyase! ¡Su perro no está aquí!

Por primera vez en su vida, el Duque de Rudling retrocedió, mirando atónito al

niño.

—Vaya por Dios, Priscilla —resopló—. Este chico está loco. Eso es, ¡está loco!

—¡Su perro no está aquí! ¡Váyase de una vez! —dijo el niño firmemente.

Parecía como si en su determinación hablara el dialecto más rudamente.

—¿Qué dice? —preguntó Priscilla.

—Dice que mi perro no está aquí. Por todos los diablos, Priscilla, ¿es que estás sorda? Se supone que el sordo soy yo, y he podido oírlo perfectamente. Dime, muchacho, ¿cuál de mis perros es el que no está aquí?

Al tiempo que hablaba balanceó amenazadoramente el bastón y avanzó. Joe Carraclough retrocedió ante el temible anciano, pero siguió obstruyendo el paso.

—¡Ninguno de sus perros! —dijo con igual firmeza.

Pero el Duque continuó avanzando. Las palabras brotaron de la boca de Joe en un torrente de desesperación.

—No la tenemos. Ella no está aquí. No podría estar aquí. Ningún perro puede recorrer miles de millas. No es *Lassie*… es… sólo otro perro que se parece a *Lassie*. Pero no es ella.

—Bueno, bendita sea mi alma —resopló el Duque—. Bendita sea mi alma. ¿Dónde está tu padre?

Joe sacudió tercamente la cabeza. Pero detrás suyo se abrió la puerta y oyó la voz de su madre.

—Si buscan a Sam Carraclough, se ha ido fuera y no volverá en toda la tarde.

—¿De qué habla este chico? ¿Hay aquí una perra que es mía?

—No, está usted equivocado —respondió firmemente la mujer.

—¿Que estoy equivocado? —rugió el Duque.

—Sí. Él no dijo que un perro suyo estuviera aquí. Dijo que no estaba.

—¡El cielo me valga! —exclamó airadamente el Duque—. No retuerza mis palabras.

Luego entrecerró los ojos y dio un paso adelante.

—Bien, si dijo que un perro mío no está aquí, quizás usted tendría la bondad de decirme cuál de mis perros es el que no está aquí. Venga —terminó triunfalmente—, respóndame. Vamos, vamos.

Joe, que miraba a su madre, la vio tragar saliva y luego mirar en derredor como buscando ayuda. Apretó los labios. El Duque esperaba muy tieso su respuesta, mirándola airadamente por debajo de sus cejas fruncidas. Entonces la señora Carraclough lanzó un suspiro como para empezar a hablar.

Pero su respuesta, verdadera o falsa, no llegó a producirse. Porque en ese momento se oyó el ruido de una cadena siendo retirada de la puerta, y luego la voz de Sam Carraclough que decía nítidamente:

—Vea, le doy mi palabra de que éste es el único perro que hay aquí. ¿Tiene algún parecido con el suyo?

La boca de Joe se abrió para emitir un último grito de protesta, pero en cuanto sus

ojos se posaron en el perro que traía su padre, la exclamación murió. Y se quedó asombrado.

Allí estaba su padre, Sam Carraclough, el mago de los ovejeros, con un perro a sus pies como pocos hombres habrían visto nunca… ni querrían ver. Permanecía cachazudamente sentado junto a la pierna izquierda del hombre como cualquier perro bien enseñado y exactamente igual a como acostumbraba hacer *Lassie,* pero era ridículo relacionarlo con *Lassie*.



Porque mientras que el cráneo de *Lassie* era delicado y aristocrático, la cabeza de ese animal era tosca y ruda. Mientras que las orejas de *Lassie* se mantenían con graciosa simetría, ese otro tenía una erecta y la otra caída a la manera de los alsacianos, de una forma que provocaría escalofríos a cualquier criador de ovejeros.

Más aun. Mientras que el pelaje de *Lassie* tiraba a un suave dorado, ese curioso perro tenía feas salpicaduras negras; y donde el pecho de la ovejera era una extensa mancha blanca, el de éste eran unos sucios cercos descoloridos, azul mirlo. *Lassie* tenía cuatro pies blancos, éste sólo uno blanco, dos marrones y otro casi negro. La cola de *Lassie* se alzaba airosa a su espalda, la de éste parecía algo así como un añadido de última hora.

Sin embargo, cuando Joe Carraclough miró a su padre, comprendió. Sabía que si un criador de perros puede «camuflar» a uno para disimular sus defectos, también puede hacer lo contrario y resaltar como defectos cosas que no son tales…, sobre todo si ese hombre era su padre, uno de los más afamados criadores de perros de todo el condado de Yorkshire.

Y también comprendió, en ese momento, las palabras de su padre. Porque en la compra-venta de perros, como en la de caballos, la palabra empeñada es como un contrato legalizado, y una vez dada ningún criador osaría retirarla.

Y así era como su padre, en su paciente y morosa forma de razonar, trataba de resguardar su honor. No había mentido. No había negado nada. Se había limitado a hacer una pregunta:

—Dígame, ¿se parece a alguno de sus perros?

El Duque sólo tenía que decir:

«No, ése no es mi perro».

Y a partir de ese momento ya no le pertenecería nunca más.

El niño, su padre y su madre contemplaron fijamente al anciano y aguardaron con la respiración contenida, mientras éste miraba a su vez al perro.

Porque el Duque de Rudling también sabía muchas cosas…; muchas muchas cosas. Y no había contestado. En lugar de eso se acercó, apoyándose en el bastón. No dejó de mirar al perro ni un instante. Se arrodilló lentamente, como si estuviera viendo visiones, y su mano se movió suavemente. Levantó una de las patas delanteras de la perra y le dio la vuelta. Siguió arrodillado junto a la ovejera, observándola con ojos que eran tan expertos como los del que más. Y esos ojos no perdieron el tiempo mirando orejas torcidas, ni manchas o toscas cabezas. En lugar de eso examinaron atentamente el revés de la pata, mirando solamente las cinco almohadillas, llenas de cicatrices curadas a medias y provocadas por espinas punzantes o piedras cortantes.

Entonces el Duque alzó la cabeza, pero continuó agachado, mirando a lo lejos mientras los demás aguardaban. Cuando se levantó y habló, no recurrió al rudo dialecto de Yorkshire, sino al tono que utilizaría un caballero para dirigirse a otro.

—Samuel Carraclough —dijo—: juro por mi alma y por mi honor que esta perra no es mía. No. Nunca jamás me ha pertenecido.

Luego dio media vuelta y se alejó sendero abajo, murmurando al tiempo que agitaba el bastón:

—¡Bendita sea mi alma! ¡Nunca lo hubiese creído! Cuatrocientas millas. ¡Nunca lo hubiese creído!

Y estaba ya en la puerta cuando su nieta le tiró de la manga.

—Recuerda a lo que viniste —le susurró—. ¿Es que lo has olvidado?

El Duque pareció despertar de un sueño y recobró su carácter habitual.

—¡No cuchichees! ¿Qué pasa? Ah, sí, por supuesto. No necesitas recordármelo. ¡No lo había olvidado!

Se volvió y dijo con voz tronante.

—¡Carraclough! ¡Carraclough! ¡Cielo Santo! ¿Dónde está? ¿Por qué se esconde?

—Sigo estando aquí, señor.

—Oh, sí. Claro, por supuesto. Está usted ahí. ¿Tiene trabajo?

—Esto… bueno… trabajo… —dijo el padre de Joe tratando de salir del paso.

—Sí, trabajo, trabajo… Un empleo. ¿Tiene usted un empleo? —bramó el Duque.

—En realidad… —empezó a decir Carraclough.

Mientras balbuceaba esas palabras la señora Carraclough vino en ayuda de su marido, como hacen en Yorkshire todas las buenas amas de casa… lo mismo que en

el resto del mundo.

—Mi Sam no está trabajando exactamente, pero tiene dos o tres cosillas que está estudiando. Una especie de investigación, podríamos decir. Pero, en realidad, todavía no ha dicho sí o no a ninguna de ellas.

—Entonces será mejor que diga que no inmediatamente —estalló el Duque—. Necesito alguien para mis perreras. Y creo, Carraclough…

Sus ojos se volvieron hacia el perro que continuaba sentado a los pies del hombre.

—… pienso que usted debe de saber… muchísimo… sobre perros. Así que ya está. Trato hecho.

—No, espere un momento —dijo Carraclough—. Mire, no me gustaría pensar que primero puse a un tipo en apuros para luego conseguir su trabajo. Usted sabe que el señor Hynes podría…

—¡Hynes! —bufó el duque—. ¡Hynes! Valiente zascandil. Tuve que despedirlo. No sabía distinguir un perro de una potranca. Yo tenía que haber previsto que ningún londinense puede llevar una perrera a la manera de Yorkshire. Bueno, quiero que usted ocupe su puesto.

—Espere, aún hay algo más —protestó la señora Carraclough.

—¿Qué pasa ahora?

—¿Cuánto le pagará por ese trabajo?

El Duque resopló.

—¿Cuánto quiere usted, Carraclough?

—Siete libras a la semana, y que conste que vale mucho más —intervino la señora Carraclough antes incluso de que su marido hubiese tenido tiempo de lanzar un suspiro previo.

Pero el Duque también era de Yorkshire, y eso significaba que luego se hubiera reprochado a sí mismo perder la ocasión de ser «práctico», como se dice por allí, cuando había dinero de por medio.

—Cinco —gritó—. ¡Y ni un penique más!

—Que sean seis, entonces —regateó la señora Carraclough.

—Que sean seis —concedió el Duque.

—Hecho —dijo la señora Carraclough, rápida como un halcón.

Ambos estaban resplandecientes, hondamente satisfechos consigo mismos. La señora Carraclough se hubiese conformado de entrada con tres libras, en tanto que el Duque sabía que estaba contratando para sus perreras a un hombre que no tenía precio.

—Entonces todo arreglado —dijo el Duque.

—Bueno, casi —dijo la mujer—. Presumo, claro está…

Le gustó paladear esa palabra que ella consideraba muy fina, así que la repitió:

—… presumo que eso quiere decir que usted nos cederá una casa en su posesión.

—Es usted dura regateando, señora —dijo ceñudamente el Duque—. Les cedo una casa con una condición.

El Duque alzó la voz y bramó:

—La condición es que mientras vivan en mis posesiones no permitirán nunca que ese horrendo animal de cola ridícula y aspecto inverosímil ofenda la vista de una ovejera de mi propiedad. Y ahora, ¿qué me responden?

Aguardó gruñendo y gorgoteando con socarronería, mientras Sam Carraclough se quedaba perplejo. Pero fue el niño quien respondió amablemente:

—Oh, no, señor; ella estará conmigo en la escuela la mayor parte del tiempo. Y de todas formas, en un par de días la habremos arreglado de forma que usted no la reconocerá.

—No lo dudo —bufó el Duque mientras cojeaba hacia el coche—. No dudo que puedan hacerlo. ¡Hum! Nunca hubiera…

Más tarde, en el coche, la niña se arrimó al anciano.

—No te me eches encima —gruñó el anciano—. No puedo soportar que nadie me achuche.

—Abuelo —dijo ella—. Has sido muy bueno…; quiero decir con su perro…

El anciano tosió y se aclaró la garganta.

—Tonterías —gruñó—. Tonterías. Cuando crezcas comprenderás que soy eso que en Yorkshire se llama un hombre de corazón duro. Durante cinco años he intentado poseer esa perra. Y ahora ya la tengo.

Luego sacudió la cabeza suavemente.

—Pero he tenido que comprar al amo para conseguirla. Pero bueno, quizá no sea ésa la peor parte del negocio.

COMO EN LOS VIEJOS TIEMPOS OTRA VEZ

Cuando el joven Joe Carraclough dijo que en unos días su perra sería irreconocible, estaba en lo cierto o se equivocó: depende de cómo se entendiera qué aspecto debía tener su perra. Ciertamente, si se esperaba ese animal de orejas horrorosamente torcidas y cola inverosímil que su padre había camuflado en su intento de conservar al perro para su hijo, sin faltar al mismo tiempo a su rígido código de honradez, nadie la hubiera reconocido. Pero si se esperaba aquella altiva y graciosa ovejera de cabeza delicada que era la perra de Sam Carraclough, no hubiera resultado difícil reconocerla.

Allí estaba, y con el transcurrir de las semanas, y gracias a un correcto trato y una adecuada alimentación, volvió lentamente a ser el animal que fue. La delgadez y los flancos desgarrados desaparecieron, y los años de trato adecuado que le habían proporcionado tan robusta constitución también ayudaron a ello. Su pelaje volvía a relucir, blanco, negro y dorado, haciendo de ella un regalo para la vista. Sólo le quedó una leve cojera debida al balazo que destrozó uno de sus flancos. Los músculos se habían envarado y ni siquiera todos los trucos y magias puestos en práctica por Sam Carraclough lograron curarlos.

Pero hizo un buen trabajo, dando masajes en los músculos hasta que la cojera fue tan leve que sólo un experto en perros podría percibir la ligera preferencia de la perra a no apoyar una de sus patas. A los ojos de todos menos de los expertos, ella sería la más perfecta ovejera.

Y todos los días de la semana, pocos minutos antes de las cuatro, los tenderos de la Calle Mayor de Greenall Bridge volvieron a ver a esa orgullosa perra pasando calle abajo y decir: «Se podría poner el reloj en hora con ella». Y siempre, unos minutos después, Joe Carraclough salía de la escuela y saludaba a su perra, y ambos regresaban a casa alegremente.

Sin embargo, cuando el joven Carraclough prometió al Duque que la perra estaría siempre esperándole en la escuela se equivocaba. Pues llegó un día en que *Lassie* no volvió a aparecer a la puerta de la escuela. Sin embargo, por extraño que resulte, Joe no pareció darle importancia. Se mostraba extremadamente feliz, con una suerte de alegría secreta, mientras volvía solo a casa.

Y fue en uno de esos días cuando, al cruzar silbando ensimismado los patios del Duque, volvió a ver a la niña.

En cierto modo Joe sentía pena por ella. No era tan bonita, ni tan fuerte y rolliza como las otras chicas del pueblo.

—Hola —dijo Joe.

—Hola —contestó ella.

Parecía que no había nada más que decir, pero él siguió allí.

—He estado fuera, en el colegio —dijo ella.

—¿Sí?

—Sí. Pero ahora estoy de vacaciones.

Joe pensó seriamente en eso.

—Nosotros no empezaremos las vacaciones hasta la semana que viene —anunció.

Volvió a producirse otro silencio y luego ella preguntó:

—¿Cómo está *Lassie*?

Joe sonrió cálidamente. Miró en derredor como para cerciorarse de que nadie escuchaba.

—Puedes venir a verla —dijo como quien otorga un favor.

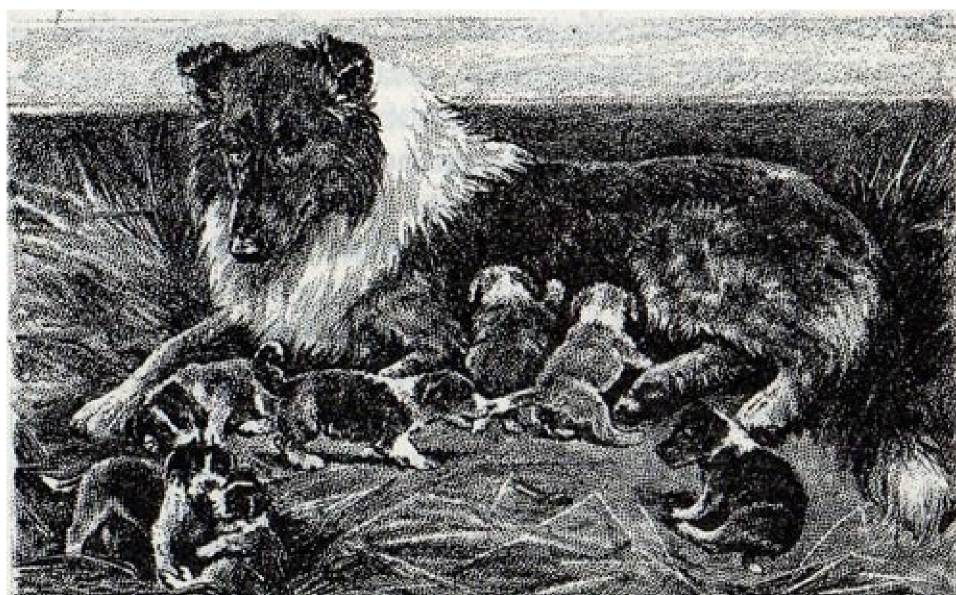
Marcharon por el prado en dirección a la casa donde las malvas, altas y de vivos colores, crecían contra la pared blanca. Él abrió la puerta.

—Madre —dijo—. Se la voy a enseñar.

—Oh, pase usted, señorita —dijo su madre alisándose el delantal y sacudiendo una mota imaginaria en el blanco mantel ya dispuesto para el té.

Joe la condujo hasta el protegido fregadero donde, en la penumbra, había sido colocada una gran caja achatada. *Lassie* estaba en la caja y, amontonados en derredor suyo, como bolas de piel, dormían siete cachorros.

—¿Sabes? —explicó Joe, orgulloso—. Tuvimos que traerla porque en la perrera se consumía. Ella es una perra casera.



La niña se acuclilló y tocó una de las bolas de piel con el dedo. La cosita emitió como un gemido.

—¿Están ciegos aún? —preguntó, mientras ambos reían.

Joe explicó:

—No, porque abren los ojos a los diez días y éstos tienen ya tres semanas. Ya pueden correr, pero a mí me parece que prefieren pasarse todo el tiempo durmiendo.

Sonrió cuando *Lassie* levantó la cabeza. Se la rascó suavemente.

—Sabes mucho sobre ellos, ¿verdad? —preguntó la niña, humildemente.

—Es que ya tuvo otra camada —contestó Joe, restándose importancia—, y me

acuerdo de entonces. Es como en los viejos tiempos, ¿verdad?

Se acuclilló para mirar a su perra. Era como en los viejos tiempos. Lo estaba pensando mucho últimamente.

Cuando la chica se fue, y se hubieron intercambiado corteses despedidas e invitaciones a venir a ver los cachorros, Joe se quedó pensando en ello. Era como si fuera a descubrir alguna respuesta sobre la vida que antes, cuando era un niño, no había logrado encontrar.

Era como en los viejos tiempos. Aparte, claro está, que ahora era una cosa diferente a la de entonces, lo demás era como hacía más o menos un año atrás. En muchos sentidos.

Por ejemplo, si se servía una cucharada más de azúcar durante el desayuno, su madre ya no le decía:

—Cuidado, jovencito, que el azúcar cuesta mucho.

O, cuando llegaba anunciando lo hambriento que estaba debido al saludable aire frío de la región, la cara de su madre no se oscurecía con esa secreta mirada asustada, sino que reía con risa franca y alegre diciendo:

—¡Dios mío, no sé cómo llenarte! ¿Se puede saber dónde metes lo que comes?

Pero mientras lo decía su voz sonaba como si estuviera orgullosa de tener un hijo tan hambriento, y también de que las cosas volvieran a ser como antes.

Tampoco los mayores volvieron a callarse cuando llegaba él, ni tampoco sus voces continuaban subiendo y bajando en plena discusión una vez que él se había ido a acostar. Y su padre ya no volvía a casa cansado, silencioso y amargado para ir a sentarse meditabundo ante el fuego. En lugar de eso, cuando resonaban sus pasos en la grava, la señora Carraclough solía levantarse de un salto, gritando alborozada:

—¡Atención! Ahí viene tu padre. ¡Arriba las cabezas, que ahí llega!

Luego corría fogosamente a la mesa, oliendo rápidamente soperas y cacerolas recién sacadas del fuego, como si la cosa más importante del mundo fuera que todo estuviese preparado en el breve intervalo que mediaba entre el sonar de los pasos y el abrirse la puerta. Entonces se erguía y, con los brazos en jarras, decía:

—¡Date prisa, Sam! Tenemos cabeza de cordero y *pudding* para cenar, y ¡ellos no esperan!

Así eran las cosas, otra vez, como en los viejos tiempos. Su padre, sentado a la mesa, inclinaba la cabeza hacia la comida y decía:

—¿Bien, qué ha hecho nuestro joven Joe hoy? ¿Te has sabido las lecciones en la escuela?

Antes siempre había sido así. Luego todo había cesado. Ahora era otra vez igual. ¿Cuál era la razón?

Joe estuvo reflexionando sobre eso durante toda la cena. Luego, cuando acabó la comida, *Lassie* vino majestuosamente y él se tumbó con ella en la alfombra, acariciándola. Entonces creyó haber encontrado la respuesta.

¡Era *Lassie*! ¡Claro, era ella! Mientras estuvo en casa, todo fue bien. Cuando la

vendieron y se marchó, todo se vino abajo. Y ahora que había vuelto, las cosas iban bien otra vez y ellos eran felices.

«Volvió a casa y nos trajo suerte —pensó—. Fue ella. Volvió a casa y nos trajo suerte».

Emitió un sonido cantarín y hundió la cara en el cuello de la perra, que suspiró, contenta.

Su madre dijo:

—Venga, Joe, no te tires en la alfombra con la perra, que me lo llenas todo de pelos. ¿Y qué te pasa esta noche que estás tan callado?

Joe sonrió para sí mismo. Y siguió canturreando.

«Eres una perra que vuelve a casa como el hijo pródigo, ¿verdad, *Lassie*? —canturreó—. Sí, eso es. Y nos trajiste suerte. Porque eres una perra pródiga. Eres mi *Lassie* Pródiga. Ése es tu nombre. *Lassie* Pródiga».

Pero su madre volvió a reñirle:

—¿No me has oído, Joe Carraclough? Eres tú quien la está trastornando, ahora que tiene una camada que amamantar. ¡Tendrías que saberlo mejor que nadie!

Joe se apartó una pulgada del fuego y acarició a la tranquila *Lassie*. Y miró hacia arriba preocupadamente.

—Padre —dijo—. Le noto las costillas.

Su padre volvió su silla en dirección al fuego y estiró las piernas con satisfacción, al tiempo que encendía la pipa y sonreía para sí mismo.

—¿No crees que está un poco flaca, padre? —preguntó ansiosamente Joe—. Yo creo que debería comer un poco más de carne y beber un sorbo de leche.

—Eso crees, ¿eh? —parloteó su madre mientras apilaba los platos para lavarlos —. ¿Eso crees? Crees que debería comer algo más de carne. Bien, no serías un Carraclough, ni serías de Yorkshire si no creyeras saber más de criar perros que de romper huevos con un palo.

»Bueno, me parece a mí que la gente del pueblo muchas veces piensa más en sus perros que en su propia familia. Perros, perros, perros. Cuando haya criado esa camada se marcha adonde le corresponde estar y no vuelve a entrar nunca más un perro en esta casa…

Joe entonces miró a su padre, que le estaba mirando a su vez por el rabillo del ojo. Y su padre elevó un dedo y se lo llevó cómicamente a los labios.

Era el signo secreto para decir:

«No le hagas caso a las mujeres, Joe. Llevan una vida dura, siempre en casa, fregando, lavando y cocinando todo el día, y se descargan rezongando, y nosotros debemos dejarlas que suelten toda su presión. Pero nosotros los hombres sabemos que eso no significa nada, nosotros los hombres, ¡nosotros los hombres!».

Su padre sonrió, Joe hizo una mueca y todo resultaba tan cómico, ese nuevo lazo de hombre a hombre dejando rezongar a la mujer, que Joe se echó a reír. Su risa se hizo más y más fuerte, hasta que su madre se volvió.

—¡Y ahora se está riendo de mí! Ya te enseñaré yo a ti. ¡Te voy a dar una torta!

Le estuvo pegando hábilmente con el trapo de la cocina, hasta que Joe se escabulló.

—¡No me reía de ti, madre!

—¿Y de qué te reías, entonces?

—De padre. ¡Puso una cara tan divertida!

La señora Carraclough se volvió hacia su marido.

—¿Así que eras tú? ¡Pues te voy a dar a ti también!

Pero al acercarse, Joe vio las fuertes manos de su padre alargarse para coger las brillantes muñecas de la mujer, al tiempo que con el otro brazo rodeaba su generosa cintura, de forma que quedó aprisionada. Entonces miró a Joe y sonrió:

—Mírala, Joe. ¿Quién es la mujer más bonita de toda la aldea?

—Mi madre —respondió Joe, de todo corazón.

El rostro de la señora Carraclough se iluminó.

—Vaya pareja —dijo ella—. Sois astillas del mismo palo. Lo has dicho para adularme.

—No, el chico contestó con honradez a una pregunta honrada. Y, además, hay otra cuestión. No sólo eres la más bonita sino también la más llenita.

—¡Así que ahora me llamas gorda! Suéltame, Sam Carraclough; tengo que ir a fregar los platos.

Pero como su padre no quiso soltarla, su madre empezó a tirarle de las orejas mientras él inclinaba la cabeza para proteger su pipa. Luego ambos se echaron a reír.

Eso también volvía a ser como antes, pues sus padres eran felices.

Joe inclinó la cabeza hacia el perro y se olvidó de ellos.

—Eres mi *Lassie* Pródiga —canturreó.



Eric Mowbray Knight (1897 - 1943) fue un escritor conocido principalmente por crear el collie de ficción *Lassie*, que posteriormente fue utilizado para gran número de películas y series de televisión.

Tras prestar servicio en la armada canadiense durante la primera guerra mundial, Knight estudió arte y trabajó como periodista y guionista en Hollywood.

Su novela *This above all* esta considerada una de las más significativas sobre la Segunda Guerra Mundial.

En 1943, cuando Knight era mayor de la armada de Estados Unidos de los servicios especiales, murió en un accidente aéreo sobre la Guayana holandesa (actual Surinam).

Notas

[1] Juego de palabras intraducible entre *lass*, señorita, y una contracción de *Lassie*. <<